

LA
seducción
DEL
Highlander



Vega Manhattan

LA
seducción
DEL
Highlander

Vega Manhattan

La seducción del Highlander.

© Vega Manhattan.

1º Edición: Enero, 2020

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro sin el previo permiso del autor de esta obra. Los derechos son exclusivamente del autor, revenderlo, compartirlo o mostrarlo parcialmente o en su totalidad sin previa aceptación por parte de él es una infracción al código penal, piratería y siendo causa de un delito grave contra la propiedad intelectual.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personaje y, sucesos son producto de la imaginación del autor.

Como cualquier obra de ficción, cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia y el uso de marcas/productos o nombres comercializados, no es para beneficio de estos ni del autor de la obra de ficción.

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

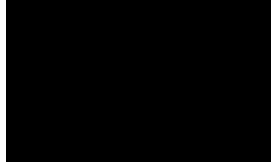
Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Epílogo

Prólogo



Finlaggan Castle, Isla de Eilean Mór, Escocia.

3 años antes...

Ahí estaba él, conversando tranquilamente con quien creía que se iba a convertir en su esposa al día siguiente. Sonreí, era muy ingenuo si creía que yo iba a permitir eso.

La orden, porque fue eso, de un matrimonio forzoso para unir a los dos clanes provenía del rey Jacobo. No podíamos negarnos ninguno de los dos, tanto Calem Donald como yo teníamos que estar de acuerdo.

Otra cosa es que yo permitiese que se llevase a cabo.

Nunca.

Todo estaba muy bien pensado. Las cosas preparadas, mis hombres listos. A esa hora, ya Jacobo tenía que tener en sus manos las cartas que inculpaban a Calem Donald de traición a la corona.

Jacobo no es que fuera tonto, pero...

Lo conocía bien y el dolor por la traición de quien consideraba un clan amigo, unido a su causa, lo cegaría. No vería más allá y entendería mi forma de actuar. No debía de preocuparme por eso, era justicia.

La tonta de mi hermana sonreía. Kylie siempre igual. Sabía comportarse como debía en cada momento. Y aunque esa unión no le gustaba demasiado, ni esa ni ninguna si ella no la elegía, era toda una señora.

La realidad era que Kylie no podía elegir. Lo haría yo, siempre, como ocurriría con Aileen cuando llegase el momento.

Aileen...

Esa sí que era un completo dolor de cabeza para mí, pero sabía mantenerla a raya. Al menos lo intentaba, aunque cada vez tuviese que ser más duro con ella.

—Todo listo, jefe.

Asentí cuando Robert, mi mano derecha, me aseguró que todo marchaba según lo previsto. Calem Donald no iba a tardar demasiado en conocer de qué éramos capaces los Campbell.

La enemistad entre los dos clanes no era nueva, venía de siglos atrás. Era por eso que Jacobo, cansado de tantas disputas, decidió unirnos por medio de un matrimonio. Un Donald y una Campbell, ¿se había vuelto loco?

Eso no funcionaría.

Me preparé, esperando con calma para dar la señal. Había llegado el momento de terminar con un traidor y de evitar la unión entre mi clan y mi mayor enemigo.

Las cosas iban a salir bien, estaba seguro de ello. Ya después, si hubiera algún inconveniente con Jacobo, vería cómo solucionarlo.

Lo importante, en ese momento, era terminar con el traidor y despojarlo de todo. Y cortarle el cuello si podía.

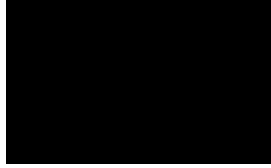
¿No era así como había que tratar a un Judas?

Estaba seguro de que el rey agradecería mi actuación y de que lo hubiese librado de un falso amigo.

Sonreí, últimamente lo hacía más a menudo. Porque había llegado el momento que tanto ansiaba y para el que tanto me había preparado.

Había llegado la hora de terminar con Calem Donald.

Capítulo 1



En algún lugar de las Highlands...

3 años después.

—¿Estás seguro de lo que vas a hacer?

Ni siquiera miré a mi hermano cuando hizo la pregunta. La decisión ya estaba tomada y no importaba nada más.

—Te he hecho una pregunta —insistió Iver.

—Y yo te estoy ignorando, por si aún no lo has entendido —continué mirando al horizonte, observando cómo los dos hombres a quienes les había encargado la hazaña, desaparecían de mi vista.

—Ya que decidiste llevar a cabo el plan... Al menos tenías que haber ido tú. O yo...— si él deseaba hablar de algo, lo haría. Me gustase o no.

—Te he explicado el porqué en varias ocasiones, Iver —giré la cabeza a mi izquierda y me encontré con la mirada de mi hermano pequeño—. Pensé que ya lo habías entendido.

—No —negó con la cabeza mientras suspiraba y volvió a mirar al frente. Hice lo mismo y observé cómo las figuras de esos dos hombres desaparecían en la lejanía—. Apoyaré tus decisiones, siempre, al menos delante de todos. Pero eso no significa que no pueda mostrarme en desacuerdo cuando estemos en privado.

Quizás podía considerarse algo negativo cómo actuaba Iver. Para mí no lo era. Mi hermano era mi gran apoyo y como él decía, estuviese de acuerdo o no, siempre secundaba mis elecciones.

Lo que iba a llevar a cabo no era algo impulsivo. Había meditado mucho, durante los tres últimos años, sobre ello. Había tenido presente, en todo momento, los contras a los que podía enfrentarme y, por ello, había atrasado el realizarlo. Pero no podíamos esperar más. Necesitábamos recuperar lo que era nuestro, todo aquello que nos habían arrebatado a la fuerza. Y aunque Iver no lo viese, esa era la única manera en la que podíamos lograrlo.

—Es nuestra única opción —dije con firmeza.

Realmente lo creía así.

Mi hermano resopló y aunque no lo miré, supe que estaba poniendo sus ojos en blanco. Como sabía, de más, qué era lo que iba a decirme a continuación.

—Hay otras maneras de apelar al Rey.

Era exactamente eso lo que imaginaba que diría.

No tenía ganas de discutir con él de nuevo. No por una decisión ya tomada, las cosas se llevarían a cabo como ya estaban planeadas.

—Lo haremos a mi manera, Iver —el tono de mi voz era enérgico, era el tono que debía usar cuando representaba el papel de Laird.

Me giré y subí los escalones del maltrecho castillo donde nos refugiábamos desde hacía más tiempo del que me gustaría.

Tres años atrás, las cosas eran muy diferentes. El clan Donald era fructífero, importante. Pero no tan indestructible como siempre pensé.

No solo fuimos derrotados en una batalla sorpresa a manos de los Campbell, sino que, también, me convertí en un proscrito cuando fui acusado de traición a la corona.

Tuve que huir y, tres años más tarde, estaba cansado de permanecer en las sombras. Quería recuperar lo que era mío. Quería, también, vengarme de ese malnacido de Kenneth Campbell.

Iba a recuperar todo lo que me había quitado. Incluida mi prometida.

Tres años atrás, el rey, cansado de las disputas entre los dos clanes, tomó la decisión de unirnos de por vida. Kylie Campbell, hermana del Laird del clan Campbell, sería mi esposa.

Ni los Campbell ni nosotros estábamos de acuerdo con ello, pero teníamos que llevar a cabo el decreto del rey.

La conocí un par de días antes a la celebración del enlace. Una comitiva del clan rival se hospedó en la fortaleza de los Donald. El ambiente era tenso, la hostilidad presente en ambos bandos.

Pero había que dejar la enemistad a un lado y llevar a cabo lo que Jacobo quería. En una semana, los dos clanes que se odiaban desde el inicio de los tiempos, estarían unidos por mi matrimonio con Kylie Campbell. Se terminaba, con eso, el levantamiento de armas entre nosotros. Y aunque el odio continuaría, tendríamos que aprender a convivir los unos con los otros.

Al menos, ese debía de ser el pensamiento de Jacobo. Parecía fácil, ¿no? Aún en contra de mi voluntad, iba a poner de mi parte. Quería un mejor futuro para el clan, quería dejar las guerras a un lado.

Estaba cansado de pelear. De ver sangre, de tener que enterrar muertos. Y aunque no me daba miedo blandir la espada y con ella en la mano me convertía en el más temeroso de los soldados, sí era cierto que tantas afrentas, con la edad, terminaban por cansar.

Estaba cansado de una vida de guerras.

Estaba cansado de ser un temible guerrero.

Estaba cansado de la constante lucha entre los clanes.

Solo quería disfrutar de un tiempo de paz.

La opinión de mi padre, el antiguo Laird, anciano y enfermo, fue fundamental para que me declinara por aceptar el dictado del rey. Como bien decía: “Quiero ver al clan florecer, me gustaría ver cómo la sangre deja de correr e irme de este mundo sabiendo que mis hijos tendrán un futuro mejor.”

Yo también había llegado a desearlo, había visualizado lo mismo que mi padre. Pero a día de hoy sabía que eso no era más que una utopía. Nos encontrábamos en las Highlands. Y esa palabra significaba de todo menos paz.

El sueño de un futuro mejor fue destrozado la noche anterior a la boda. Esos hombres habían roto el tratado de hospitalidad de las Highlands y habían levantado las espadas en nuestra contra en un ataque tan inesperado como ruin.

Mi padre había muerto a manos del Laird Campbell y no pude vengar su muerte. Fuimos derrotados en nuestro propio hogar y los pocos que quedamos con vida, tuvimos que huir para no morir a manos de nuestros mayores enemigos.

Tres años después seguíamos escondiéndonos. Era un proscrito buscado para ser colgado en la horca. O para ser mutilado, dependiendo del castigo que Jacobo eligiera para mí. Para los hombres que me seguían acompañando y apoyando sería menor, pero también cruel.

Kenneth Campbell se había encargado muy bien de justificar su ataque ante el rey. Al parecer, por lo que pude averiguar un tiempo después, yo estaba culpado de traición por unas falsas cartas que había entregado a Jacobo. Y este quería mi cabeza.

No solo me habían arrebatado mi hogar. También mi vida entera. Habían asesinado a mi padre y se habían reído de todos nosotros mientras les ofrecíamos techo y comida.

Ese desgraciado tenía mucho por lo que responder. No lo haría ahora, yo aún no estaba listo ni tenía los suficientes hombres para enfrentarme a él en el campo de batalla. Pero el momento estaba cerca.

Aún no podía enfrentarme a él, necesitaba algo más de tiempo y de ayuda. Pero sí podía comenzar a vengarme de él. Y qué mejor forma de hacerlo que quitarle, por la fuerza, aquello que tanto se había preocupado por proteger.

—¿Estás enamorado de ella?

La pregunta de mi hermano me hizo pararme. Enderecé el cuerpo y lo miré a los ojos, la frialdad en los míos.

—Es solo un medio para conseguir un fin.

Iver arqueó las cejas, no me creía. Nunca lo había hecho. Y no entendía por qué no.

—Eso no es lo que te estoy preguntando, Calem.

Apreté la mandíbula, no quería hablar de eso otra vez, si terminaría creyendo lo que le viniese en gana.

—Eso es lo único que necesitas saber.

Me dirigí a las escaleras y subí a la planta de arriba. Entré en lo que era mi habitación y me tumbé en el viejo camastro. Dejé escapar el aire y, con mi brazo, tapé mis ojos.

Pronto volvería a tener cerca a Kylie Campbell, la mujer que debía haber sido mi esposa.

Una mujer dulce, educada para ser la señora de un castillo, la señora de un clan... Una mujer encantadora, callada y respetuosa que hacía que todos y cada uno de los hombres que tuviera cerca la miraran.

Una rubia de ojos azules y piel blanca e inmaculada que representaba la virginidad y la maternidad.

Una mujer que me había hecho creer que, quizás, podía tener una familia y un futuro mejor, sin tanta sangre. Sería la perfecta señora para el clan. Sobre todo, sería una madre perfecta.

En los pocos momentos que la tuve cerca, pude imaginar lo que sería un futuro mejor. No estaba enamorado de ella, nunca lo estuve. ¿Pero quién sabía si algún día no podría quererla?

Quería recuperarla para mí y para vengarme de su despiadado hermano. Quería recuperar mi castillo, mis tierras y todo lo que era mío y me habían arrebatado ruinmente.

Y ella era parte de todo eso. Ella significaba la posibilidad de poder tener una familia.

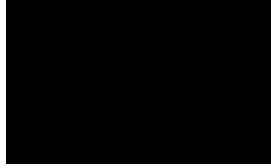
Mujer u hombre, antes o después, deseábamos lo mismo. Algo más... Y yo llevaba demasiado tiempo sintiendo que me faltaba algo.

Era hora de terminar con todo aquello.

Como también era hora de vengarme del desgraciado de Kenneth Campbell.

Y qué mejor manera que arrebatándole a su preciada hermana la noche antes de su próximo y forzoso enlace y destrozar todos sus planes.

Capítulo 2



Finlaggan Castle, Isla de Eilean Mór, Escocia.

—No puedes hacerle eso, Kenneth, es un viejo asqueroso.

Entré, enfadada, en el despacho de mi hermano. Me daba igual, en ese momento, si me castigaba con su vara o con su puño. Yo tenía que impedir, o al menos intentarlo, que Kylie tuviera ese destino.

—¿Desde cuándo tengo que darte explicaciones a ti, Aileen? —los fríos ojos de Kenneth sobre mí.

Se levantó lentamente y se acercó a mí. No iba a demostrarle mi miedo. No lo hice nunca y no lo haría ahora. Era de Kylie de quien se trataba, tenía que protegerla. Mi hermana... Ella era demasiado sumisa para su bien.

—Desde que está en juego la felicidad de Kylie —dije entre dientes.

—Entiendo... —se paró frente a mí, sus ojos azules sobre los míos— No creo que deba explicarte nada, pero hoy lo haré. Habrá una boda y estoy de buen humor —sonrió con malicia—. Kylie hará lo que yo le diga y si yo necesito una alianza con el clan Drummond, Kylie se casará con su Laird. Como harás tú cuando me interese.

—No lo haré nunca, Kenneth. Y no permitiré...

Me tuve que callar porque me había cogido por el cuello.

—¿Qué no vas a permitir? ¿Tú crees que puedes darme órdenes a mí? —me lanzó lejos y caí al suelo, luché por llenar mis pulmones de aire.

—Eres un monstruo —escupí.

—¿Es así como me ves, hermanita? —rió— Como si me importara tu opinión. Has vivido entre algodones toda tu vida, no tienes ni idea ni experiencia de lo que es el mundo ahí fuera —dijo con rabia—. Esto es la guerra, la ley del más fuerte y créeme, nadie será, nunca, más que un Campbell.

Lo único que había en sus ojos era odio. Odio por mí, por el mundo.

No sabía cómo podía vivir así. Ni siquiera entendía cómo se había convertido en eso. Éramos tres hermanos y perdimos a nuestros padres hacía un tiempo. Desde ese momento, Kenneth se convirtió en el líder del clan.

Pero no fue el poder lo que lo cambió, él siempre había sido así, tenía el alma negra.

Más de una vez, cuando había sido víctima de su ira, había deseado que desapareciera para siempre de este mundo. Las cosas estarían mejor sin él y nosotras seríamos mucho más felices sin tanta maldad.

Lo quería porque era mi hermano, eso no podía evitarlo. Pero no estaba tan ciega como para no ver la realidad. Y lo único cierto en todo aquello es que si Dios existía, algún día se haría justicia y Kenneth tendría que pagar por todo el mal que había hecho.

Mi hermana estaba llorando, hacía un par de horas que Kenneth le había dado la noticia de su próximo enlace. Ya todo estaba listo, sabía que tendría que hacer lo que él quisiera. Por eso ni siquiera se había negado. Lo hizo una vez y sufrió las consecuencias por ello.

Estábamos a su merced, como siempre.

—¿No te importamos? ¿No te importa vernos sufrir? Somos tus hermanas, Kenneth, llevamos la misma sangre corriendo por las venas, ¿cómo puedes ser tan cruel?

—¿Cruel? —preguntó, divertido.

—La vas a unir a un hombre asqueroso, por Dios.

—Bienvenida al mundo real, Aileen.

Maldición, más le valía, tratándose de un matrimonio forzado, haberse casado con Calem Donald. Al menos, para los ojos de ella, era alguien bien parecido.

—No lo permitiré —dije levantándome, no sabía qué hacer, le había propuesto a Kylie que nos fuésemos, pero se negó. Tenía que encontrar, si había, un modo de evitarlo porque me destrozaría verla unida a ese hombre—. Ella no puede...

Me callé al ver su mirada.

—No intervendrás. Te juro que me aseguraré de ello.

Lo hizo, diez minutos después gritaba por el dolor. Era la manera que tenía de callarnos y de obligarnos.

Pero yo no era Kylie. Yo siempre, aunque tuviera que sufrir las consecuencias, me enfrentaría a él ante cualquier injusticia.

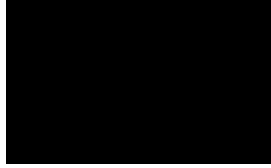
Llegué a mi habitación como pude, gimiendo de dolor. Mandé llamar a Moira, necesitaba de sus cuidados.

Me senté, mientras esperaba, en la cama. Podía ser que mi hermano ganase esa batalla, pero no ganaría siempre. La justicia debía de existir en ese mundo y él, en algún momento, tendría que ser castigado por ello.

Y si yo tenía cómo terminar con él, lo haría.

Porque el mal no desaparecía por sí solo, necesitaba ser exterminado.

Capítulo 3



Maldita estúpida, ya me había enfurecido.

Siempre lo hacía, parecía tener un poder innato para ello. Venir a mí y cuestionarme, ¿pero quién se creía que era?

Cuando Kylie se casase, buscaría un enlace para Aileen. No me importaba ya si era ventajoso para mí o no, solo necesitaba tenerla lejos.

Siempre cuestionándolo todo, siempre en mi contra. Debía de ser más agradecida, vivía bien gracias a mí.

Dejando la vara en su sitio y relajado por haber sacado toda la furia fuera, me senté y pensé un poco. El matrimonio con los Drummond traería muchas ventajas a mi clan. Eso era lo que importaba. Además, yo me quitaría de en medio a esa tonta hermana mía, siempre enferma. De verdad, cansaba ya.

No sabía cómo Aileen había adoptado, desde siempre, el papel de madre protectora, tenía demasiada paciencia intentando mantener siempre a nuestra enfermiza hermana bien.

A mí me daba igual, las dos no eran más que un estorbo. Pero también una buena transacción, para qué negarlo.

Kylie tenía sus virtudes, elegir marido para ella no fue fácil, tenía varias ofertas buenas encima de la mesa. Y Aileen... Bueno, Aileen era un caso aparte. Buenos atributos para llamar la atención de un hombre y un carácter del demonio. Pero si él era listo, sabría controlarla.

Como había hecho yo cuando había osado cuestionar mis decisiones.

Estaba cansado ya de todo eso, de escuchar sus quejas. Así que lo mejor sería casar a Kylie y no perder mucho tiempo más en deshacerme de mi otra hermana pequeña. Viviría más tranquilo así.

Porque esa mujer era un completo dolor de cabeza para mí.

Capítulo 4



—En pocas horas serás la señora del Clan Drummond.

—Ajá...

—No sueñas especialmente eufórica.

—¿Debería estarlo?

Medité sobre ello unos segundos y terminé negando con la cabeza tras soltar un sonoro suspiro.

—Supongo que no.

Glimer Drummond no era, precisamente, el sueño de una doncella. Un señor de edad avanzada, por no decir anciano, que se uniría a una mujer, al menos, cuarenta años menor que él. Entendía que mi hermana no se mostrase dichosa ante el destino que le esperaba.

Kylie era una joven preciosa, era el vivo retrato de mi padre. Como lo era Kenneth. Rubia, con una tez inmaculada y unos preciosos ojos azules. Parecía un ser etéreo. Dulce, cariñosa, educada... Era perfecta.

—¿Crees que morirá pronto?

Reí, no pude evitarlo. Porque al observar su rostro entendí que no estaba bromeando, sino que era un verdadero deseo para ella.

—Tampoco es un viejo raquítico, imagino que sobrevivirá unos años más.

El rostro de Kylie se volvió azul y yo no pude evitar sentirme triste por ella. Pero esa era la verdad, ese hombre duraría unos años.

—Gracias por los ánimos —la ironía en su voz.

—Pero hay que confiar, ¿quién sabe si no le entra una fiebre, o algo peor y muere pronto? —un mínimo de esperanza podía ayudarla a sobrellevarlo mejor.

—¿Ves a ese hombre tan débil? —puso los ojos en blanco y yo mordí mi labio.

Para la edad que tenía, el jefe del Clan Drummond gozaba de buena salud. Aún con tantos años de batallas y disputas a su espalda que habían hecho mella no solo en su rostro, donde lucía una horrible cicatriz que deformaba su cara, sino también en su cuerpo, aunque no tan visibles, con la cojera que padecía desde su última lucha en el campo de batalla, una podía adivinar que el resto de su cuerpo tenía que estar repleto de taras.

Era algo a lo que estábamos acostumbradas. Los hombres de las Highlands lucían sus cicatrices de guerra con orgullo. Era una señal de que habían sobrevivido. Y sería atractivo en cualquiera de ellos, menos en ese horrible anciano de dientes casi podridos.

Y eso sin entrar en detalle sobre sus lamentables modales.

Seguía sin entender la decisión de Kenneth para forjar ese enlace. Tenía la impresión de que no lo haría nunca. Nunca podría entender a mi hermano.

Los Drummond eran, desde siempre, un clan aliado de los Campbell. La relación entre ellos se había forjado siglos atrás y en mi opinión, no necesitábamos reforzarla más. Pero mi hermano no compartía mi manera de ver las cosas.

Él era el jefe del clan y yo, simplemente, una mujer que le provocaba demasiados dolores de cabeza por querer aspirar a más que la mayoría.

Nacíamos para estar bajo el yugo de los hombres. Para ser sus compañeras. Para ofrecerles lealtad y facilitarles la vida. Existíamos para ser las esposas perfectas y las madres de sus hijos. Para criarlos y para morir después de una vida aburrida.

Yo no quería eso para mí. Yo quería algo más.

Por supuesto que quería un amor, una familia...

Quería aventuras. Quería sentirme viva. Quería ser una igual para el hombre que estuviera a mi lado, no alguien inferior.

No era incompatible, ¿no?

Y, por ello, la relación entre mi hermano y yo no era demasiado buena.

¿Qué culpa tenía yo de cuestionarlo todo? ¿Por qué tenía que permanecer en silencio cuando me ordenase algo injusto? Más de una vez había recibido un castigo que me había dejado marcada, Kenneth no tenía piedad cuando se trataba de mí. Pero eso no me había impedido ser como era. Eso no iba a convertirme en la mujer sumisa que él quería ver en mí.

No había ni una sola célula sumisa en mi cuerpo. Y dudaba de que alguna vez encontrase una.

—Tenías que haberte negado a este enlace —esa fue mi respuesta después de meditar las cosas.

Mi hermana estaba sentada en la cama, con cara de cordero degollado cuando me miró a los ojos. Me había sentado a su lado y la observaba con detenimiento.

—Sabes que no podía hacerlo.

—Te negaste a hacerlo una vez —le recordé.

La primera vez, hacía tres años, cuando Kenneth le dio la noticia de que se convertiría en la esposa del Laird Donald, fue la primera ocasión en que escuché a mi hermana decir “no”.

—Y ya sabes cómo acabé —me recordó.

Como si pudiese olvidarlo... Kenneth era de mano suelta y nosotras siempre pagábamos las consecuencias. Que se lo dijeran a mi espalda, aún latente por la última paliza.

Mi hermano era un déspota, un controlador al que le gustaba sentirse superior e importante. Y nosotras éramos un estorbo.

Era uno de esos tantos momentos en los que me sentía impotente. No podía ayudarla de ninguna manera. Le había ofrecido escapar, pero ella tenía razón cuando me preguntó: ¿y cómo vamos a sobrevivir?

Dos mujeres solas, sin nada, sin protección vagando por las extensas Highlands. Si no moríamos de hambre o de frío, lo haríamos en manos de algunos forajidos. Y esos, seguramente, lucirían peor que el viejo Drummond.

Kylie no tenía apenas opciones, ambas lo sabíamos.

—Lo intenté, Kylie —dije con pesar, recordando la última paliza que recibí de Kenneth por intentar evitar que mi hermana terminara con ese viejo horrible. No logré evitarlo ni había manera de hacerlo.

—Lo sé y lo siento, sé cómo te duele—dijo ella con tristeza—. Es mi destino, Aileen, no está en tu mano. Las cosas tienen que ser así. Al final no habría estado tan mal si me hubiese casado con Calem Donald —sonrió.

Calem Donald, el hombre con el que se negó a casarse y por lo que recibió unos azotes. Un hombre que, según me había contado desde que volvió sin desposar, no habría sido un mal marido.

Era educado, bien parecido y se había comportado mostrándole un sincero respeto. Terminó creyendo que el futuro no sería tan malo, pero Kenneth destruyó, también, todo aquello.

—Echo de menos a papá y a mamá —suspiré pesadamente y limpié una pequeña lágrima que caía por mi mejilla.

Ocurría siempre que me acordaba de ellos. Cuando vivían, las cosas no eran tan difíciles para nosotras.

—Estarían orgullosos de ti —Kylie estiró su brazo y agarró mi mano, dándome un fuerte apretón—. Los habrías vuelto locos, seguro —rio—. Pero se sentirían muy orgullosos de que no te hubieses convertido en una damisela tonta. Así como yo —me guiñó un ojo.

—No eres tonta y no seas tan dura contigo misma —mi voz sonaba enfadada.

—No lo soy, Aileen, solo digo la verdad —se levantó de la cama y se acercó a la ventana de su habitación—. La mayoría del tiempo estoy enferma. Mi salud es débil y mi mente también —se giró y me miró—. Tú eres todo lo que yo siempre quise ser y no pude. Y espero que nadie logre domar ese carácter, no permitas que nunca, nadie, te someta.

—No lo haré —dije con seguridad.

—Eso espero —sonrió.

Me acerqué a ella y me paré a su lado. Miré el patio y el bosque que se veía desde ahí. No era nuestro castillo, pero habíamos hecho de ese lugar nuestro hogar desde que tres años atrás, mi hermano se lo arrebatara a los Donald y se empeñara en vivir ahí.

—Seré yo la siguiente, ¿verdad? —suspiré, la verdad era esa.

—Sí. Y temo el destino que Kenneth elija para ti.

—No dejaré que nadie decida por mí, Kylie. No sé cómo, pero me libraré de un matrimonio forzoso.

—¿Vas a casarte con ese escudero bien parecido que te mira con ojos de corderito degollado? —rio.

—No, no —negué rápidamente al pensar en él. Era buen chico, pero no para mí—. No me casaré ni con él ni con nadie que yo no elija.

—Eso sería lo bonito. Pero, por desgracia, no es el mundo real.

Y ella lo sabía bien...

Yo no sabía cómo, pero iba a hacerlo a mi manera. Ya pensaría en el cómo cuando llegara el momento. Pero si había algo que sabía con seguridad era que eso no me lo iban a imponer.

El matrimonio no era algo prioritario para mí, pero no podía ser tan ingenua como para creer que no tendría que pasar por ello pronto. Al menos, quería la libertad de elegir al hombre con el que compartiría mi vida.

—De todas maneras, sigue soñando con el amor, Aileen. Yo no tendré de eso, pero tú inténtalo — me dio un beso en la mejilla y se tumbó en la cama, ya se notaba algo fatigada.

Sentía pena por ella, merecía mucho más que lo que Kenneth había elegido. Mi hermana era una gran mujer, no conocía la maldad. Pero su debilitada salud no le permitía ser lo rebelde que le gustaría.

Quería lo mejor para ella. Un hombre que le diese el amor que necesitaba, pero ya no podría ser.

El amor...

Sabía que existía porque lo había visto en mis padres. No tenía esperanzas de encontrar algo así. No era ni una belleza como Kylie ni alguien dócil y sumisa. Pero como decía mi hermana, seguiría soñando con que sería posible que alguien se enamorase de mí por cómo era. No mirándome como una mera transacción para un beneficio propio, fuera cual fuera. Como iba a ocurrirle a Kylie.

Tal vez era mejor así, porque en el mundo que vivíamos, el amor solía ser, a veces, solo una ilusión. A la que me aferraba, pero sabiendo, en el fondo, que solo era un sueño.

Yo seguía siendo una doncella tonta que soñaba con cuentos de hadas y finales felices que nunca se harían realidad.

—El vestido es precioso —dije recordando cuando la había visto el día anterior con él. Era el vestido que había usado mi madre años atrás. Había que hacerles algunos arreglos, pero Moira no tardaría mucho en tenerlo preparado.

—Al lado de ese hombre todo lo es —rio, haciéndome reír a mí.

—Aún podemos... —podíamos escapar, ya veríamos cómo sobrevivir.

—No, Aileen. Mi destino está escrito. Y a lo mejor no es tan malo como pensamos —sabía que necesitaba autoconvencerse—. Seguro que estaré bien. Estaré protegida y eso es mucho pedir en estos tiempos.

Sí, ahí tenía razón. La protección de un clan era primordial.

—Serás la novia más hermosa del mundo —afirmé.

—Eso no lo dudes —bromeó, las dos terminamos riendo.

Me acerqué a la cama y le di un beso en la frente.

—Descansa, mañana tienes que lucir perfecta. No con ojeras —le guiñé un ojo.

—Ya las luce él por los dos —resopló.

Solté una carcajada. Era más fuerte de lo que pensaba al tomarse todo eso con humor.

—Mientras solo luzca eso, estará bien —afirmé.

Era una amenaza y ella lo sabía. Asintió con la cabeza al entender el significado de lo que le estaba diciendo. Les había jurado a ella y a mi hermano que si ese viejo la hería en modo alguno o le hacía daño, no me temblaría el pulso para ir hasta su castillo y rebanarle la yugular.

Ahí sí que no iba a tener piedad.

Y por cómo me miraron los dos, supe que me creyeron. Mi hermano podía atarme en corto menos cuando de la seguridad de Kylie se tratase.

Kylie era cuatro años mayor que yo, pero fui yo quien cuidó de ella desde que nuestra madre falleció, provocando que la enfermedad de mi hermana empeorase por la tristeza. Me había pasado la vida cuidando de ella y aunque no podía evitar lo que iba a ocurrir al día siguiente, sí que podía estar pendiente de que nadie le pusiese, jamás, una mano encima.

Dejándola descansar, salí del dormitorio y bajé hasta la cocina, me vendría bien tomar algo antes de irme a dormir.

—Buenas noches, mi niña, te estaba buscando.

—Buenas noches, Moira —sonreí a quien había sido, siempre, niñera mía y de Kylie.

—¿Cómo tienes las heridas? —preguntó con tristeza.

—Duelen, pero bien —miré sus manos— Ya está listo, supongo —traía el traje que vestiría mi hermana en el enlace.

—Sí. Tardé un poco más de lo deseado, pero creo que le quedará perfecto. Voy a subir para que se lo pruebe por si tengo que arreglar algo más.

—No, está bastante fatigada, no creo que despierte hasta mañana.

—Mañana será tarde, mi niña, no me va a dar tiempo... —me miró y no me gustó demasiado esa sonrisa.

—No —dije rápidamente, negándome a lo que sabía que iba a pedirme. Conocía a Moira bastante

bien—. Soy mucho más... —hice un gesto con las manos, señalando mi cuerpo. No era, ni mucho menos, el de mi hermana.

—Pero me puedo hacer una idea. Mejor eso a...

—No —negué fervientemente y seguí hacia la cocina.

—Aileen... No queremos que tu hermana no luzca perfecta el día de su boda, ¿verdad?

Puse los ojos en blanco, eso era chantaje emocional.

—Kylie tiene un cuerpo perfecto. A mí ni siquiera me cerrará, no te serviría para nada. Eso sin contar que puede romperse al intentar ponérmelo. No, no lo haré.

—Está bien —suspiró a mi espalda—. Tendré que encontrar a una muchacha que me pueda servir... O despertar a Kylie.

—No lo harás —me paré, me giré y la miré a los ojos.

Era una orden.

—No me puedo arriesgar a que esté mal. Ya conoces a tu hermano.

Lo conocía y mejor que nadie. Dejé caer mis hombros, no podía permitir que Moira cargase con su furia si algo salía mal con el vestido.

—Está bien —claudiqué—. Lo haré yo. Pero sigo sin entender en qué te puedo servir.

Era un poco más alta que Kylie y mi cuerpo... Bueno, no era precisamente tan delgado como el de ella. Yo había heredado, al contrario que mis hermanos, el físico de mi madre. Mi cuerpo era, para mi gusto, demasiado voluptuoso.

—Me servirás, créeme que lo harás.

Pues adiós a mi leche caliente, pensé mientras volvía sobre mis pasos, escaleras arriba.

Unos minutos después estaba encima de una caja de madera como pedestal improvisado, con Moira frente a mí mientras me miraba de arriba abajo y emitía algunos sonidos tipo “ujum”, “aja”.

—No —arrugó la nariz mientras miraba mi pecho.

Como bien imaginaba, no había podido cerrar el vestido por detrás, ni siquiera me cubría...

—Sé que es demasiado, pero tengo que vivir con ello —resoplé.

—¿Qué? —pestañeó varias veces y me miró— No, mi niña, no me refería a eso.

—Ah... —me puse del color de la grana.

No es que me avergonzara de mi cuerpo, pero me habría venido bien ser menos... Menos...

—Tienes un cuerpo perfecto, aunque no lo entiendas ahora —sonrió con picardía.

—Lo entiendo mejor de lo que crees —resoplé—. Y sigo sin estar de acuerdo. Además, tampoco es algo que me importe —me encogí de hombros—. Solo que estas — señalé mi delantera—, en algunas ocasiones, son un incordio.

—Las mujeres las tenemos por algo. Será que, a lo mejor, no es que te estorben, es que no deberías estar ni blandiendo espadas ni enzarzada en cosas de hombres.

—¿Cosas de hombres? —fruncí el entrecejo— Si quieres me quedo tejiendo gorritos de lana para cuando el frío nos azote.

—No vendría mal un poco de ayuda —rio—. Y así tendrías a tu hermano más tranquilo, serías la dama que quiere que seas.

—Pues por eso mismo no lo haré. Prefiero comportarme como un ser con...

—No lo digas —Moira soltó una carcajada—. Tienes la lengua muy suelta para ser aún una doncella inmaculada.

Eso era verdad, lo de inmaculada no lo podía negar. Lo de mi lengua... Pues tampoco. Pero no era tonta, sabía bien qué era lo que ocurría entre un hombre y una mujer, en varias ocasiones me había encontrado con algún soldado y alguna moza “bien dispuesta”, como ellos solían referirse a esas mujeres de vida mundanal.

En momentos así tenía que haber salido corriendo, despavorida. Pero no, la curiosidad era tal que las primeras veces me quedé observando para intentar entender qué ocurría. Hasta que, por fin, mi mente lo entendió todo.

Con Kylie no podía hablar de esas cosas, se escandalizaba pronto. Por eso había confiado en Moira. Ella me había explicado todo lo que necesitaba saber.

O eso creía yo...

—¿Crees que Kylie...? —ni siquiera sabía cómo terminar esa pregunta.

—No lo sé, mi niña. Pero él es un hombre experimentado, seguro que irá con cuidado.

Puse cara de horror por imaginar a mi hermana en una situación así.

—Supongo que Kylie tiene razón, la vida no es un cuento de hadas. Y en eso tampoco.

—Así es, mi niña. Así es... —suspiró— Voy a por una aguja para arreglar un pequeño defecto y estará listo. No tardaré demasiado —salió rápidamente de mi habitación y yo resoplé. Tenía ganas de quitarme ese vestido, me sentía ridícula con él.

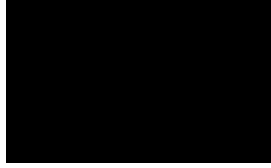
Un golpe en la ventana me hizo girar la cabeza. Abierta de par en par y con un hombre entrando por ella.

Todo ocurrió tan rápido que ni tiempo me dio a reaccionar, ni siquiera pude emitir sonido alguno. Cuando conseguí que ese maldito vestido me dejara moverme, ya tenía la cabeza cubierta y mis gritos, mientras me cargaban en peso, sonaban por fin, pero amortiguados por la tela que me cubría.

Intenté luchar, pero fue en vano. Lo último que recuerdo fue un agudo dolor de cabeza y el mundo, para mí, se paró en ese momento.

Todo lo que ocurrió después, fue lo que el destino tenía preparado para mí.

Capítulo 5



—Señor, tenemos un problema. En realidad tenemos dos, pero...

Miré a Robert con las cejas enarcadas. No me gustaba, en absoluto, escuchar eso.

—¿Y qué problemas son esos? ¿Está todo listo para el enlace?

—Verá, señor, tanto como todo no. A ver cómo le explico... —el hombre resopló y yo puse los ojos en blanco. Aileen, seguro... —Su hermana no está.

—¿Qué hermana? —no sabía para qué preguntaba si era más que evidente.

—Aileen.

Quién si no... Apreté los dientes, si se había atrevido a hacer algo para evitar el matrimonio, no solo iba a probar mi vara, sino que esa vez la mataría.

—¿Qué quieres decir con que no está? —gruñí.

—No la encontramos por ningún lado. Y nadie vio nada.

—¿Dónde está Kylie?

—En su habitación, señor. Sin vestido, pero preparada para la ceremonia.

—¿Sin vestido?! —exclamé.

—Al parecer... Desapareció con su otra hermana.

Maldita idiota, ¿creía que desapareciendo ella y llevándose el vestido iba a impedir nada? ¿Qué pensaba? ¿Que yo movilizaría a todo el clan para que la buscara y que el enlace no se celebraría?

Si era así, estaba muy equivocada.

—Me da igual dónde esté. Realmente me da igual si se ha escondido, si se ha perdido o si ha huido —dije enfadado—. El enlace se celebrará. Con o sin ella y con o sin el maldito vestido. ¿Me has entendido?

—Sí, señor.

—Entonces avisa a todos, no alarguemos más esto. Cuanto antes se oficie la ceremonia, mejor.

Con un asentimiento de cabeza, Robert marchó para avisar a los miembros de los dos clanes. Miré de nuevo por la ventana, la ira en mi cuerpo.

Por mí como si esa estúpida había salido al bosque y la habían devorado los lobos. Un dolor de cabeza menos para mí. Pero el matrimonio se iba a celebrar, estuviera ella o no.

Debería haber sido más duro cuando cogí la vara, tenía que haberla dejado medio muerta, a ver si entendía de una vez quién era el que mandaba allí.

Me coloqué bien la ropa y salí. Mis planes no se iban a parar por la desaparición de Aileen. Ya aparecería cuando quisiera y, si no lo hacía, pues un problema menos para mí.

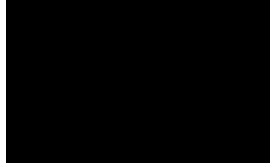
Tampoco es que me importase mucho lo que sucediese con ella.

Me vendría que mejor que desapareciera para siempre porque buscarle marido y deshacerme de ella así me provocaría varios dolores de cabeza. Sería una pérdida de tiempo.

Y el tiempo no era algo que me gustase perder.

Era el momento de concentrarse en el enlace y de librarme de Kylie. Y sobre Aileen... Si aparecía, ya me encargaría de darle su merecido.

Capítulo 6



—Ya están aquí.

Me levanté rápidamente cuando Iver me avisó de la llegada de los dos soldados que había enviado a por Kylie. Salí por la puerta del castillo y bajé, rápidamente, las escaleras. Cada uno de los hombres que me servían allí, pendientes a la llegada de quien se convertiría, no mucho tiempo más tarde, en mi esposa.

Habían sido días de nerviosismo, dudando de si había elegido bien al enviarlos en lugar de ir personalmente en vez de dejar la tarea en manos de Iver. Pero tenía que haber sido así, mi hermano y yo teníamos otros asuntos importantes de los que ocuparnos y gracias a ello, mi pequeño ejército se había casi triplicado con la colaboración de algunos de los clanes a los que solicité ayuda. Lucharían a mi lado para ayudarme a recuperar lo que me había sido robado.

Mi padre había sido respetado por todos. Yo, durante el poco tiempo que estuve al mando del clan Donald, también. Nos debían algunos favores y aunque la mayoría rehusaba apoyarme por mi supuesta traición a la corona y por miedo a las represalias por parte de Jacobo por colaborar con un proscrito, en general había conseguido bastante cooperación para mi causa.

Cuando todo eso terminase y yo recuperase mis tierras y el poder, les devolvería, uno a uno, el favor y la ayuda que me estaban brindando en ese momento. Igual que tacharía de mi lista de aliados a todo aquel que me estaba dando la espalda.

Mi idea era el poder contar con los suficientes hombres para enfrentarme al ejército de Kenneth Campbell y recuperar, por fin, las posesiones de mi clan.

Y Kylie me sería de mucha ayuda. No solo por aliviar un poco mi orgullo herido al recuperar algo que ya me había sido concedido, sino porque tenerla entre mis brazos sería un seguro de vida. Y la mejor de las venganzas contra Kenneth Campbell.

Me quedé parado al verla tumbada, de mala manera, sobre el caballo, tapada con el tartán de uno de esos dos idiotas. Y su cabeza... No se movía y yo iba a matar a alguien.

Miré a los dos hombres a los que les había encomendado la misión de raptarla e ignoré cómo se

removían, incómodos, retorciendo sus manos. Notaba la tensión de todos los demás que ya se habían congregado en el patio de armas para ver la cara de la que se convertiría en su próxima señora.

No me iba a gustar la respuesta a mis siguientes preguntas...

—¿Está inconsciente? —mi voz engañosamente tranquila mientras imaginaba cómo iban a comenzar a rodar cabezas.

—Veréis, jefe... —carraspeó Murdock, había comenzado a sudar. Ese pequeño y rechoncho hombre iba a perder más que la cabeza.

—¿Por qué demonios está inconsciente? —lo interrumpí.

—Jefe, fue un accidente... —Edwin calló de inmediato cuando mi mirada glacial se posó en él. ¿Taparle la cabeza también fue algo fortuito?

No podía entender cómo dos guerreros necesitaban mantener a una mujer inofensiva dejándola en ese estado. ¿Qué era lo máximo que podía hacerles? ¿Insultarlos?

Me acerqué a ella y la furia recorrió mis venas cuando vi, de nuevo, su cabeza tapada. Los iba a matar, de esa no salían vivos.

—¡Maldita sea! —exclamé, perdiendo ya la paciencia— Iver, ¡ayúdame!

Mi hermano llegó hasta mi lado y entre los dos la movimos, consiguiendo dejarla entre mis brazos. Solo entonces pude notar su espalda descubierta. La deshice de la capucha, sin ni siquiera mirarla. Miedo me daba...

—Calem, espera...

¿A qué demonios iba a esperar? Tenía que tumbarla en la maldita cama y hacer que despertara.

Corrí escaleras arriba, tenía que llevarla hasta mi habitación.

—Calem, creo que tenemos un problema.

Ni caso le hice a Iver, seguí corriendo, subiendo los escalones rápidamente. Claro que teníamos un problema, ¡estaba inconsciente! No había que ser demasiado inteligente para adivinar que tenía un maldito problema!

No tan grave como el problema que iban a tener esos dos por haberla mantenido en ese estado. ¿Para qué demonios los envié? ¿Por qué nunca le hacía caso a mi hermano?

—Calem, espera, deberías de...

De hacer que despertara, eso era lo que debía hacer.

Entré en mi habitación, la tumbé sobre el camastro y solo entonces fui consciente de la situación. Por eso me estaba advirtiendo Calem.

—Ay, Dios... —la alarma y un atisbo de risa en la voz de Iver.

Yo ni siquiera podía pensar, cuanto más emitir sonido alguno.

No sé el tiempo que me mantuve en silencio, inmóvil, intentando asimilar que lo que estaba viendo era real y no un producto de mi imaginación.

Mi hermano carraspeó y yo pestañeeé varias veces, tenía que salir de mi estupor.

—Creo que... Que no es a quien esperabas —Iver soltó una carcajada y puse los ojos en blanco.

Yo tenía ganas de matar a alguien y él se estaba divirtiendo como nunca.

—¿Pero qué demonios...? —bramé.

—La pregunta no es qué. Es quién —intentaba dejar de reír, pero no lo conseguía.

—Los mataré, juro que lo haré.

—Bueno... Espera a que primero te expliquen.

—Deja de reírte, no tiene gracia —le advertí, mirándolo. Lloraba de la risa.

—No la tendrá para ti. Créeme, para mí sí —rio—. Está bien —levantó las manos e intentó permanecer serio—. Tenemos un problema. ¿Sabes quién es?

—¿Cómo demonios lo voy a saber?

Yo volví a mirar a ese ser que descansaba inconsciente en mi cama. Con un vestido que le quedaba pequeño... Demasiado pequeño... Cogí rápidamente una cobija y la tapé, ocultando todo lo que mostraba de más.

Fue entonces cuando la furia que sentía se duplicó al ver el moratón en su sien.

Me di la vuelta y salí de allí a grandes zancadas.

—Calem, primero déjalos explicarse —Iver intentó agarrar mi brazo para detenerme, pero me zafé—. A lo mejor es ella, ha cambiado... —lo miré de mala manera, ¿realmente me estaba diciendo eso?— Está bien, no es posible —resopló—. Pero tiene que haber una explicación

lógica.

Oh, pero y tan lógica. Como que habían raptado a la mujer equivocada. Era muy sencillo y los iba a degollar por ello.

—¡Murdock! ¡¡¡Edwin!!! —bramé.

Llegué al final de la escalera y ahí estaban los dos. Sudando, retorciéndose las manos, ya no les debía de circular la sangre por ella con la fuerza que lo hacían.

—Jefe... —dijeron a la vez, con voz aguda.

Estaban asustados y tenían razones para estarlo. Lo estaban hasta los demás guerreros que permanecían cerca de ellos, sin querer perderse el espectáculo.

—¿Qué os mandé que hicierais? —intentaba mantener la calma, pero no era sencillo.

—Que trajéramos a la futura novia —la débil voz del enorme y musculoso Edwin más aguda de lo normal.

Eran dos buenos guerreros, los más leales que tenía. Pero de mente... Los pobres no es que fueran demasiado inteligentes.

Sabía eso cuando los envié a por Kylie. Y por eso mismo les había dado los pasos exactos a seguir. Y aun así, ¡habían traído a una desconocida!

—¿Y a quién me habéis traído?

—¿A la novia? —preguntó Murdock.

Iver rio y yo apreté los puños para no agarrarlo del cuello. No estaba siendo de mucha ayuda.

—¿A qué novia, ¡maldita sea! —exploté.

Los dos guerreros se miraron el uno al otro. Me miraban a mí, de hito en hito y sus manos comenzaban a quedarse sin un ápice de circulación sanguínea.

—¿A la vuestra? —preguntó Edwin.

—No, te aseguro que no es la mía —rugí.

—Bueno... En realidad la otra tampoco sería la tuya... —miré a mi hermano con ganas de asesinarlo— Ya me callo —carraspeó.

—¿Entonces quién es? —preguntó Murdock, con los ojos abiertos de par en par.

—Eso es lo que queremos saber —intervino Iver.

—Jefe, nosotros...

—Dime una cosa, Edwin —lo interrumpí—. Sea ella o no, ¿por qué ha recibido un golpe en la cabeza? —no se tocaba nunca, jamás, a una mujer. Nada justificaba algo tan despreciable.

—Eso no fue nuestra culpa —negó Edwin inmediatamente.

—Cuando la cogí, no dejaba de patlear y de moverse, se golpeó al salir por la ventana —explicó rápidamente Murdock.

—¿Y ha permanecido inconsciente hasta ahora? —pregunté con incredulidad.

—Sí, jefe, fue así. Pero nos aseguramos de que seguía respirando.

—Con esa capucha lo dudo —dije con ironía.

—Tiene sentido la explicación.

—¿Por qué no te callas, Iver?

—Eso también tiene sentido, sí.

Maldición, nunca podía mantener la boca cerrada, no sabía cómo lo soportaba.

—Ve con ella mientras yo me encargo de estos dos —le ordené.

—Como ordenes, jefe.

Fruncí el ceño. Era extraño que no protestase, Iver siempre quería estar presente cuando tenía que castigar, de alguna manera, a alguno de nuestros guerreros. Se divertía, como él decía.

Pero esta vez ni una protesta, lo que me hizo apretar la mandíbula al entenderlo, prefería estar cerca de la muchacha pelirroja que descansaba en mi cama.

Y eso no me gustaba nada.

—Vosotros dos, seguidme —miré a Edwin y Murdock—. Tenéis muchas explicaciones que darme.

Me moví y di unos pasos cuando oí un agudo grito proveniente del piso de arriba seguido de un golpe sordo.

—Maldita sea —gruñí antes de girarme y correr escaleras arriba.

Entré en mi habitación y barrí la escena con la mirada.

Mi hermano en el suelo, quejándose por el dolor. Y la desconocida pelirroja de pie, a su lado, con un farol en la mano.

Después de tanta tensión, en ese momento fui yo quien quiso soltar una carcajada.

La observé tranquilamente. Su pecho, agitado por respirar aceleradamente, apenas cubierto por el vestido... Fue entonces cuando escuché algunas exclamaciones y carraspeos a mi espalda y, sin pensarlo, alargué el brazo y cerré la puerta. Nadie iba a verla de esa manera.

Seguí observándola... Y evitando que alguna emoción se reflejara en mi rostro. Tenía que permanecer impertérrito.

No era tarea fácil teniendo en cuenta que mi cuerpo reaccionó como no debía... Di gracias al kilt por ocultar mi desvergonzada respuesta a ese rápido examen al que la estaba sometiendo.

Impresionante cuerpo para pecar, pensé. Pero tenía que eliminar eso de mi mente. Sencillo no era, lo aseguro, porque esa mujer era la fantasía de cualquier hombre. Esas caderas bien marcadas, esa estrecha cintura. Esos pechos... Estaba aún más duro tras ese examen.

Maldito seas, Calem, contrólate.

Levanté la mirada hasta su rostro. Lucía una mezcla de miedo e ira. Sus mejillas enrojadas por el nerviosismo y sus labios apretados con fuerza. Aproveché para mirarla. Una pequeña y delgada nariz le daba un aire gracioso a una cara... Dios mío, ¿eran reales esos labios?

Real va a ser el dolor que voy a tener en un rato, pensé...

Con el farol entre sus dos manos y repartiendo la mirada entre el pobre Iver (que había recibido lo que se merecía por sacarme de mis casillas) y yo.

Esos enormes ojos, que parecían ser azules, se posaron en mí.

Levantó su mano y adelantó un pie. Iba a acercarse a mí para golpearme. Y yo no iba a poder contener la carcajada. Valor tenía, había que reconocérselo.

—Quieta —Iver, que se había levantado sin que ella se diese cuenta, le quitó el farol de las manos.

—¿Estás bien? —le pregunté a mi hermano, aguantando la risa por haber sido derribado por una mujer.

—Pega como el demonio, tiene fuerza —gruñó.

—¿Qué queréis de mí?

Vaya... Bonita voz, pensé.

—En primer lugar que te calmes, no vamos a hacerte daño —no iba a hablarle con formalidades. Al fin y al cabo, era mi prisionera.

—Por supuesto que no, me habéis raptado para tratarme como una reina —la ironía en su voz y a mí me pareció de lo más divertida.

—Y lo segundo —ignoré su sarcasmo— es saber quién eres.

Ella enarcó las cejas en un gesto altivo.

-Si no lo sabéis vos... -refunfuñó.

-¿Y sois?

—¿Es un entretenimiento? ¿Raptar por raptar? —estaba evadiendo mi pregunta.

—Puede ser —una sonrisa torcida se dibujó en mi rostro.

Sabía que estaba asustada por lo que estaba viviendo, pero tenía coraje y no se dejaba amilanar con facilidad. Era admirable, de eso no había duda.

Vi cómo los ojos de mi hermano se posaban en lo que ella mostraba de más. Con un resoplido, me acerqué a la cama, cogí la colcha y se la ofrecí. Ella frunció el ceño.

—Será mejor que te tapes un poco —señalé a su pecho y tras bajar la mirada, ahogó un grito. Fue entonces cuando hizo lo que le proponía—. Por el vestido que llevas...

—No es mío —dijo rápidamente.

—De eso nos habíamos dado cuenta —rio Iver, que terminó gimiendo de dolor segundos más tarde.

—¿Por qué lo llevas entonces? —pregunté.

—No es algo que os interese —levantó la barbilla, altanera.

Yo elevé mis cejas, divertido.

—Me interesa más de lo que imaginas.

—¿Por qué? —preguntó con desconfianza.

—Porque necesito saber quién eres.

Ella dudó unos segundos, seguía con el ceño fruncido.

—No sé qué hago aquí, pero es evidente que no soy quien esperabais.

—Y tan evidente —rio Iver y lo miré de mala manera.

—¿No podríamos olvidar todo esto? —continuó ella— ¿No podríais llevarme de regreso a casa? Prometo que no diré nada a nadie, me inventaré lo que sea y...

—¿Quién eres? —insistí.

—Solo una criada —estaba mintiendo.

—Una criada...

—Sí.

—¿Una criada con el vestido de una señora? —elevé mis cejas.

Ella podría inventar lo que fuera. Yo no iba a creerla tan fácilmente. Sobre todo porque estudiando bien sus gestos, era demasiado evidente para mí cuándo estaba mintiendo.

—Quería saber cómo luciría con él, nada más.

—Entiendo...

—¿Entonces me puedo marchar ya? —preguntó con impaciencia.

—No luces como una criada.

—Ya os expliqué...

—Ni tampoco te expresas como una de ellas.

—Yo...

—Tienes dos opciones, milady —se enderezó ante ese título, levantando aún más la barbilla en un gesto desafiante—. Una... Me dices quién eres ahora. Dos... Te encerraré en este lugar el tiempo que sea necesario hasta que me digas, sin mentir, quién eres.

Apretó los labios. Si algo sabía con seguridad de ella, sin conocerla, es que además de no dejarse

amilar y de poseer carácter, era terca. Lo cual me parecía tan divertido como un gran inconveniente.

Yo esperaba a una mujer dócil y tenía frente a mí a alguien que sería de todo menos eso.

—¿Para qué lo queréis saber?

—Vamos, mujer... —resopló Iver, elevando las manos al cielo. Tenía poca paciencia. Y con ella, si no me equivocaba, íbamos a necesitar mucha.

—Para resarcir todo esto de la mejor manera posible —dije con seguridad.

—La única manera es que vuelva a casa y que nadie sepa...

—Para ello necesito saber a qué me estoy enfrentando —demonios, qué paciencia iba a necesitar con esa mujer...

—Entiendo...

Esperé a que dijese algo más, pero se mantuvo en silencio.

—¿Y bien...? —insistí.

—¿Quiénes sois vos? —preguntó, suspicaz.

—Las damas primero —las cosas se harían a mi manera, de eso no había duda.

—¿Qué me haréis? —temerosa...

—Nada —le aseguré—. Te doy mi palabra de que no sufrirás daño alguno —prometí.

—Entonces ya lo sufriré al volver —dijo entre dientes.

Enarqué, de nuevo, mis cejas ante ese comentario. ¿A qué se refería? ¿Sufría maltrato de alguna clase?

No me gustaba oír eso. Ni de ella ni de ninguna otra mujer.

Apreté los dientes mientras algunas teorías se abrían paso por mi mente. No parecía una mujer fácil de dominar, ¿era por eso que alguien hubiese usado la fuerza con ella? Si eso era así, ese maldito ser debería arder en el infierno.

—Mi hermano siempre cumple su palabra. Confía en él, solo así podremos arreglar este inconveniente.

—Inconveniente —el sarcasmo, de nuevo, en su voz—. Y confiar en un secuestrador... —suspiró, poniendo los ojos en blanco. Volvió a mirarme y se enderezó. Sabía que había llegado el momento en que me diría la verdad— Mi nombre es Aileen —dijo al fin. Tardé un poco en reconocer ese nombre. Demonios, no podía ser—. Soy Aileen Campbell.

Ahí estaba, lo había dicho.

No solo me habían traído a la mujer equivocada, sino a la intocable.

¿Cómo podía tener tan mala suerte?

Capítulo 7



Me había despertado con un horrible dolor de cabeza. Gemí y abrí mis ojos poco a poco hasta que me acostumbré a la luz. Fue entonces cuando me di cuenta de que no estaba en mi hogar.

Los pocos últimos recuerdos que tenía volvieron a mi mente y el miedo se apoderó de mí.

Barrí la estancia con la mirada mientras me incorporaba en la cama. Parecía un lugar abandonado... Suspiré con algo de alivio al ver que estaba sola en ese horrible y desconocido lugar.

Poco a poco, me incorporé y me levanté de la cama. Me temblaba todo por el miedo. Fue entonces cuando oí el sonido de algunas voces algo lejanas y de unos pasos que se acercaban.

Temerosa, miré alrededor y cogí el farol que había cerca de la cama. Corrí hasta ocultarme detrás de la puerta, dispuesta a golpear a quien fuera que entrase por ella. Ni cuenta me había dado de cuánto temblaban mis manos hasta que el objeto estuvo a punto de resbalar y caer al suelo. Lo sujeté con más fuerza y lo elevé cuando esos pasos se escuchaban demasiado cerca.

La puerta no tardó en abrirse y tras gritar, golpeé al desconocido con todas mis fuerzas.

Cayó al suelo y yo me quedé quieta, no sabía ni cómo reaccionar en ese momento.

Tenía que salir de allí, no podía perder más tiempo.

Pero varias pisadas me mantuvieron quieta y no tardó demasiado en aparecer un ser imponente por esa puerta.

Los miré, a quien estaba en el suelo y a él. Fue entonces cuando mis ojos se encontraron con unos tan fríos como el hielo. Estaba asustada, pero tenía que salir de allí. No sabía quiénes eran ni qué querían, pero no debía de ser nada bueno.

Levanté, de nuevo, ignorando el miedo, el farol y...

—Quieta —el hombre que había derribado me lo quitó. Ni cuenta me había dado de que se había levantado.

—¿Qué queréis de mí? —miré al último hombre que llegó y di gracias porque no me temblase

demasiado la voz. No quería que notasen el miedo que me atenazaba. Pero en mi mente estaba histérica.

¿Qué harían conmigo?

—En primer lugar que te calmes, no vamos a hacerte daño —un escalofrío recorrió mi cuerpo al escuchar esa profunda y tranquila voz.

Lo observaba con detenimiento y aunque debería de sentir un miedo atroz, no era así. Era increíblemente alto, las ropas que usaba estaban gastadas. Imaginaba, por su porte, que era alguien importante. Venido a menos, quizás.

Tenía el pelo largo, por los hombros y lo llevaba suelto. Era castaño y algo ondulado. Unos rasgos marcados y duros conformaban su rostro, pero lucía... ¿Atractivo? Y unos oscuros ojos lo dotaban de una frialdad sobrecogedora.

Ese hombre imponía. Y mucho...

Pero también me obligaba a mantener la mirada en él.

Tenía algo... Dios mío, era demasiado fascinante. El contraste de frialdad con la tranquilidad que demostraba.

Farfullé algo y él me ignoró.

—Y lo segundo es saber quién eres.

Enarqué mis cejas. ¿Se reía de mí? Me habían raptado y ¿querían saber quién era? Nada tenía sentido, a no ser que todo fuese un error. Podía ser, ¿verdad?

—¿Es un entretenimiento? ¿Raptar por raptar?

Me había estado observando fijamente en todo momento, casi como yo a él. En ese momento, su impasible semblante cambió y una sonrisa torcida se formó en sus labios. Y un escalofrío desconocido me recorrió el cuerpo, una necesidad de ver esa sonrisa burlona de nuevo.

¿Por qué estaba reaccionando así hacia ese desconocido que me había raptado?

—Puede ser —su voz sonaba divertida.

A mí no me hacía gracia nada de lo que estaba ocurriendo.

Quería salir de allí, volver a casa sin sufrir daño alguno.

El ser imponente miró a su hermano y tras un resoplido, se acercó a la cama. Volvió y me ofreció

la colcha.

¿Para qué quería yo eso?

—Será mejor que te tapes un poco —señaló mi pecho y por poco muero de la vergüenza al ver cómo vestía—. Por el vestido que llevas...

—No es mío —dije rápidamente, sin pensar.

Maldición, podía haber mantenido la boca cerrada...

No quería revelar mi identidad, podían mantenerme cautiva por ser quien era. Aunque no sabía si eso sería peor que darla a conocer. Si se habían confundido... Sabiendo quién era podía tener una buena baza en las manos. Por miedo a las represalias de mi clan, podrían soltarme sin sufrir daño alguno.

No sabía qué era lo mejor que podía hacer.

—De eso nos habíamos dado cuenta —rio el hombre al que había golpeado.

Era un poco más bajo que el otro, pero físicamente parecido. Algo más joven y con los rasgos menos duros, pero también imponía respeto.

No era tan atractivo ni mi cuerpo reaccionaba de ninguna manera ante él, pero esa no era la cuestión.

—¿Por qué lo llevas entonces? —insistió el más alto.

—No es algo que os interese —levanté la barbilla, no podía mostrar, nunca, el miedo que sentía. Miedo que podía ser menor si tuviera, al menos, una espada con la que poder defenderme.

Él parecía divertirse más de lo que yo esperaba.

—Me interesa más de lo que imaginas.

—¿Por qué? —miedo me daba saberlo...

—Porque necesito saber quién eres.

¿Pero por qué? ¿Para qué? No entendía nada... Solo que todo eso era, seguramente, un error.

—No sé qué hago aquí, pero es evidente que no soy quien esperabais —tenía que cerciorarme de ello.

—Y tan evidente —rio el hombre más bajo.

—¿No podríamos olvidar todo esto? —si yo no les servía, que me dejaran marchar— ¿No podríais llevarme de regreso a casa? Prometo que no diré nada a nadie, me inventaré lo que sea y... —lo que fuera por marcharme de allí, ni siquiera me importaba si mi maldita reputación quedaba manchada o si tenía que escuchar chismes de por vida. Yo solo quería volver a casa.

—¿Quién eres? —insistió, terco.

—Solo una criada —mentí. Una criada no podía interesarles.

Si raptaban mujeres, seguramente era por dinero. ¿Y qué dinero podían obtener de una criada? Pues ninguno.

También podían quererla para... Oh, demonios, eso no...

Mi cabeza daba vueltas, intentando encontrar qué era lo correcto para decir. ¿Decía la verdad? ¿No lo hacía?

Lo único que sabía con certeza es que ese hombre no me creía.

—Tienes dos opciones, milady . Una... Me dices quién eres ahora. Dos... Te encerraré en este lugar el tiempo que sea necesario hasta que me digas, sin mentir, quién eres.

Maldición, ¿qué iba a hacer?

—¿Para qué lo queréis saber?

—Vamos, mujer... —intervino el otro hombre.

—Para resarcir todo esto de la mejor manera posible.

—La única manera es que vuelva a casa y que nadie sepa...

—Para ello necesito saber a qué me estoy enfrentando.

—Entiendo...

Pero no entendía nada.

Tenía que evaluar la situación.

Hasta entonces, lo único que entendía es que me habían raptado y que yo no era el objetivo. Pero sí alguien cercano a mí. Aun así, corría riesgo de las dos maneras: diciéndoles la verdad de quién era y ocultándola.

Podían violarme, humillarme y decenas de cosas más que también terminaban en —arme y yo podía morir en cualquier momento.

—¿Quiénes sois vos? —al menos tenía que saber eso, pero no respondió—. ¿Qué me haréis?

No quería ni imaginármelo...

—Nada —su voz, segura—. Te doy mi palabra de que no sufrirás daño alguno.

Fuera él o Kenneth, no iba a salir ilesa de todo eso. Pero prefería la vara de mi hermano a las atrocidades que pudiera infligirme un desconocido sin piedad.

—Mi hermano siempre cumple su palabra. Confía en él, solo así podremos arreglar este inconveniente.

Puse los ojos en blanco. Ahora resultaba que tenía que confiar en la palabra de un captor. O de ambos. Y que yo era un inconveniente. ¿Cómo podían ser tan cínicos?

Si solo era eso, una inoportuna equivocación, entonces al saber a quién habían raptado, me devolverían rápidamente, ¿verdad?

Sí, tenía que ser así... No se atreverían a tocar a una Campbell. Sabían que sufrirían la furia de mi hermano.

—Mi nombre es Aileen —reconocí—. Soy Aileen Campbell.

Dejé hasta de respirar cuando lo confesé. Esperaba y rezaba porque eso los asustase tanto como para dejarme ir. Noté, aunque solo lo mostró por unas milésimas de segundos, el asombro en el rostro del gigante.

Sí, se había asustado. Lo había hecho bien.

—Oh, Dios... —gimió el más bajo.

Yo no dejaba de mirar al otro, quien parecía mandar sobre quien debía ser su hermano por el gran parecido que tenían.

—Un placer, Aileen Campbell —la voz del gigante sonó fuerte y dura.

—No puedo decir lo mismo, señor...

—Calem Donald —maldición, no podía ser. No iba a salir de esa...— No eres a quien esperábamos pero créeme, nos honras con tu presencia.

El Laird del Clan Donald, a quien mi hermano le había arrebatado todo. No me iba a dejar

marchar, eso seguro.

Maldita fuera mi suerte...

¿Para qué demonios había dicho quién era?

—Si no me queríais a mí, ¿a quién...? —me callé cuando la respuesta se formó en mi mente. Estaba empezando a entender qué era lo que estaba ocurriendo allí— Queríais a Kylie.

—Muchacha lista —suspiró el otro, la ironía en su voz.

El otro me observó unos segundos más, su mandíbula apretada, sus puños también.

—Bienvenida, milady.

—Pero...

¿Qué iba a decir? Si me dejaban libre, ¿irían a por ella? No, eso no podía ser.

—Olvidadla, ya debe ser una mujer casada.

Él me miró de arriba abajo y sus fríos ojos encontraron los míos.

—Pero tú no. No todavía.

Ahogué un grito. ¿Qué quiso decir con eso? Pero no me dio tiempo a preguntar, ya salía por la puerta.

—Murdock. Edwin —bramó—. No os mováis de aquí, vigiladla.

—Como ordene, jefe —dijeron dos voces a la vez.

Los dos hombres salieron de la habitación y cerraron la puerta. Me acerqué a la cama mientras continuaban temblando y me dejé caer sobre ella.

Ya todo tenía sentido. Querían a mi hermana, pero fui yo por llevar ese maldito vestido. Sabían quién era y no iban a dejarme marchar.

Había sido secuestrada por el hombre que más odiaba a mi hermano. Y sabía que no iba a tener piedad de mí.

Kenneth se había ganado su justo odio y, para él, yo debía de ser un blanco más de su venganza.

Estaba en manos de esos desalmados y no sabía qué era lo que me esperaba. Pero si algo me aliviaba en ese momento era ser yo quien estaba ahí y no Kylie.

Su salud no habría soportado un miedo como ese.

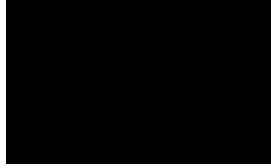
Kylie... ¿Se habría casado ya?

Suspiré y me dejé caer sobre mi espalda. Tenía que despejar la mente y pensar con claridad si no quería morir, después de algunas cosas horribles, a manos del hombre que mi hermano había destruido. A manos de él y de su clan. El hombre que me había raptado y que debía de tener horribles planes para mí.

Una mala sensación recorría mi cuerpo.

La historia no había hecho más que comenzar.

Capítulo 8



—Maldita sea...

Me senté en el sillón del salón. Más bien me dejé caer, frustrado, sorprendido y sin tener ni idea de lo que iba a hacer.

—No es muy difícil de imaginar que la vieron vestida de novia y la cogieron —rio Iver, sentándose a mi lado—. Les dijiste que era rubia como una decena de veces, ¿verdad?

—Esa mujer es un problema —resoplé.

—Supongo. No es la mujer que querías.

—Ya no es eso, Iver, créeme —en ese momento, tenía que dejar a un lado mis deseos personales—. Tengo la sensación de que esa mujer no nos lo va a poner fácil.

—¿Y su hermana sí?

—Hubiese sido más fácil de moldear —suspiré.

—Ahí tienes un reto —sonrió.

Era más que eso, tenía la sensación de que iba a provocarme muchos dolores de cabeza.

—¿Viste cómo se comportó? Tenía miedo y no era para menos. Unos desconocidos la sacan de su hogar y aparece aquí. Sin embargo, ha controlado el pánico —cualquier otra estaría llorando, histérica, gritando y pataleando.

—Incluso se ha comportado altanera —rio mi hermano—. Es una fierecilla difícil de domar.

—Que se lo digan a tu cabeza —reí.

—Maldición, me golpeó fuerte —resopló—. No era eso lo que esperabas, ¿verdad?

—No —admití.

Kylie era todo lo contrario a su hermana. Dócil, sumisa, educada...

Sonreí cuando las frases sarcásticas de Aileen volvieron a mi mente.

—¿Qué vas a hacer? ¿La vas a regresar a su hogar?

—¿A su hogar? —pregunté con ironía.

—Ya me entiendes —resopló—. ¿La devolverás a su clan?

—No —dije con rotundidad—. Si está en nuestro camino es por algo.

Creía, siempre, que las cosas ocurrían por alguna razón.

—Sería lo más sensato, Calem.

—También nos complicaría más las cosas. Kylie seguramente se haya casado y nos sería muy difícil volver a intentar raptarla.

—Casada tampoco te serviría. No, al menos, en ese sentido.

Ni en ninguno, pensé.

La quería porque debía de haber sido mía y porque también me hacía soñar que podría tener algo más en la vida. Era una cuestión de orgullo y de venganza. De sueños y de anhelos, pero nada más.

Kylie sería la mujer perfecta para ayudarme en mi venganza. Esa candidez que derrochaba la podría convertir, una vez que la hubiese convertido en mi esposa y hubiese conseguido que se enamorara de mí, en la persona perfecta que consiguiere las pruebas que necesitaba en contra de su hermano (aún no tenía pensado cómo) y que limpiarían, por fin, mi nombre. Devolviéndome todo aquello que me había sido arrebatado. Mientras, el simple hecho de tenerla ya sería un duro varapalo para él.

Ella sería leal a mí, había sido criada para apoyar, en todo, a su esposo. Aunque eso significase darle la espalda a su familia.

Y con algunas tontas atenciones, conseguiría manejarla a mi antojo.

Ese era mi gran interés en ella. Nada de amor como creía mi hermano. Sí el sueño de que tendría a alguien que nunca me cuestionaría a mi lado. Y, por qué no decirlo y reconocerlo, alguien que calentaría mi cama y que no me desagradaba en absoluto. Hubiese disfrutado enseñándole el arte de amar. Hubiese sido una madre buena para mis hijos. Y la señora perfecta para el clan, había sido instruida, desde su infancia, para eso.

Pero no era ella a quien tenía bajo mi techo, sino a alguien que parecía ser todo lo contrario. Aileen Campbell no tenía ni un ápice de sumisión en su cuerpo. Aileen cuestionaría cada una de mis órdenes. Aileen, simplemente, no se dejaría dominar por mí.

Lo que podía haber sido tan sencillo con Kylie, se había convertido en un imposible con su hermana.

Cómo podían ser tan diferentes era algo que no entendía. Iver y yo éramos bastante parecidos, con nuestras diferencias, pero educados de la misma manera y compartíamos mucho sobre nuestra forma de ser.

Aún no conocía bien a Aileen, pero durante el poco tiempo que la tuve frente a mí supe, con certeza, que era lo contrario a la mujer que yo esperaba seducir. Eran como el agua y el aceite.

Aileen no era una candidata para convertirse en mi esposa.

—¿Entonces qué vas a hacer? —preguntó Iver, de nuevo.

Tomé aire y masajé mis sienes. Tenía que pensar en todo, cambiar todos mis planes... No podía tomar una decisión rápida.

Un grito y un estruendo me hicieron levantarme rápidamente del sillón. Miré por la ventana, de dónde había venido. Iver ya estaba allí, asomándose.

Se giró y me miró con las cejas enarcadas.

—¡Maldición! —escuché gritar a Edwin.

Puse los ojos en blanco, no podía ser lo que me estaba imaginando.

—Ay... —se quejó una femenina voz— Maldita sea, seguro que me he roto la pierna —gruñó, dolorida.

—Tranquilo —dijo mi hermano—. No se ha roto el cuello.

—Ya se lo romperé yo —gruñí mientras, a grandes zancadas, salía en su búsqueda.

¿Pero por qué, en nombre de Dios, tenía que haberme tocado esa penitencia?

Salí al patio trasero y me abrí paso entre los guerreros que se comenzaron a arremolinar allí.

—Jefe, nosotros no...

Miré hacia arriba, a Edwin y calló inmediatamente. ¿Por qué demonios seguía confiando en esos dos ineptos? Lo único que tenían que hacer era cuidar de una mujer, ¿¿era mucho pedir?!

Al parecer, si esa mujer era Aileen Campbell, era demasiado para ellos.

Llegué hasta ella y eché, de un manotazo, a quien intentaba ayudarla. Nadie, absolutamente nadie, iba a tocarla.

—¡Dejadme paso! —exclamé, estaba entre unos arbustos, en una postura no demasiado cómoda. Me adelanté un poco y, con la ayuda de Iver que apareció tras de mí, conseguí sacarla de allí.

Tras cogerla entre mis brazos y alzarla en peso, gruñí al ver su busto. Un poco más y saldría de ese pequeño vestido que llevaba. ¿Pero es que esa mujer no pensaba en el peligro que podía correr al mostrarse así ante alguien? Por Dios, que casi podía ver sus...

Ni pienses en eso, Calem, me dije a mí mismo.

Pero mi cuerpo ya había reaccionado a lo que mi mente había imaginado.

Maldita fuera, ¿por qué tenía que reaccionar así con ella?

—En el nombre de Dios, mujer, ¡¿estás loca?! —grité cubriéndola con el tartán.

Ella se abrazó a mí y una extraña sensación se instaló en mi cuerpo.

Me alejé rápidamente de todos los curiosos y entré con ella en la casa. Ella no decía nada, solo se quejaba por el dolor.

Llegué a toda prisa hasta mi habitación y la dejé sobre el camastro. Busqué rápidamente la colcha y tapé su cuerpo con ella. Respiré profundamente, no solo por la inoportuna erección que me había provocado, sino por la furia que sentía.

—Ay... —gimió, tocando una de sus piernas y me miró a los ojos.

Me mantenía a su lado, de pie, con las manos en las caderas mientras respiraba para no ahorcarla por lo que había hecho.

—Jefe...

Ni siquiera miré a esos dos ineptos. Mi hermano se colocó frente a mí, al otro lado de la cama y lo miré.

—Diles a esos dos —dije en voz alta para que me oyeran e intentando controlar la ira— que desaparezcan antes de que les rebane el pescuezo.

Iver enarcó las cejas y miró a su derecha.

—Haced guardia en la puerta —les ordenó.

—Como ordenéis —dijeron a la vez, la puerta se cerró y yo exhalé un sonoro suspiro.

—Maldición —gruñó la loca mujer—, debo de haberme roto algo. Duele como el demonio.

La miré, con mis cejas enarcadas. ¿Qué lenguaje era ese para una dama?

—Si no te lo partiste, no te preocupes, yo lo haré —le aseguré entre dientes.

Tenía que haberse asustado. Demonios, era lo lógico. Estaba cautiva en manos de unos desconocidos, había intentado escapar y estaba herida. Lo normal sería que llorase.

Era una doncella, estaba en una habitación sola, con dos hombres. Si lo normal no era que se sintiese atemorizada...

Pues no, como ya imaginaba, esa mujer no era normal.

Me miró de mala manera, sus ojos anegados en lágrimas que no se permitía derramar.

—¿Queréis hacer el maldito favor de ver si ¡me he roto la pierna!? —exclamó— ¿O es que pensáis quedaros todo el día ahí, mirándome de esa manera?

Iver soltó una risita y yo miré al cielo, lo que me esperaba con esa mujer.

Me senté a un lado en su camastro.

—Veamos...

Fui a destapar su pierna, pero su grito me paró.

—¡No! ¡¿Cómo osáis...?!

—¿Y cómo lo hago, Milady? No tengo el poder de ver a través de la tela, Dios no me otorgó algo así —resoplé-. No hay mujeres aquí, o lo hago yo o... -me encogí de hombros.

—Esto... Yo... —desvió la mirada hasta mi hermano y volvió a mirarme a mí— ¿Él tiene que estar aquí? —preguntó azorada.

Estuve a punto de sonreír al ver la cara de sorpresa de Iver.

—Necesito ver si estás bien, Aileen —dije con tranquilidad.

—Lo sé... —suspiró— Pero... ¿Podéis hacerlo solo vos?

La miré a los ojos. Yo era el hombre que había organizado todo para sacarla de su hogar. No conocía mis planes para con ella y, sin embargo, parecía ser que no me temía.

Miré a mi hermano y este puso los ojos en blanco.

—No me lo puedo creer —farfulló mientras se dirigía a la puerta—. Traeré lo necesario para que puedas curarla.

Sonreí, yo tampoco entendía nada.

Cuando la puerta se cerró, la miré de nuevo a los ojos.

—No hay ninguna mujer...

—No, ya te lo dije —la interrumpí—. Sé que es violento para ti, pero tenemos que ver tu pierna.

—Me duele —solo en ese momento dejó que una lágrima cayera.

Un sentimiento de protección se formó en mí. Deseaba borrarla de su piel. Pero era mi cautiva y muy inteligente. No podía fiarme de ella.

Poco a poco, dejé libre su pierna. Estaba herida y sangraba.

—Tengo que tocarte, Aileen. Sé que es violento para ti, pero necesito ver si tienes algo roto.

—Esto es indecente —resopló.

—Estar sola, conmigo, en esa habitación, ya lo es —sonreí, divertido porque solo en ese momento se dio cuenta de que su reputación ya estaba destruida ante los ojos de cualquiera.

—Maldita sea mi suerte —gruñó.

—¿Siempre usas ese lenguaje? —necesitaba distraerla.

—No —negó—. Si mi hermano me oyese...

Con mis manos en su piel y un incontrolable y, de nuevo, inoportuno deseo recorriéndome, comencé a palpar su pierna.

Tenía la piel tan suave...

Un gemido de dolor salió de su garganta y yo carraspeé.

Maldita sea, Calem, céntrate y deja de tener fantasías estúpidas.

—¿Entonces con él te comportas de un modo diferente?

—Supongo que sí. A veces... Ay... —gimió y cogió aire— Kenneth es un hombre difícil.

Difícil no sería el adjetivo que yo usaría para describirlo. Desgraciado. Malnacido. Asesino. Traidor... Cualquiera, menos difícil.

—¿A veces? —pregunté.

—Yo... No suelo hacerle demasiado caso —reconoció con culpabilidad.

Ya lo había imaginado... Sonreí sin que me viera, esa mujer era... Diferente.

Cuando toqué su tobillo, gritó de dolor.

—No está roto, pero sí lastimado —tapé su pierna cuando tocaron a la puerta. Iver y un par de hombres más entraron con baldes de agua y lo necesario para curar las heridas.

—¿Tiene la pierna rota? —preguntó mi hermano.

—No, el tobillo lastimado y algunas heridas. No es grave.

—Pues duele como el infierno —resopló ella.

Solté una risita e ignoré la mirada de sorpresa de mi hermano.

—Bajaré cuando la cure —le aseguré.

—Nada... No entiendo nada —farfulló mientras se marchaba, con los demás siguiéndole.

Volví a quedarme a solas con ella y destapé, de nuevo, su pierna. Con uno de los paños mojados en agua, comencé a limpiar la sangre de algunas heridas que tenía al haber caído entre los arbustos.

—Es una suerte que solo te hayas lastimado el tobillo. Podías haberte roto la pierna. O el cuello —soné enfadado porque lo estaba.

Había hecho una locura y estaba viva de milagro.

—Solo quería volver a casa —suspiró—. ¿Me dejaréis hacerlo?

—Estás herida, tienes que curarte.

—Dijisteis que no es grave, podría viajar así...

Terminé de limpiar la sangre y, con cuidado, comencé a vendar su tobillo.

—Señor... —suspiró— Todo esto es un error, no soy la mujer que esperabais. No empeoréis más las cosas. Volveré a casa y prometo que nadie sabrá... —calló cuando apreté un poco más fuerte las vendas— Por favor —continuó segundos más tarde, con la voz aún estrangulada por el dolor—, no ganáis nada conmigo aquí.

En eso se equivocaba. Y mucho...

—Tendrás que permanecer varios días sin caminar.

—Sí, como ordenéis. Pero puedo volver en caballo y...

—No vais a volver, Aileen. No, al menos, por ahora.

Noté la tensión en su cuerpo.

—¿Pero por qué? Si yo no soy...

—No lo erais.

—¿Qué queréis decir con eso? —la alarma en su voz.

Me mantuve en silencio unos segundos mientras terminaba de vendar su tobillo. Cubrí su pierna con la colcha cuando terminé y la miré a los ojos.

—¿Qué es lo que no entiendes, Aileen? Estás cautiva.

—Pero yo no soy quien...

—No lo eras. Pero lo eres —le aseguré.

—No os entiendo, señor... Terminad con este error, dejadme volver a casa y prometo que ni siquiera os nombraré. Nadie sabrá nada, inventaré que me perdí caminando por el bosque...

—A ver si lo entiendes, Aileen. No eres la mujer que esperaba, todos sabemos eso. Pero no vas a marcharte de mi lado.

—No lo entiendo... —su rostro horrorizado.

—Una esposa no se separa de su marido.

Pestañeó varias veces y abrió los ojos de par en par al entender lo que le estaba diciendo.

—¿Pero de qué demonios habláis? ¡Vos estáis loco! —exclamó.

—Puede ser —me fui a levantar de la cama, pero agarró mi mano.

—Por favor, tengo que volver a casa. No podéis mantenerme aquí. Sé que no sois un monstruo...

—No lo soy —le aseguré—. Y no sufrirás daño alguno aquí. Nadie se atrevería a tocar a su señora.

—¿Pero de qué señora habláis, por el amor de Dios?! —gritó.

—De ti —le mantuve la mirada. La mía segura, la de ella horrorizada—. Este error no cambiará mis planes. Si no tengo a quien quería...

—Kylie nunca será tuya —aseguró, enfadada.

—Ella no —la miré unos segundos fijamente—. Pero tú sí.

Me levanté y caminé hacia la puerta.

—¿Qué queréis decir con eso? —le temblaba la voz.

Mi mano en el manillar de la puerta, dándole la espalda.

—Que deberías de empezar a acostumbrarte, Aileen. Porque te convertirás en mi mujer.

E ignorando su exclamación horrorizada, abrí la puerta, salí y la cerré.

—Vigíladla —ordené al par de ineptos—. Y esta vez hacedlo bien.

—Sí, jefe...

—Ya mandé un par de hombres para que vigilaran la ventana —dijo mi hermano mientras me seguía, escaleras abajo—. ¿Ella está bien?

—No demasiado —sonreí.

—Lógico, debe de doler.

—Se curará pronto —salí por la puerta principal, tenía ganas de entrenar un rato.

Necesitaba soltar adrenalina. Todo se había complicado demasiado y, para colmo, yo había tomado una decisión impulsiva. Aileen Campbell se convertiría en mi esposa.

No sabía qué me había pasado para decir eso. Ni siquiera cómo se me había ocurrido, pero las palabras habían salido solas por mi boca. Y hasta ese momento no fui consciente de mi decisión.

—Espera, Calem —mi hermano me agarró del brazo y me paró—. ¿Qué ha ocurrido ahí dentro?
—frunció el ceño.

—Solo curé su pierna —él enarcó las cejas. Mi hermano era inteligente y me conocía demasiado bien—. Y tomé una decisión.

—¿Y cuál decisión es esa?

—Aileen Campbell será mi esposa.

Mi hermano pestañeó varias veces. Abrió la boca, la cerró de nuevo. Parecía un pez.

No era capaz de emitir sonido alguno, solo podía mirarme y pestañear.

—¿Has perdido el juicio? —exclamó al fin— Esa mujer no es su hermana, Calem. No va a aceptar casarse contigo. Y sabes que no puedes obligarla. Ni a ella ni a ninguna otra.

—No lo haré.

—¿Entonces...? Oh, diablos —resopló cuando lo entendió—. No va a funcionar, Calem. Déjala volver, ya encontraremos otra manera de vengarnos de ese desgraciado.

Para él no iba a funcionar ni con Kylie, nunca estuvo de acuerdo con mi plan y siempre me lo había hecho saber.

—No quiero otra, quiero esa.

Mi hermano me miró unos segundos y apretó la mandíbula. Estaba enfadado conmigo.

—La vas a seducir. Vas a jugar con ella.

Enarqué las cejas.

La seduciría, sí, pero para convertirla en mi esposa. No iba a jugar con ella.

—Haré lo que sea para convertirla en mi mujer —aseguré.

—¿Por qué?

Me encogí de hombros. ¿No era evidente?

Si no era Kylie, sería ella. Pero me vengaría del desgraciado Campbell.

—Porque la necesitamos. No voy a perder la oportunidad de vengarme y de recuperar lo que es

nuestro.

—¿Seguro que solo es por eso? —la suspicacia en su voz.

¿Por qué más iba a ser? Era el jefe del clan, estaba pensando y actuando como tal. Teníamos que recuperar lo que nos habían robado, fuera como fuese.

Además, el deseo que sentía por ella... Eso ayudaría, obviamente, pero no había tomado mi decisión por eso, ¿no?

—Seguiremos adelante con mi plan, Iver —ordené, sería así, no tenía por qué pensar de más.

Él suspiró y me hizo una exagerada reverencia.

—Como ordenéis, jefe... —se levantó— Va a ser divertido.

—¿Divertido?

—Seducir a esa mujer no te va a resultar fácil.

-Así será más divertido...

-Convertirla en tu esposa, aún menos.

—Lo lograré.

—¿Saliendo ileso en el proceso? Lo dudo —rio.

—¿A qué te refieres?

—A nada. ¿Espadas?

Asentí con la cabeza.

Tenía una venganza que llevar a cabo. Y si no era a través de Kylie... Sería con Aileen. No me importaba, pero yo despojaría a ese malnacido Campbell de todo. Recuperaría mi hogar, mis pertenencias y, para clavarle más hondo el puñal, me quedaría con su hermana.

Ya me quitó una hacía tres años. No había podido ser ella. Pues sería la otra. A mí lo mismo me daba.

Tal vez Aileen no me hacía soñar con un hogar y con un futuro, pero teniendo en cuenta la reacción de mi cuerpo ante ella, no iba a aburrirme en la cama. Con eso era más que suficiente.

Además, intentar dominarla no me dejaría tiempo para aburrirme.

Aunque tardase más tiempo del que hubiese necesitado con Kylie, lograría mis fines casándome con Aileen. Como lograría su ayuda para cuando la necesitase.

Sabía bien qué quería una mujer y se lo daría. Aileen, al fin y al cabo, era como todas las demás. Con los mismos sueños y anhelos. Y yo le llevaba ventaja en el tema de la seducción.

Sabía que podía conseguir lo que quisiera de una mujer teniéndola satisfecha en la cama.

Eso no era jugar, era, más bien, un intercambio de intereses. Su placer por el mío. Ella ganaba, yo también.

Sonreí, lograría mis objetivos.

Y no sería ningún sacrificio para mí seducir a esa mujer. Porque, para qué negarlo, no veía la hora de comenzar con ello.

Estaba deseando hacerla mía.

Y sería mía.

Capítulo 9



“Te convertirás en mi mujer.”

Debía de haberse vuelto loco, eso era. Había perdido el juicio momentáneamente y había dicho esa locura. Pero se daría cuenta de que no era más que eso, una estupidez.

Porque yo jamás aceptaría casarme con alguien como él.

Y no podía obligarme a ello. Ya me matase, no daría el “Sí” en una ceremonia. No me uniría nunca a un hombre al que no amase y, menos aún, si él no me amaba a mí.

Y Calem Donald podía tener cualquier tipo de interés en mí, menos ese.

Ese hombre quería a mi hermana para vengarse de Kenneth. Y como no había podido tenerla a ella y era yo quien estaba ahí...

Podía hasta entenderlo. Mi hermano no solo le había arrebatado a la mujer que le debía de pertenecer, sino también su casa y toda su vida.

Mi hermano había asesinado a su padre en su propia casa.

Mi hermano había destruido a ese hombre y a ese clan y Calem Donald quería venganza.

¿Qué mejor venganza que convertir a una Campbell en su esposa?

Pero si pensaba que yo iba a ceder alguna vez a eso, por muy en desacuerdo que estuviese con la forma de actuar de mi hermano, es que no me conocía en absoluto.

Suspiré y, con un gesto de dolor, me acomodé en la cama. Por haber sido tan impulsiva me encontraba ahí, con el tobillo lastimado. Tenía que haber pensado mejor una manera de escapar. Pero la desesperación por huir había bloqueado mi cordura.

El tiempo pasaba y yo seguía en ese lugar. Escuchaba voces fuera, pero poco más. Cerré un momento los ojos esperando aliviar el dolor.

—Aileen...

Pestañeé varias veces al escuchar mi nombre. Me había quedado dormida, al parecer.

Sentado a mi lado, el jefe del clan.

—¿Os habéis dado cuenta de que no tiene sentido retenerme aquí y habéis recapacitado? — pregunté tras bostezar.

Intenté incorporarme un poco, pero gemí por el dolor. En frío, el tobillo dolía como el demonio.

—Espera —me cogió por la cintura, con todo el descaro del mundo y mis mejillas se tiñeron de rojo. Me colocó mejor en la cama—. ¿Mejor así?

—Sí... Gracias —suspiré, aunque avergonzada—. Por favor, no alarguéis esta tortura más.

—¿Tortura? ¿Tan mal te traté? —frunció el ceño.

—Me habéis arrancado de mi hogar a la fuerza, os negáis a devolverme allí. ¿Os parece poco? — resoplé— Solo quiero volver a casa, por favor.

—Esta es tu casa, Aileen. Lo será por derecho dentro de poco, deberías irte acostumbrando a ello.

Maldito fuera, no había cambiado de opinión.

—Mi hermano vendrá a buscarme —le aseguré. Porque aunque nuestra relación era mala, el orgullo predominaría—. Terminará con todo esto.

Una irónica sonrisa se dibujó en su rostro.

—Para cuando nos encuentre, ya serás mi esposa.

—Estáis loco. Es eso, ¿no?

—Como has visto, no contamos con grandes recursos —me ignoró—, pero he conseguido que te preparen un baño. Y algo de ropa. No puedes estar con ese vestido.

—Todo un detalle —dije con ironía.

—¿Puedes tomarlo sola o necesitas ayuda? —sonrió pícaramente.

Maldito idiota... Sabía que no podía moverme.

—Puedo sola —no sabía cómo lo haría, pero no iba a tocarme.

—Bien... Volveré en un rato con algo de comer. Disfruta del baño —me hizo una exagerada reverencia y se marchó.

Suspiré pesadamente, al menos había tenido el detalle...

Como pude, me senté en la cama y me levanté dejando caer todo mi peso en el pie sano. La tina con el agua no estaba demasiado lejos, en varios saltos podría llegar.

Pero dos fueron suficientes para que las fuerzas me fallasen y cayese al suelo. Maldición.

—¿Vas a dejar el decoro a un lado de una vez? —gruñó el Laird de los Donald levantándome del suelo.

—Dejadme —me sentía humillada y rabiosa.

—Olvida la maldita decencia, no estás para ello.

—No me toquéis —intenté liberarme de su agarre, pero no me soltó.

Me mantenía a un palmo del suelo y, aún así, tenía que levantar la cabeza para poder mirarlo a los ojos.

—Creo que aún no te has dado cuenta de lo que ocurre, Aileen —dijo con lentitud—. Eres mi prisionera y las cosas se harán como yo ordene.

—Maldito —me removí entre sus brazos.

—Quieta —me apretó más contra él—. O no te gustará cómo terminará esto —abrí los ojos de par en par al notar su excitación—. Veo que sabes de lo que hablo —una sonrisa se dibujó en su rostro—. ¿Cuánto sabes, Aileen? —preguntó con voz ronca.

—No me insultéis —gruñí.

—Créeme, no lo hago —volvió a sonar serio—. No me gustaría que mi esposa tuviera experiencia, pero dadas las circunstancias... Supongo que tendría que aceptarlo.

—No me casaré contigo —lo tuteé por primera vez.

—Aún no.

—Ni ahora ni nunca —escupí.

El sonrió aún más y, lentamente, comenzó a bajarme. Mi cuerpo rozaba el suyo, lentamente y un escalofrío me recorrió. Noté las mejillas encendidas y su sonrisa se ensanchó aún más.

—Apoya el pie sano —ordenó antes de dejarme en el suelo. Pero no me soltó ni me despegó de su cuerpo.

Nos quedamos mirándonos el uno al otro. No podía descifrar lo que mostraba su mirada. No era fría como la había visto antes, tampoco divertida. Era...

Era más atractivo aún...

Maldición, no pienses en eso.

Me hacía temblar, eso sí lo sabía.

—Por favor —le rogué.

Odiaba rogar. Odiaba pedir algo de esa manera. Pero quería salir de allí y volver a casa.

—No te haré daño, Aileen —sonaba sincero. Suspiró—. No soy un monstruo.

Quizás no lo era, no sentía miedo cerca de él. Pero era mi captor, ¿cómo no temerle?

Sus ojos me miraban diferente, ya no con tanta frialdad. Su rostro, moreno por el sol, más relajado.

Sentí un cosquilleo en el estómago y maldije de nuevo. Mejor mirarlo a los ojos.

—¿Entonces me liberarás? —susurré, hipnotizada por su mirada.

Mirarlo a los ojos también es un error, pensé.

—No —negó rápidamente—. Serás mía. Y lo serás porque quieres.

—Eso no ocurrirá nunca —afirmé, saliendo de mi estupor.

—Ya lo veremos... —sonrió— Ahora relájate, solo te ayudaré a entrar en esa tina.

Y eso hizo, dejadme dentro de ella, aún vestida.

Acercó lo necesario para secarme y la ropa y lo escuché maldecir a mi espalda, rasgando, seguidamente, lo poco del vestido que me cerraba.

—¿Qué es esto? —su voz amenazadora y yo me enderecé, imaginando a qué se refería. No me habían curado las heridas y con el dolor del tobillo, ni caso había hecho al escozor de mi espalda — Contéstame, Aileen —ordenó.

No iba a hacerlo, no tenía por qué explicarle nada, las heridas hablaban por sí solas.

—¿Fueron mis hombres? Porque si es así, juro por Dios que no tendré piedad.

—No —dije rápidamente.

Me habían secuestrado bajo sus órdenes, pero no me habían puesto un dedo encima. No podría con mi conciencia si cargaban con la culpa de algo que no hicieron.

—¿Entonces quién fue? —la furia en su voz.

Me mantuve en silencio. No le incumbía algo así, era problema mío.

—Aileen... —me advirtió.

Pero yo no era una damisela asustadiza. Aunque me hubiese secuestrado, sabía que no me haría daño. Recodé en ese momento la descripción que mi hermana me dio sobre él.

Por problemas de salud, tres años atrás, no pude asistir a su enlace. Y aunque me alegré por ello al conocer la masacre que mi hermano cometió, en parte también me hubiese gustado estar allí y proteger a Kylie. Vivió algo espantoso.

Días después, cuando fue capaz de hablar sobre ello, me habló del hombre que ahora era mi captor.

Sabía que no era un asesino. Sabía que la había tratado con respeto.

Y sabía, por lo poco que había hablado con él, que sería leal a su palabra. No me forzaría. No me humillaría. No me haría daño.

Aunque se empeñase en convertirme en su esposa. Ya se daría cuenta de que eso no ocurriría nunca.

—¿Quién fue, Aileen? —insistió, enfadado.

-No tiene importan...

-¡Y tanto que la tiene! ¿Quién fue? -rugió.

Pero de mis labios no iba a salir ni una palabra.

¿Por qué debía de confiar en él? Me tenía ahí, contra mi voluntad y empeñado en casarse conmigo para llevar a cabo su venganza.

Tras un par de maldiciones más, se marchó, dando un portazo.

Suspiré de alivio y me deshice, como pude, del vestido, dejándolo caer al suelo, empapado. Me senté en la tina, cerré los ojos y tras gemir cuando el agua me escoció en la espalda, suspiré de nuevo, por puro placer. Hasta ese momento no me había dado cuenta de cuánto necesitaba algo así.

Fue en ese momento cuando realmente fui consciente de lo que estaba viviendo. No era un juego ni podría librarme de esa situación fácilmente. Estaba cautiva, en manos del mayor enemigo de mi hermano. Ese hombre quería venganza y aunque yo no era, en principio, su blanco, me había convertido, por desgracia, en él.

Y por ironías de la vida, mi captor parecía tratarme mejor que mi propio hermano...

Quería convertirme en su esposa y yo no iba a aceptar eso. Me negaría y no me importaba cómo intentase obligarme.

Yo solo me casaría si yo lo decidía. Y para eso debía de haber amor.

Y como no era tan ingenua para creer en los cuentos de hadas con finales felices...

El matrimonio no era algo que estuviese escrito para mí.

Capítulo 10



—¿Quieres emborracharte?

Terminé el contenido de la copa y la dejé sobre la mesa.

—No me vendría mal —respondí.

Me había sentado en ese destartalado salón para dejar que Aileen disfrutase del baño.

—¿Problemas con tu futura esposa? —rio.

—No estoy de humor, Iver, déjalo.

Él me observó unos segundos y, tras servirse algo, se sentó a mi lado.

—¿Qué ha ocurrido?

Bufé y cerré los ojos, dejando caer la cabeza hacia atrás. Tenía ganas de matar a alguien, la rabia no desaparecía de mi cuerpo.

Había jugado un poco con ella y me había divertido al ver cómo luchaba contra mí. Pero le había dicho la verdad: no la dañaría, nunca.

Cuando me vi su espalda sangrando y las marcas... Iba a descubrir quién le había hecho eso e iba a pagar por ello. Y tenía derecho a hacerlo, a vengarla. Porque lo entendiera ella o no, lo creyese o no, yo ya había decidido que sería mía. Y no permitiría que nadie la tocara.

—Está marcada —dije entre dientes.

-¿Marcada?

—Y mataré al desgraciado que lo hizo.

—¿Qué quieres decir con marcada?

Abrí los ojos y giré la cabeza para mirar a mi hermano.

—La han azotado —apreté la mandíbula.

-Dios...

—Tiene heridas recientes y otras más antiguas.

El semblante de mi hermano se oscureció, como seguramente ocurría con el mío mientras hablaba de ello.

—¿Quién?

—No lo sé —suspiré—. No me lo quiso decir.

—Tampoco deberías insistir, Calem. Por mucho que queramos saberlo.

—Será mi esposa, Iver. Tiene que decírmelo.

—La obligarás a casarse, es diferente. Y no tiene la obligación de confiar en ti —me recordó—. La mantienes cautiva para vengar la muerte de nuestro padre y la destrucción de nuestro clan. Deberías mirarla, solo, como lo que es, el medio para conseguir un fin. Eso mismo que tanto repites. ¿No se suponía que decidiste seguir adelante con el plan por eso?

La audacia en su pregunta.

Sí, era así. No había nada más que un deseo de venganza en mi decisión. Por mi clan era por lo que hacía todo aquello. Y por mi orgullo, aunque él no tenía que saber eso.

Pero Aileen...

—Y así es —afirmé.

—Entonces sigue con el plan sin necesidad de ahondar en mucho más.

No era tan sencillo como pensaba. No era solo convertirla en mi esposa, era mucho más.

—Por la venganza es que necesito que confíe en mí —le recordé.

—Siendo tu cautiva no lo hará. Tendrás que ganártelo.

En eso tenía razón, la confianza era primordial para que me fuera de ayuda. No se trataba solo de unirla a mí, sino de conseguir que me fuera leal, aún traicionando a su hermano y a su clan.

—Lo sé —suspiré—. Y lo haré.

—¿Estás seguro de todo esto, Calem?

—Ya te dije que sí, no insistas con lo mismo.

—No me refiero al plan a seguir —continuó—. Me refiero a poder hacerlo sin que te afecte.

—¿Por qué me iba a afectar?

—La pregunta no es por qué. La respuesta a eso es demasiado evidente para mí.

—¿A qué te refieres?

—La pregunta es cuánto, Calem.

—¿Cuánto qué, Iver?

Iba a perder la paciencia con él, como siempre que hablaba sin sentido. Al menos para mí, porque él parecía entenderse a sí mismo muy bien.

—Cuánto va a llegar a significar esa mujer para ti.

—No te entiendo.

—Ya lo harás. Solo espero que ya que has decidido seguir con todo esto, aún en contra de lo que yo piense, seas capaz de separar las cosas cuando llegue el momento.

—A veces creo que hablas en un idioma que yo no entiendo —bufé.

—Solo te conozco demasiado bien —se encogió de hombros.

—Si lo hicieras, sabrías que no descansaré hasta conseguir que nos devuelvan todo lo que nos pertenece.

—¿Sea cual sea el precio?

—Sea cual sea —aseguré.

Él me observó unos segundos antes de asentir con la cabeza.

—¿Quieres que me encargue de curarle la espalda?

—No —negué rápidamente. Solo yo lo haría. Además, no creía que ella permitiese que nadie más la tocara, ya me lo había demostrado—. Lo haré yo. Y le llevaré algo de comer —me levanté de la silla y caminé.

—Calem... —me giré y miré a mi hermano con las cejas enarcadas, esperando a que continuase—
¿Crees que sufrió un daño peor?

Apreté los puños, yo también me había preguntado lo mismo. Y si era así... No iba a tener piedad con quien la hubiese forzado.

—No lo sé, espero que no.

—¿Cambiaría eso algo?

—No —dije con firmeza—. Aileen Campbell será mi esposa y nada ni nadie impedirá eso.

Me marché a grandes zancadas. Estaba más furioso que antes, si es que eso era posible.

Sabía que no había respondido a la pregunta de Iver. Sabía a qué se refería. Si la habían forzado, seducirla no sería tarea fácil. Eso sin tener el cuenta cómo me afectaría a mí saber, teniéndola entre mis brazos, que la habían vejado de esa manera.

No la repudiaría por ello, pero si alguien se había atrevido a deshonrarla así, no solo mataría a ese desgraciado, sino que le cortarían su virilidad y se la daría de comer mientras él gritase por el dolor de verse eunuco para toda la vida.

Conseguí un poco de ungüento, algunas vendas y telas para curarla y, con algo de comida, subí hasta mi habitación.

Abrí la puerta y la vi dormida, ya sin ese maldito vestido de novia. Suspiré, la ropa que le había conseguido no era gran cosa, pero era lo único que había logrado encontrar.

En realidad, la estaba obligando a un futuro incierto al retenerla. No sabía cómo terminaría todo y si yo, al fin, ganaría mi guerra contra su hermano.

No sabía si conseguiría obtener el perdón del rey.

Pero, definitivamente, sin ella, todo eso sería imposible. Y, por ello, no tenía solo que conseguir que se convirtiera en mi esposa. Tenía que conseguir que se convirtiera en mi amiga. Necesitaba que confiase en mí más que en nadie.

La necesitaba de mi lado, eso era evidente.

La necesitaba en mi cama.

Y necesitaba, además, que viniera a mí por propia voluntad. Solo así conseguiría lo que necesitaba: su eterna lealtad. Y, con su ayuda, podría demostrar quién era su hermano y quién era yo.

No tenía por delante algo fácil, pero no por ello iba a rendirme.

Iba a seducir a esa mujer. Iba a conseguir que se enamorara perdidamente de mí. Solo entonces, podría servirme realmente.

El plan era simple, no tenía que haber complicaciones. Lo más grave era que esa mujer no debía ser quien estuviera ahora en mi habitación. Estaba seguro de que si era Kylie, quien siempre fue mi opción, las cosas serían mucho más fáciles.

Ella era sumisa, moldeable. Ella, dándole un poco, me daría la lealtad que necesitaba.

Pero no era Kylie quien estaba ahí. Por una broma del destino, tenía a su hermana en mi habitación.

Una mujer terca, con carácter y nada sumisa que pondría a prueba no solo mi paciencia, también mis dotes de seducción. El sexo sería la carta más importante para jugar y ganar. Tenía que unirla tanto a mí como pudiese.

Iba a tener que esforzarme más de lo esperado, pero bienvenido fuera el reto.

Porque no me disgustaba, en absoluto, pensar que sería esa pelirroja exuberante que había encendido mi cuerpo sin pretenderlo quien estaría unida a mí de por vida.

No me iba a aburrir, eso seguro.

Convertirla en lo que deseaba, en el tipo de mujer que debía ser para que llevase el apellido Donald sería el mejor de los premios.

Haría lo que necesitase para conseguir mi fin. Desde ese momento, el anterior plan estaba borrado de mi mente.

No más Kylie.

No más pasado.

Aunque no fuera mi primera elección, había decidido que Aileen Campbell sería la mujer que me acompañaría de por vida.

Y no había marcha atrás.

No tenía mucho tiempo para conseguir su “Sí”, debía de darme prisa.

Mis hombres, ella y yo no podríamos permanecer en ese destartalado castillo mucho tiempo más. La falta de comodidad, de recursos y de alimento no tardaría mucho en pasarnos facturas.

Tenía poco tiempo para domar a la fiera.

Apenas tenía tiempo para conseguir que ese animalillo salvaje se convirtiese en la perfecta y leal mujer que necesitaba. Quien destruiría a su propio clan por deberme fidelidad a mí.

Tenía que actuar con celeridad. El primer paso era conseguir que confiase en mí. El segundo era despertar su pasión y, después de eso, sería ella misma quien me rogase que la hiciera mía. Y el día que lo hiciera sabría que tendría lo que tanto necesitaba: ella estaría enamorada de mí.

A partir de ahí, todo lo demás: el matrimonio y la venganza contra los Campbell sería coser y cantar.

No era tan difícil. Al fin y al cabo, toda mujer enamorada actuaba igual. Y por muy diferente que resultase ser Aileen Campbell, en eso era exactamente igual a las demás.

Con todo en la mano, subí las escaleras. Era hora de lograr lo primero: su confianza. Y no iba por mal camino porque, aunque ni ella se hubiese dado cuenta, había algo que la hacía sentirse segura conmigo. Lo supe desde el momento en que “echó” a Iver de mi habitación.

Podía odiarme, podía temer por su futuro. Pero algo era seguro: esa mujer no me temía a mí.

Un rato antes, cuando la tuve entre mis brazos, mientras yo luchaba contra mi propia necesidad de besarla y de hacerla mía allí, sin más preámbulos, ella se mantenía altiva, enfrentándose al hombre que la tenía prisionera.

Y, para mi sorpresa, no fingía.

No me tenía ningún miedo.

Debería de sentirme insultado. Era un hombre de las Highlands. Era un temido guerrero y, sin embargo, a esa mujer podía provocarle de todo menos miedo.

Increíble pero cierto.

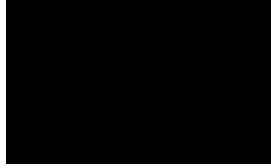
Y yo iba a usar todo aquello en mi favor.

Comenzaba la seducción la mujer que ya había marcado como mía.

Iba a seducir a quien se convertiría en la señora del clan Donald.

Había llegado el momento de que naciera Aileen Donald.

Capítulo 11



Lo vi salir del salón y solté un sonoro suspiro mientras negaba con la cabeza.

A veces mi hermano era un grandísimo idiota y no veía más allá de sus narices.

Era todo tan evidente...

Suponía que para mí, no para él, quien era una parte de la historia.

Nunca había estado de acuerdo en raptar a nadie. Siempre creí que teníamos que buscar otra manera de apelar al rey. Pero entendía, en parte, la decisión de mi hermano. El tiempo pasaba y no lográbamos nada. El invierno iba a llegar y no tendríamos ni víveres para comer.

No teníamos demasiado tiempo para intentar demostrar su inocencia y para recuperar todo lo que nos había sido arrebatado.

Pero las cosas no eran tan sencillas como Calem quería hacer ver, ni como él mismo las creía. Ni sería sencillo seducir a esa mujer ni, mucho menos, conseguir convertirla en su esposa.

Lo apoyé en su otra decisión porque había conocido a Kylie. Era una mujer dócil y maleable. Pero su hermana... Era todo menos eso. Era una mujer con carácter que dictaba mucho de ser la dama que Calem quería y necesitaba dominar para conseguir su fin.

Fin que tampoco sabía porque aún no me había explicado cómo ayudaría ella. Por eso yo sabía que todo eso no era más que una cuestión de orgullo.

Eso con Kylie. Con Aileen no debería de ser nada.

Aún así, él estaba encabezonado, desde que la había visto, en hacerla suya. Y ahora que sabía que la habían herido de alguna manera, el lado protector de mi hermano no lo dejaría actuar de otra manera.

Él era así, un líder y un guardián nato de la gente que consideraba su responsabilidad. Y la mujer que él había decidido que se convertiría en su esposa no se libraría de su caballero defensor.

Podía ser, incluso, si pensaba en cómo ella había actuado con él, sin temerle y buscando, en parte, su protección, que cayese rápidamente en su trampa.

Pero...

Había algo en lo que Calem se equivocaba. Y es que esa mujer solo era el medio para conseguir perpetrar nuestra venganza.

Esa mujer era mucho más para él. Y ojalá me equivocase, pero si seguía uniéndose a ella de esa manera, podría llegar a convertirse en la mujer que nos destruyera. Porque después de que consiguiese lo que nos pertenecía, ¿para qué la quería a ella?

¿Para qué querría estar unido de por vida a una Campbell?

Al parecer, solo él se entendía.

Y yo tampoco era tonto.

Calem deseaba a esa mujer, eso era innegable. Él podía esconder cualquier tipo de emoción a cualquier persona, excepto a mí. Lo conocía muy bien. Mejor de lo que él mismo imaginaba.

Y desde el momento en que la vio tumbada en esa cama, donde, para qué negarlo, hasta yo me quedé estupefacto al verla y me la imaginé como no debía... Calem ya deseó hacerla suya.

Seguramente luchaba una batalla interna. Una en la que se inventaba decenas de excusas, en la que intentaba autoconvencerse de que todo lo que hacía no era más que para lograr vengarse de Kenneth Campbell.

Pero yo me jugaría el cuello y no lo perdería al decir que mi hermano se había encaprichado rápidamente de esa mujer.

Era lógico, esa mujer lucía como el pecado. Podría no ser lo que alguien buscaba cuando pensaba en la imagen de la señora de un clan, pero por el demonio que podría ser el sueño de cualquier hombre con sangre en las venas.

Para ser sinceros, si él la hubiese rechazado, ya me habría asegurado yo, de alguna manera, una oportunidad con ella.

Pero Calem, solo con mirarla, la había señalado como suya y eso no había escapado a mi vista.

Ahora solo me quedaba saber algo, ¿qué sentía ella?

Solo la había visto durante unos minutos, no podía emitir un veredicto. Pero no tardaría en hacerlo. Las cosas no eran invisibles a mis ojos, era bastante observador.

No debería de haber ningún problema. Él la deseaba. Si ella sentía lo mismo... El plan se llevaría a cabo como mi hermano creía. Pero si esa mujer no aceptaba casarse con él...

Las cosas se iban a complicar mucho.

Porque en esa seducción que mi hermano tenía prevista habría un perdedor seguro.

Él.

Porque el muy idiota terminaría, seguramente, enamorado de ella. Y si eso sucedía... Aunque llevase a cabo nuestro plan para recuperar nuestro clan y nuestras tierras porque Calem siempre antepondría al clan, si Aileen decidiese alejarse de él, iba a terminar destrozado.

Decenas de posibilidades se me pasaban por la mente. Y la mayoría no eran muy halagüeñas. Solo esperaba y deseaba equivocarme y que todo terminase de la mejor manera para mi hermano.

No me gustaría verlo sufrir más. Menos aún por amor.

Calem era un gran hombre, merecía recuperar su reputación, todo lo que le pertenecía por derecho propio y, sobre todo, ser feliz al lado de alguien leal que le diese lo mismo que recibía: todo.

Porque si algo caracterizaba a Calem era el darse por completo a la gente que le importaba.

Terminé el contenido de la copa y me levanté con un suspiro.

En los próximos días, cuando los viera juntos, podría conocer qué sentía ella. Si los sentimientos eran mutuos, yo mismo los ayudaría, de alguna manera, a que la unión entre ellos se precipitase.

Y sabía muy bien cómo hacerlo...

Sonreí al pensar en ello, Calem querría matarme, seguro. Pero yo me iba a divertir de lo lindo. Además, todo era para conseguir el mismo fin, ¿no?

Pero si la actitud de ella era otra o en algún momento veía a mi hermano en peligro de sufrir por ella, yo mismo me encargaría de separarlos.

Lo protegería siempre. Era la única persona que me quedaba en el mundo e igual que él cuidaba de todos nosotros, yo lo haría siempre con él.

Me quedé parado en la puerta viendo cómo Calem subía las escaleras con algunas cosas en las manos.

Para él comenzaba un juego: el de la confianza y la seducción.

Para mí comenzaba otro: proteger a mi hermano de un sufrimiento por amor si se diese el caso.

Porque el muy idiota estaba rebujando las cosas.

La venganza era un aparte.

El deseo otro.

La fidelidad otro.

Y él lo estaba metiendo todo en el mismo saco.

Pero como no atendía a razones, me tocaba esperar.

Así que esperaba y rezaba porque las cosas sucediesen como él quería porque no me gustaría tener que interceder.

Ahora tocaba ir paso a paso y conocer, cuanto antes, si esa mujer estaba interesada, de alguna forma, en él.

Después... Ya iría viendo cómo actuar.

Capítulo 12



—Aileen, despierta...

Abrí los ojos lentamente cuando escuché esa voz. Suspiré pesadamente. Había soñado que volvía a casa pero solo fue eso, un sueño.

—Preferiría dormir —dije tras un suspiro.

—Necesitas comer.

-No tengo hambre...

-También necesitas una venda nueva en el tobillo y que te cure esa espalda.

—Creía que eras el Laird, no mi doctor personal —dije con ironía.

—No somos muchos aquí —dijo como avergonzado y sentí una punzada de culpabilidad porque mi hermano era el responsable de todo aquello—. Pero si te sientes más cómoda con otro... Mi hermano es bueno curando heridas, doy fe de ello.

—¿El hombre al que golpeé?

—Sí —sonrió—. Le zurraste fuerte, creo que aún le duele la cabeza.

—Merecerías sentirlo tú también —resoplé.

—Algún día me la devolverás —rio.

Sonreí por primera vez en todo ese tiempo y no sabía por qué me sentía tan relajada.

—Hablabas en serio, ¿verdad?

—Siempre suelo hacerlo —dijo seriamente.

—No me dejarás volver.

—No, Aileen. No lo haré.

—Aunque no sea la mujer que quieres. Aunque sigas queriendo a Kylie.

—Este es tu hogar ahora, acostúmbrate.

—Pero...

—Voy a curarte, sería mejor que te tumbases boca abajo —me interrumpió.

—No me duele la espalda.

Desvié la mirada. Sentía vergüenza porque me mirase de nuevo. No quería ver la repulsión en sus ojos. Ni la pena.

—Aileen...

—Está bien, olvídale.

—No lo haré. Por las buenas o por las malas, tú decides.

—Por favor...

—Boca abajo, Aileen. Tenía que haber sabido, desde que llegaste, sobre esas heridas. Se pueden infectar, si no lo están ya.

Suponiendo que no olvidaría lo que vio y temiendo que terminase obligándome, me di la vuelta en la cama.

Escuché cómo rasgaba el vestido y contuve el aliento.

—Maldita sea —gruñó entre dientes—. ¿Me vas a decir quién te hizo esto?

No, no lo haría. Apreté mis labios cuando me tocó, escuchaba...

Aguanté como pude, ignorando sus maldiciones e intentando no llorar. Solo Moira, quien me había curado cada vez y Kylie habían visto mi destrozada espalda.

A mi hermano le gustaba usar la vara cuando le desobedecía, lo que hacía muy a menudo.

La última vez fue días antes de que me raptaran. Fue cuando Kylie y yo nos enteramos de su enlace, pocas horas antes de que el Clan Drummond llegase al castillo. Intenté evitar esa locura al ver la cara de horror de mi hermana y, por eso mismo, por protegerla y por mostrar mi desacuerdo con Kenneth, esa misma noche probé, de nuevo, la vara sobre mi espalda.

En esos momentos, mientras el látigo cortaba mi piel, el orgullo no me dejaba derramar ninguna lágrima. Siempre luchaba por lo que consideraba justo, aunque fuera contra mi propio hermano. Para mí, él no merecía consideración alguna.

Pero Kylie era diferente. Era por ella por quien quería volver. Necesitaba saber si se había casado, qué estaría pensando de mí. No quería que estuviese preocupada y que pudiese enfermarse.

Era la única razón para querer regresar a casa. Ninguna más. Porque aquel lugar era el infierno para mí.

—Intenta no apoyarte y dormir de lado —me aconsejó cuando terminó.

Me senté sobre la cama y limpié, con rabia, una lágrima que había caído por mi mejilla.

—¿Por qué lo haces?

—¿Por qué hago qué? —preguntó a su vez.

—Tratarme bien.

Aún siendo su cautiva y con la cabezonería de querer convertirme en su esposa, lo único que había mostrado era preocupación y respeto hacia mí.

—¿Debería tratarte mal? —preguntó, burlón.

—Supongo que sí, nunca antes me habían raptado como para saberlo —él soltó una carcajada y yo sonreí—. Pero se supone que un bandido quiere forzar a una mujer, hacerle decenas de atrocidades —arrugé la nariz—. Incluso sacarle las tripas y comérselas.

—¿Quién te ha contado eso? —seguía riendo.

—Son las historias que se oyen. No me dirás ahora que los forajidos son buenas personas.

—No lo haré, el mundo es cruel y ahí fuera ni te lo imaginas —volvió a estar serio—. Pero no debes de temer estando conmigo, Aileen, nadie te hará daño.

Me hizo daño mi propio hermano, ¿por qué no esperar lo mismo de un desconocido que, además, quería vengarse de Kenneth?

—Sé cuidarme sola —dije con orgullo.

—No lo dudo —sonrió de nuevo—. Menos cuando te lanzas por las ventanas.

Puse los ojos en blanco. No sabía cómo no me había roto la cabeza.

—Deberías comer algo y descansar.

—¿Me tendrás mucho tiempo encerrada aquí?

—No deberías moverte, por el tobillo.

—Aja...

—Descansa, Aileen. Han sido demasiadas emociones estas últimas horas.

Se acercó a la puerta y la abrió.

—Jefe... —lo llamé.

Él se giró y me miró con las cejas enarcadas, divertido.

—¿Jefe?

Me removí, incómoda. No sabía cómo llamarlo. Pero debía preguntarle algo.

—¿La amas?

Su mirada cambió, volviéndose fría.

—Tú serás mi esposa, Aileen, no ella.

Evité poner los ojos en blanco, no iba a ser nada de él, mucho menos su esposa.

—No es eso lo que te pregunté.

—Eso es lo único que necesitas saber.

Y sin más explicaciones, salió de allí, portazo incluido.

Resoplé. A lo mejor no tendría que haberle preguntado eso, pero me carcomía la duda. ¿La buscó solo para vengarse o porque también sentía algo por ella?

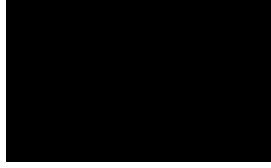
Sentí una punzada de dolor en mi pecho ante ese pensamiento.

Claro que la amaba, ¿quién no amaría a un ser tan especial y dulce como Kylie?

Por primera vez en mi vida sentí celos de mi hermana. Yo sería siempre, para todos, como un segundo plato.

Siempre la segunda opción.

Capítulo 13



—Jefe...

Bajé la espada y miré a Murdock con ganas de matarlo, odiaba que me interrumpiesen mientras estaba entrenando.

—Más vale que sea importante —gruñí.

—Esto... Verá... —ya estaba sudando y yo temiéndome lo peor.

Se me formó un nudo en el estómago, Edwin y Murdock solo tenían una misión en esa casa y se llamaba Aileen.

—Si empieza así, muy bueno no debe ser —rio Iver.

Por qué a mi hermano todo le parecía divertido era algo que me sacaba de quicio.

—Tampoco es malo, creo —carraspeó el rechoncho hombre.

—No pongas a prueba mi paciencia —le advertí.

—Más que nada porque no tiene ninguna.

—¿Por qué no te callas? —gruñí, mirando a mi hermano.

—Porque entonces me aburro —sonrió.

Puse los ojos en blanco, lo iba a matar.

—¿Quieres hablar de una vez, maldición?

—A ver, jefe, relájese —enarqué mis cejas—. Ella nos dijo que usted le dio permiso.

—Ella es Aileen —afirmó mi hermano, pensando que yo era idiota.

Sería mejor ignorarlo o iba a terminar convirtiendo el entrenamiento en una batalla.

—Que yo le di permiso para qué —dije con lentitud.

Porque era evidente que si yo permitía algo, ellos lo sabrían. El que daba las órdenes era yo, no ella. Aún...

Y en el futuro tampoco, la última palabra sería, siempre, mía.

—Para cocinar, evidentemente.

—Evidentemente —Iver soltó una carcajada y yo maldije veinte veces.

—Y me mandó decir que la comida está preparada —terminó el hombre que iba a probar mi espada.

Hacia un par de semanas que Aileen estaba con nosotros. Las heridas de su espalda mejoraban y su tobillo estaba casi curado, ya daba largos paseos por la habitación.

Pero aunque me lo había pedido una decena de veces, yo me había negado a dejarla salir de allí.

Al parecer, en esos días había hablado mucho con sus guardianes. Como ella decía, se aburría. Y esos dos tontos necesitaban un babero cada vez que ella abría la puerta, se sentaba en una silla y hablaba con ellos.

Esa misma mañana, cuando fui a ver sus heridas, les estaba contando una historia sobre el fantasma que vagaba por el castillo Finlaggan. Castillo que me pertenecía y en el que no había vida paranormal. Castillo donde esos dos habían vivido y nunca habían visto nada. Pero claro, era una dama quien les estaba contando la historia y los dos, además de asustados, ya inventaron hasta las suyas propias.

Me quedé en mitad de la escalera, escuchando, cuando oí su voz. En ese momento me di cuenta de que no era la primera vez que hablaba así, con ellos.

—¿Y se sabe quién es el fantasma? —preguntó un muy interesado Edwin.

Fue la primera frase que escuché y que me hizo pararme.

—No —dijo ella, con mucha seguridad—. ¿De verdad nunca habéis oído hablar de él?

—Nunca —dijeron los dos a la vez.

—A lo mejor es alguien que está con mi clan. Lo cual tendría sentido porque todos han sido más malos que un dolor de muelas —resopló ella, haciéndome sonreír por la comparación. En ese momento admiré su honestidad al hablar de los suyos.

—¿Qué hizo la cocinera? —preguntó Murdock, sonaba hasta preocupado.

—Ya sabéis que bajó por un vaso de leche. Ella creía estar sola en la cocina —la voz de Aileen sonaba tenebrosa.

—Por supuesto —afirmó Murdock.

—Pero esos sonidos... Ella sabía que no eran normales. O alguien le estaba gastando una broma o... —dejó la frase en suspense.

—¿O? —preguntaron los dos a la vez.

—O no era de este mundo —susurró, me mordí el labio para no reír.

—Ay, Dios, ¿y por qué no salió corriendo? —preguntó Edwin.

—Bueno, es una mujer, no huye. ¿Huyen los guerreros? —el disgusto en la voz de Aileen.

—No —respondieron los dos embelesados, porque me había asomado disimuladamente y los había visto embelesados, mirándola—. Por supuesto que no.

—Pues nosotras tampoco —el orgullo en su voz y en la forma de levantar la barbilla.

—No quisimos ofenderla, señora —dijo el pobre Murdock rápidamente.

—Oh, no, a mí no me habéis ofendido —sonrió ella—. ¿Sabéis lo que ocurrió entonces? —los dos negaron con la cabeza y Aileen se adelantó un poco y comenzó a hablar más tenebrosamente. Mantuvo el suspense hasta gritar— ¡Que el fantasma se le apareció!

El susto que se llevó ese par de ilusos no lo olvidaría en la vida, grito incluido. Vaya dos...

—¿Y quién era ese fantasma? —pregunté.

Había terminado de subir las escaleras y me había apoyado en la pared, con los brazos cruzados.

Aileen me miró, desafiante y yo evité sonreír. Estaba preciosa así, altiva y mordiéndose el labio mientras pensaba una respuesta que darme.

—Es algo que aún no hemos logrado saber —dijo muy seria.

—Quizás algún día, cuando volvamos, lo averigüemos juntos —dije con voz ronca.

Ella abrió la boca, suponía que para rebatirme, pero la cerró al recordar que no estábamos

solos.

Sabía comportarse, era innegable. La iba conociendo muy poco a poco, pero cada día estaba más convencido de que había acertado al seguir con el plan y decidir convertirla en mi esposa.

—Jefe... Nada más volver a casa, tenemos que averiguarlo —sentenció Edwin.

—Tampoco hay por qué entrar en la cocina —ya había asustado al pobre Murdock.

Miré al cielo, pidiendo ayuda.

Me acerqué a ella y la ayudé a levantarse de la silla. Caminó hasta un sillón que había colocado bajo la ventana y se sentó.

—¿Desde cuándo asustas a mis hombres? —pregunté al cerrar la puerta.

—Me aburro aquí —suspiró—. Y son muy simpáticos. Además, no los asustaba, es cierto que el fantasma existe—sonrió, bromeando.

—¿Te duele el pie?

—Solo si camino demasiado, pero casi nada.

—Entonces, supongo, que es hora de que salgas de aquí.

Una enorme sonrisa se formó en su rostro y me dejó sin aliento. Era más que preciosa.

Era realmente hermosa.

—Gracias —dijo emocionada.

Y en ese momento me di cuenta de lo mucho que disfrutaba viéndola feliz.

—Ahora tengo algo importante que hacer con mis hombres. Pero volveré en un rato.

—¿Puedo hacer algo mientras? Prometo que no molestaré.

—¿Sabes cocinar? —bromeé y me acerqué, de nuevo, hacia la puerta— Volveré pronto.

—Gracias, jefe —sonrió.

—Jefe —resoplé, divertido, antes de marcharme de allí.

Me marché sonriendo, entrenaría con mis hombres y volvería a por ella. Ya era hora de que se integrara con todos, sería, muy pronto, su señora.

Sonreí porque el primer paso iba bien. Aunque aún no me había contado muchas cosas, sentía que confiaba en mí y que, poco a poco, se iría abriendo más y más conmigo.

Era el momento perfecto para subir al siguiente nivel y comenzar la seducción. Era ahí cuando terminaría de hacerla mía.

La haría necesitarme, la haría desearme a cada momento. Como me estaba ocurriendo a mí con ella.

Tenerla cerca era difícil. Mirarla, hablar con ella...

Siempre, siempre, pensaba en besar esos carnosos labios. Tenían que saber tan dulces...

Cuando no estaba con ella, no se me borraba de la mente.

Y eso, pero porque me amase, era lo que iba a conseguir de ella. No me cabía duda.

Me amaría, sería mi esposa y me ayudaría a destruir a su hermano, me demostraría su fidelidad.

Quedaba poco para ello...

Volví al presente y recordé la última frase del pobre hombre.

—Y me mandó decir que la comida está preparada.

—La mataré —gruñí después de varias maldiciones.

Espada en la mano, caminé hasta la casa a grandes zancadas.

Yo no le había dado permiso para salir sola de allí, ¡mucho menos para cocinar! Era una maldita frase irónica. Por Dios, sería la señora, ¡no tenía que poner un pie en la cocina! Aún mejor dicho, ¡ya era la señora de esa casa para mí!

—Yo esto no me lo pierdo —rio Iver, siguiéndome.

Y no era el único que lo hizo. Cada uno de los hombres que estaba en lo que bautizamos como campo de armas, vinieron detrás.

Entré en la cocina por la puerta trasera y me quedé mudo al ver el panorama.

Archie, quien siempre se encargaba de cocinar, sentado en un banquete, mirando, embelesado, a Aileen.

Ella, con un viejo delantal, contando historias mientras terminaba de cortar el pan.

—Dime que no es real lo que estoy viendo —susurré a Iver.

—Muy real —confirmó con una risita.

¿Pero por qué, Dios mío?, pensé.

Estaba reviviendo lo mismo que esa mañana, solo que no me hacía la misma gracia.

—Y ahí fue cuando mi hombro se salió de su sitio —reía Aileen—. Mi madre casi muere del susto, siempre me decía que envejeció diez años al verme caer del árbol. Pero mi hermano me había retado, tenía que hacerlo.

—Por supuesto —afirmó Archie, completamente hechizado por ella.

—Y no fue la primera vez —levantó el cuchillo—. Porque, después del árbol, fue un caballo. Ahí sí que sentí miedo, yo era muy pequeña y ese animal no dejaba de moverse y de relinchar —resopló—. Pero monté, con tan mala suerte que caí sobre el mismo hombro.

—Pobre... —suspiró Archie.

—Por eso te digo que tuve suerte, Archie —vaya, ya eran hasta amigos, yo no me lo podía creer y mirando a mi hermano, él tampoco. No dejaba de pestañear, con la boca abierta. Porque, normalmente, el viejo Archie era más seco que un cactus—. Menos mal que no caí sobre ese lado cuando me resbalé por la ventana de esta casa —¿perdón?— Imagina si, además del tobillo, tengo que soportar el dolor del hombro —suspiró—. ¡Tuve mucha suerte!

Y el hombre encandilado suspiró con ella.

Miré hacia atrás cuando escuché algunos suspiros y todos los demás estaban igual, con la boca abierta y completamente hipnotizados. Mi hermano incluido.

Apreté los dientes, más me valía meter a esa mujer ya en mi cama o iba a convertirse en el trofeo general.

—¿Ha dicho cuando resbaló de la ventana? —susurré.

—¿Qué? —pestañeó mi hermano, mirándome— Eh... Sí, eso dijo —sonrió.

—No sé qué voy a hacer con ella.

—Si quieres lo hago yo —la picardía en su voz.

Dejé la espada apoyada en la pared para no rebanarle el cuello por ese comentario.

Me acerqué a ella por detrás y le hablé al oído.

—No creo que tengas tanta ahora —susurré.

Ella, asustada, se giró. Con destreza y mis buenos reflejos, cogí el cuchillo a tiempo y lo dejé sobre la mesa.

—Me asustasteis, mi señor —dijo con una mano en el pecho y un poco azorada, pero no tanto como debería.

—¿Ahora me tratas de vos? —apoyé cada una de mis manos en la mesa, encerrándola entre mis brazos.

Ella carraspeó y miró por encima de mi hombro.

—¿Qué haces? —susurró.

—Te aseguro que solo intento controlarme. ¿Qué demonios haces aquí, Aileen?

—Bueno, me preguntaste si sabía cocinar —enarcó las cejas.

—Era ironía y no insultes a mi inteligencia haciéndome creer que no te diste cuenta.

—Esto... Me aburría —carraspeó y sonreí al ver el rubor en su mejilla. La ponía nerviosa mi cercanía. Miré sus labios, deseando besarlos—. Pero no hice nada malo. Edwin ha estado todo el tiempo ahí —señaló a la puerta, desde donde el pobre hombre, sudando por los nervios, nos miraba.

—Ya veo... —volví la vista a ella— Tú y yo hablaremos más tarde. En privado.

—Como ordenéis, mi señor —sonrió—. ¿Ahora podemos comer? Está delicioso lo que preparé. Y estoy segura de que os encantará —dijo en voz alta, mirando a todos los que tenía detrás.

—Me muero por probarlo. Por cierto —Iver quitó una de mis manos para separarme de Aileen y cogió una de las de ella. Le dio un beso y sonrió—. Soy Iver, no nos presentamos como es debido.

Puse los ojos en blanco, mi hermano era un completo idiota.

—Siento mucho lo de vuestra cabeza —susurró ella y él sonrió cual tonto.

—No es nada. Te perdono si me tuteas y si me concedes el honor de escoltarte hasta la mesa.

—Oh, pero no he terminado...

—Yo lo haré, señora —dijo Archie rápidamente, levantándose—. Usted ya trabajó demasiado.

Aileen me miró antes de entrelazar su brazo con el de Iver y de seguirlo hasta el comedor.

Y todos los demás, atontados, fueron tras ellos.

Negando con la cabeza y no de muy buen humor, refunfuñando todo lo que se me pasaba por la mente, los seguí.

—No deberías caminar tanto, el tobillo aún no está completamente recuperado —dije en voz alta, dirigiéndome a Aileen cuando la vi conversando, animada, con Iver. ¿Por qué tenía que reír con él?

Ella miró hacia atrás.

—No me duele, mi señor —sonrió.

—No, ya lo veo —refunfuñé.

Mi hermano la ayudó a sentarse en el lugar que le correspondería a la señora y él se sentó a su lado. Lo miré con las cejas enarcadas antes de tomar asiento. Ese no era su sitio, era a mi otro lado.

Él sonrió con dulzura y yo quise estrangularlo. ¿Qué era lo que intentaba?

Con la comida ya preparada en la mesa, comenzamos a comer. Yo en silencio, ellos conversando muy animados. Tenía ganas de estamparle el plato en la cabeza a Iver porque, por su maldita culpa, sufría, por primera vez en mi vida, un ataque de celos.

Aileen era mía. Solo para mí y no permitiría que nadie, ni siquiera Iver, me quitara su atención.

Debía de tenerla en mi cama cuanto antes, debía de convertirla en mi mujer.

Solo así me quedaría tranquilo.

Capítulo 14



Por fin estaba fuera de esa habitación. Y me sentía... Extraña.

Todo lo que estaba viviendo era muy raro.

Casi en ningún momento tuve miedo de ese hombre. Había algo en él que, aunque fuera mi raptor, me hacía sentirme segura. No entendía cómo podía ocurrir algo así. Quizás fueron los cuidados que me prodigó o su forma de hablar conmigo.

Fuera lo que fuese, ese hombre no mentía cuando me decía que no iba a hacerme daño.

Sabía que esa mañana había insinuado lo de cocinar bromeando, pero para mí fue la excusa perfecta para engañar a esos dos pobres guardianes que estaban viviendo delante de la puerta de la habitación que yo ocupaba.

—Calem me dio permiso.

Fue lo único que necesité decir para que los dos me creyesen. Eso y poner cara de angelito.

Como imaginé, al Laird no le hizo demasiada gracia verme en la cocina. Pero no solo necesitaba salir de entre esas cuatro paredes, sino también hacer algo. Me sentía inútil. Y como mi tobillo ya estaba casi bien, podía permanecer de pie mientras hacía algo productivo.

No era una mujer de quedarme tejiendo gorros de lana. Tampoco era una mujer que se divirtiese en la cocina, pero poco más podía hacer allí en ese momento.

Antes de ponerme manos a la obra, convencí a Edwin y a Murdock de dar un paseo por el castillo. Suspiré pesadamente al observar en las malas condiciones en las que estaba todo y sentí un ramalazo de culpabilidad porque mi hermano era quien los había llevado hasta un lugar así.

Tendría que intentar mejorar todo aquello. Era una invitada, ¿no? Forzada, pero invitada...

Además, no me había pasado por alto el lugar que estaba ocupando en esa mesa.

Por una parte me sentía agobiada, porque él seguiría con la misma idea de convertirme en su esposa, algo a lo que no iba a acceder. Pero, por otra, había conseguido su objetivo: hacerme sentir de todo menos como una prisionera.

Me pondría manos a la obra pronto. A ver qué podía conseguir hacer con los escasos recursos que parecían tener.

—¿Estás bien?

Desvié la mirada hasta el Laird y sonreí.

—Sí. Solo... Es un poco extraño todo esto —dije avergonzada.

—¿Qué te parece extraño? —me observó unos segundos antes de continuar— Te dije que no estabas cautiva, Aileen. Puedes sentirte libre aquí.

—Pero lo estoy en realidad —le recordé, no estaba ahí por voluntad propia.

—Este es ahora tu hogar, hasta que recupere lo que es mío —dijo con seriedad.

—¿Y entonces volveré a casa?

—Sí —afirmó—. Como señora del clan Donald.

Miré de nuevo al frente. Los pocos hombres que quedaban junto a Calem sonreían, divertidos, mientras disfrutaban de la comida.

Me habían dado las gracias y habían alabado mi labor. Me habían hecho sentir como en casa. Ninguno me había tratado mal incluso sabiendo los planes de su Laird para conmigo ni viendo la confianza y el trato que me prodigaba. Me trataban como a una más.

Pero no era mi hogar y por muy bien que me tratarasen, tan contrario a lo que vivía con mi hermano, no pertenecía a ese lugar.

No porque solo era un medio para conseguir un fin. Nada más que eso.

—Aileen... —sonaba preocupado.

—Estoy algo cansada —de repente, la tristeza se había apoderado de mí—. ¿Sería posible que volviera arriba?

—Yo la acompaño.

—No, Iver —dijo seriamente—. Lo haré yo.

Calem se levantó y aceptó su mano para levantarme. Sonreí a los hombres que me deseaban las buenas noches y llegamos a la habitación.

Me asomé a la ventana y me quedé mirando la oscuridad de la noche. Solté un sonoro suspiro y me sobresalté al notar a Calem pegado a mi espalda.

Pensaba que estaba sola...

—Mírame, Aileen —ordenó.

Me di la vuelta lentamente y me puse frente a él. Estábamos demasiado cerca y eso no me ayudaba a relajarme.

Levantó una mano lentamente y acarició mi mejilla. Un escalofrío recorrió mi cuerpo, ningún hombre me había tocado así, tan íntimamente.

—Lo que pueda hacer para que te sientas mejor, dímelo. No puedo ofrecerte mucho ahora mismo —apretó los dientes, enfadado por eso, con ese rostro duro que mostraba a veces y que tanto me gustaba—. Te daré todo lo que esté en mi mano mientras recupero mi clan.

Cerré los ojos y temblé, regañándome por disfrutar de la caricia de ese hombre.

—Calem... —una lágrima cayó por mi mejilla y él la limpió rápidamente.

—Si pudieras pedir un deseo ahora mismo, ¿cuál sería?

Abrí los ojos, extrañada por esa pregunta. No me la esperaba. Me quedé mirando sus hermosos ojos café, hechizada. No sabía qué era exactamente lo que ese hombre provocaba en mí.

—¿Qué pedirías, Aileen? —insistió, mirándome a los ojos con ternura.

—Ver a mi hermana —dije con sinceridad.

—¿No pedirías antes deshacerte de mí? —sonrió, con el ego inflado.

—Eso lo dejo para el segundo —resoplé, quitándole intensidad al momento.

—Solo te ofrecí uno —rio.

—Pero suelen ser tres, ¿qué va a ser de los otros dos? —bromeé.

—Serían para mí.

—Cómo no —puse los ojos en blanco—. ¿Y qué pediríais vos, mi señor?

Su mano, la que aún descansaba sobre mi mejilla, se movió. Con su dedo acarició mi labio. No podía hacer eso...

Yo temblé, un escalofrío recorrió mi cuerpo.

—A ti —me miraba con fuego en los ojos—. Te pediría a ti.

Tragué saliva al escuchar eso. ¿Hablaba en serio o estaba jugando conmigo?

—Yo no soy ella —susurré, recordando a quién había querido él allí.

Quería a mi hermana, seguramente estaba enamorado de ella. Y tenía que conformarse conmigo. Esa era la verdad.

—Sé bien quién eres, Aileen. Sé bien a quién toco —acarició, de nuevo, mi labio—. Y créeme —acercó su cara aún más, sus labios casi rozando los míos. El aire se me atascó en los pulmones, no podía ni moverme—, sé bien a quién deseo.

Lentamente, unió nuestros labios y me dio un dulce beso. Casi fue un roce, una caricia. Pero pude sentir su calidez, su olor...

Casi su sabor.

Cuando se separó, me miró a los ojos y, tras darme un beso en la frente, fue hacia la puerta.

—Aileen... —me miró antes de abrir— Soñaré contigo —dijo con la voz ronca.

Salió de allí y cuando cerró la puerta, fui hasta la cama y me dejé caer.

Dios mío, me temblaba todo.

No era tan tonta ni tan ingenua como para no saber lo que pretendía. Quería hacerme suya creyendo que así accedería a casarme con él.

Eso no iba a ocurrir. No me casaría, nunca, sin amor.

Pero algo sí estaba haciendo bien. Y era que empezaba a sentir algo más por él. Y ni yo misma podía explicar qué.

Solo que cuando sus labios rozaron los míos, lo único que deseaba era más. Mucho más...

Yo quería volver a casa y tenía la sensación de que ese hombre no solo no me lo iba a permitir, sino que haría lo que fuera por conseguir su propósito.

Y me daba miedo caer en la tentación. Porque la respuesta de mi cuerpo hacia él era algo que

nunca había sentido y que no sabía cómo controlar.

Tenía un problema...

Desperté a la mañana siguiente y tras vestirme, abrí la puerta. Pestañeeé varias veces por la sorpresa al ver que no había nadie fuera.

“No estás cautiva, Aileen. Puedes sentirte libre aquí.”

Recordé esas palabras de Calem. ¿De verdad me estaba dando esa confianza?

Miré hacia todos lados por si había alguien vigilándome a escondidas pero no, todo despejado. Una sonrisa se formó en mi cara. Y el alivio recorrió mi cuerpo.

Contenta, bajé las escaleras, saludé a los hombres que me daban los buenos días, no sin antes preguntarles sus nombres. Me gustaba relacionarme con la gente y ellos estaban siendo muy amables conmigo.

—Buenos días, Archie —entré en la cocina y saludé al cocinero. Era un hombre mayor muy agradable, me gustaba.

—Buenos días, señora. El desayuno estará listo pronto.

—¿En qué puedo ayudar?

—Oh, no, señora, en nada —negó rápidamente—. Al jefe no le gustaría verla de nuevo por aquí.

—El jefe es algo mandón —arrugué la nariz, haciéndolo reír—. Pero tendré que hacerle caso, por ahora —sonreí—. Ya me buscaré algo que hacer.

—No creo que a mi hermano le haga gracia verte trabajar en nada.

—Buenos días, Iver —miré a ese pobre hombre al que había golpeado y que tan simpático me resultó el día anterior.

—Buenos días, milady. Calem está nervioso porque aún no apareces.

—Ah... ¿Tengo hora para aparecer?

—Con Calem tendrás cosas que aprender —rio—. Vamos, te escolto hasta el salón. No le gusta que lo haga y a mí me divierte.

—¿Por qué no le gusta? —entrelacé mi brazo con el suyo.

—Se pone celoso, ya sabes —rio.

Enarqué las cejas, ¿no estaba exagerando?

—No creo que sea eso —negué inmediatamente—. No soy Kylie, Iver.

Él me observó unos segundos, en silencio.

—Por eso mismo, Aileen.

Entramos en el salón, los hombres ya iban tomando asiento y un escalofrío me recorrió cuando la mirada de Calem se posó en mí.

Miró a su hermano, después nuestros brazos entrelazados y, por último, a mí. Y su expresión no era nada amistosa.

—¿Ves? —susurró Iver— Hermano... —lo saludó cuando vino a nuestro encuentro.

Sin mediar palabra, cogió mi brazo y alejándome de Iver, lo entrelazó con el suyo.

—Buenos días, Aileen. ¿Dormiste bien?

—Eh... —¿tenía razón Iver?— Sí, gracias. ¿Tú?

—No demasiado mal.

Me sentó a su lado, en el sitio del día anterior y miró malamente a su hermano cuando ocupó el asiento de mi lado.

—Iver... —suspiró.

—Buenos días para ti también —sonrió, pícaramente, su hermano.

Hubo un cruce de miradas que no entendí y por fin, Calem se sentó. Y todos empezamos a comer.

—No había nadie esta mañana delante de la puerta —lo miré y él se encogió de hombros.

—Te dije que no eres mi prisionera, Aileen. Tienes mi voto de confianza.

—Sabes que no quiero estar aquí. ¿Y si escapo?

—Te encontraré —dijo mirándome a los ojos—. Y entonces me aseguraré de que no puedes escapar de mí nunca más —dijo con seriedad.

—Hombre imposible —resoplé.

Y una hermosa sonrisa se le formó en los labios. Se me formó un nudo en el estómago al verlo así de relajado. Estaba guapísimo, esa era la verdad.

—¿Entonces tengo libertad?

—Dentro de estas tierras sí. No se te ocurra pasar los límites. Ni pienses en limpiar. Ni en cocinar. Ni...

—¿Entonces qué haré todo el día? ¿Aburrirme?

—Lo que sea que haga la señora de un castillo —suspiró.

Fruncí el ceño.

—Yo no soy la señora de este castillo y no lo seré —le recordé.

—Ya lo veremos —y con esa frase, me ignoró todo lo que restaba de día.

No volví a verlo ni a la hora de comer, así que tuve que entretenerme con algo. Y qué mejor diversión que intentar mejorar, dentro de lo posible, ese lugar.

Al caer la noche, ya había terminado con el salón. No había sido fácil, pero encontré telas y algunas cosas que podría usar en una desvencijada estancia y, para pasar el aburrimiento, me dediqué a ello.

Estaba en el salón, con las manos sobre mis caderas y mirando mi obra. Sonreí, había quedado todo mejor de lo que pensaba.

Noté a Calem antes de verlo, volví a sentir ese escalofrío que siempre tenía cuando estaba cerca. Apareció a mi lado, miraba a su alrededor y no decía nada. Solo pestañeaba, incrédulo.

La carcajada de Iver nos sorprendió a los dos.

—Ya me imaginé que no podrías permanecer sin hacer nada —reía y negaba con la cabeza—. Pues se ve bien, mis felicitaciones, milady.

—Gracias —sonreí—. Estar sin hacer nada no es lo mío.

—Pues mira que es fácil —gruñó Calem.

Lo miré de mala manera.

—¿No te gusta? —la pregunta era un reto.

—Yo no dije eso —contestó rápidamente.

—Aja —gruñí—. Si tengo que estar en este lugar, tendré que entretenerme con algo. Y si no es con esto... Iver, ¿hay alguna espada que pueda usar?

—Sí.

—No —lo contradijo rápidamente su hermano.

Los miré a los dos y resoplé.

—Soy buena con ella —dije con petulancia.

—Claro que sí —la ironía en la voz del jefe.

—¿Siempre es así? —pregunté mirando a Iver.

—Si con así te refieres a amargado y cabezota, la respuesta es sí —rio.

—Una señora no debe luchar, para eso están los hombres.

Le habría estampado el puño en ese momento por decir algo así. Era el típico comentario de mi hermano que tanto odiaba.

—¿Tenéis miedo a que os derribe, mi señor?

Una sonrisa se formó en sus labios. Acercando su boca a su oído, susurró:

—Prefiero que me enseñes cómo me derribas en otro lugar.

Me puse del color de la grana. Él lucía petulante, yo quería que la tierra me tragase. ¿Por qué hacía ese tipo de cosas?

—Pues no, la verdad es que es la primera vez que se comporta así —sonrió Iver, sonriendo.

No entendí el comentario y tuve que dejarlo a un lado cuando Calem entrelazó nuestros brazos para ir hacia el comedor. La cena esperaba.

Yo tuve la sensación, en ese momento, de que todo iba a cambiar y que las cosas, para mí, se iban a complicar.

Y, al parecer, no me equivoqué.

Capítulo 15



Llevaba un rato observándola. Reía con Iver y a mí se me revolvían las entrañas. Estaba sufriendo otro maldito ataque de celos y no me gustaba nada.

—Creo que es tarde, ¿no os parece?

Los interrumpí, soné demasiado hosco, pero no pude evitarlo.

Mi hermano me miró, la diversión en sus ojos. No era la primera vez que me estaba provocando esa sensación y yo lo conocía bien, lo hacía adrede.

Si lo que buscaba era acelerar las cosas entre Aileen y yo lo estaba consiguiendo. Porque cada vez que veía cómo alguno de mis hombres la miraba embelesado, incluso cómo lo hacía el propio Iver, tenía ganas de sacarla de allí, de tumbarla en mi cama y de marcarla, de una vez, como mía.

Entre los celos tontos que sentía, los nervios porque el tiempo pasaba y tenía un plan que llevar a cabo y el maldito deseo que sentía a todas horas por esa mujer, iba a terminar completamente loco.

—Sí, supongo que es hora de descansar —sonrió Iver.

Me levanté a la vez que él y Aileen hizo lo mismo.

—Milady... —cogió su mano para besarla y ella le dedicó una hermosa sonrisa. Maldición, esa sonrisa tenía que ser solo para mí— Que tenga bonitos sueños.

—Buenas noches —sonrió ella.

Con un gesto de la cabeza hacia mí, se marchó, dejándonos solos.

La miré y apreté los dientes. ¿Por qué era tan amable con él?

—Te acompaño arriba —y si la vez anterior soné brusco, esta vez ya...

Perdiendo la sonrisa, caminé hasta llegar a mi habitación, donde ella dormía. Abrió la puerta y se

giró a mirarme con el ceño fruncido.

—¿Estás bien? ¿Hice algo...?

—Odio cada vez que te veo sonreír así a alguien —vi el asombro en su rostro, pero no me importaba, necesitaba sacarlo—. ¿Por qué tienes que ser tan malditamente encantadora con todos? —exploté.

—¿Y cómo tengo que ser? ¿Silenciosa? —la sorpresa se reemplazó por ira— ¿Sumisa? ¿Diciendo a todo que sí? ¿Solo pendiente a ti? —negó con la cabeza, como decepcionada— Os lo he dicho varias veces, mi señor —suspiró—. No soy ella.

—Aileen... —intenté interrumpirla.

Iba a molestarme aún más si seguía comparándose con su hermana. Maldita sea, ni siquiera había vuelto a pensar en ella.

—No soy la mujer que queréis, a ver ¡si os dais cuenta de una maldita vez! —explotó.

Y yo lo hice tras ella. Tras un gruñido frustrado, la agarré de las caderas y la pegué a mi cuerpo.

—Déjame —suplicó.

La ignoré e hice lo que deseaba. La besé. La besé como necesitaba hacerlo, devorándola, mostrándole el deseo crudo que sentía por ella. Gimió entre mis labios y un deseo arrollador se apoderó de mí.

Sabía dulce.

Sabía a deseo.

Sabía a pecado.

La obligué a caminar hacia atrás y, tras cerrar la puerta con el pie, seguí besándola hasta que chocó con la cama. Era ahí donde la quería, desnuda y mía. Solo mía.

—Por favor, para... —rogó.

La miré a los ojos. Los tenía vidriosos por el deseo, sus hermosos labios húmedos por mi beso. Hinchados...

Perfectos.

—No quiero, Aileen —besé su cuello y la apreté más contra mi cuerpo, sintiendo cómo su pecho se apretaba contra el mío. Cómo su cuerpo se amoldaba al mío—. Dios, no quiero parar.

—Calem...

—No quiero oírte decir eso de nuevo —cogí su cara entre mis manos y volví a besarla—. No la nombres más. Es a ti a quien deseo, ¿es que no lo ves?

Tenía que saberlo, necesitaba que creyera eso. Necesitaba que confiara en mí y le demostraría que no le estaba mintiendo.

—Yo no sé...

—¿Qué no sabes, mi amor? —volví a besar sus labios.

—No debería hacer esto.

En eso se equivocaba. Yo necesitaba hacerlo. Por mi venganza y porque me dolía el cuerpo de tanto desearla. Y ella lo deseaba tanto como yo.

—Deja de resistirte, Aileen, serás mía —mordí su cuello y la hice gemir—. Tu cuerpo ya es mío, acéptalo. ¿No ves cómo tiembles? —la apreté más— ¿No sientes cómo te deseo? No puedes luchar contra ello, mi amor.

—Dios...

Sonreí, había cogido un pecho con la mano y había temblado de placer. Se estaba abandonando a mí, pero para hacerla mía, sería ella quien me lo pidiera.

Así era como debía ser.

Aunque yo sabía que podía conseguir entrar en ella en ese momento, su cuerpo ya me pertenecía. Lo sabía por cómo reaccionaba ante mí.

—Muero por hacerte mía —mordí su oreja e hice que se tumbara en la cama.

Acaricié su cuerpo por encima del vestido, haciendo que se retorciera por el placer.

Con destreza y rapidez, dejé sus pechos libres y madre de Dios, pensé que iba a terminar allí mismo.

Yo tenía que probarlos...

—¿Pero qué...? Oh... —gritó cuando mi boca jugó con ellos. Mordí sus pezones, mordisqueé sus pechos y los lamí para aliviarlos— Esto es indecente.

—Nada entre nosotros lo es —le aseguré—. Es pasión, Aileen. Y créeme, estoy deseando

mostrarte todo.

Con mi mano, levanté su vestido y coloqué, sin que le diera tiempo a reaccionar, mi mano en su sexo. Gemí al notar su excitación. Daría mi vida por adentrarme en ella.

—Calem, por favor.

—¿Qué quieres, mi amor? —lamí sus labios mientras jugaba con su sexo. Mojado, suave... Como toda su piel.

—No lo sé —dijo con franqueza y agradecí a Dios que fuera así—. Supongo que te necesito a ti.

Gruñí, nunca había escuchado nada tan sincero como eso.

Metí un dedo dentro de ella, intentando aliviarla un poco. Apreté la mandíbula mientras intentaba contenerme.

Esa noche no sería mía, pero le enseñaría un poco de lo que podía ofrecerle.

—Calem...

—Tranquila, mi amor. Te aliviaré.

Con lentitud, torturándola. Besándola, mordiéndola... Hasta que gritó y la noté temblar entre mis brazos. Suspirando por el orgasmo.

—Dios... —su respiración aún alterada.

—Es solo el principio, preciosa —le di un beso dulce en sus temblorosos labios—. Descansa y sueña conmigo.

—¿Te vas? ¿Pero tú...?

Sonreí, acaricé su cara y besé su frente.

—Yo cuando vengas a mí, Aileen. Te tendré cuando quieras ser mía.

Y tras otro beso más, me marché rápidamente de allí, antes de perder la determinación.

No podía precipitar las cosas, había mucho en juego.

Salí fuera y dejé que el frío de la noche me aliviara un poco. El momento que había vivido con ella había superado todas mis expectativas.

Lo estaba haciendo bien. Y no tardaría mucho en que ella viniera a mí, yo me encargaría de ello.

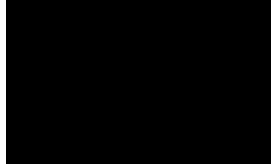
Las imágenes de su cara sonrojada por el deseo volvieron a mi mente.

Gemí.

Más me valía acelerar un poco las cosas o iba a terminar eunuco de tantas erecciones sin aliviar que tenía últimamente.

Era mujer era la encarnación del deseo para mí.

Capítulo 16



Abrí los ojos a la mañana siguiente y gemí por la vergüenza cuando los recuerdos de la noche anterior se abrieron paso en mi mente. No había podido resistirme a él desde que sus labios devoraron los míos.

Maldito fuera, ¿por qué me hacía sentir así?

Tan vulnerable ante él. En sus manos...

Suspiré, iba a ser una tortura volver a verlo. ¿Cómo tenía que actuar? ¿Qué tenía que hacer? Con normalidad suponía... ¿No?

Llegué al comedor y mis ojos se encontraron con los suyos. Se levantó lentamente y se acercó a mí. Retorcí mis manos, estaba más que nerviosa.

—Aileen... —su voz, ronca, me provocó un escalofrío.

Levanté la mirada hasta sus ojos y sentí algo extraño dentro de mí.

—Buenos días —susurré, nerviosa.

Él sonrió y aún sabiendo que estábamos solos, me dio un beso en la frente.

—Calem... —le advertí.

—Da gracias porque no te he besado como realmente deseo —dijo con seriedad.

—No serías capaz.

—Ponme a prueba y verás —entrelazó nuestros brazos—. Eres mía, Aileen. Y no me importa demostrarlo delante de todos. Pero me controlaré hasta que te conviertas en mi esposa.

—No comencemos con eso —suspiré.

—Relájate entonces, no tienes que actuar de manera diferente.

Era muy fácil decirlo, otra cosa era llevarlo a la práctica. Sobre todo porque él no me estaba ayudando en lo más mínimo.

Ni lo hizo ese día ni los siguientes.

La primera vez fue esa misma mañana, cuando el salón se quedó vacío y se despidió de mí. Lo hizo pegándose a su cuerpo y besándome como si no hubiese un mañana. Terminé arrebolada y me dejó allí, temblando.

Me pasé todo el día pensando en ese beso.

Y cuando me acompañó esa noche a la habitación, un simple y rápido beso en la frente y un “Que descanses”. Me tumbé en la cama, frustrada por el torbellino de sensaciones.

A la mañana siguiente ni siquiera lo vi, había ido de caza. Y me enfurecí conmigo misma al sentirme decepcionada por ello. Ya tenía esa necesidad de verlo y no era bueno para mí.

Pero esa tarde, cuando estaba paseando por el jardín, alguien tiró de mí y solo cuando sus labios se posaron sobre los míos antes de que me diese tiempo a gritar y me di cuenta de que era él, suspiré aliviada y me abandoné al momento. Me dejé llevar por las sensaciones de ese beso.

—Calem... —había suspirado entre sus labios.

—No sabes cuánto te deseo —mordió mi labio inferior y se marchó de allí, dejándome, de nuevo, temblando.

Maldito idiota.

Y la siguiente vez fue esa misma mañana. Me desperté con sus besos en mi cuello y notaba su excitación en el trasero.

—Esto no está bien —había suspirado yo, abandonada, sin remedio, a él.

—Entre nosotros siempre estará bien —dijo con seguridad.

Su mano volvió a tocar mi sexo y me hizo romperme, de nuevo, en mil pedazos.

—Dios... —suspiré, temblando.

—Será mil veces mejor cuando vengas a mí —otro beso en el cuello y se levantó de la cama. Me giré y lo miré.

—Calem...

—Tu cuerpo es mío, Aileen. Y no hay nada malo en ello —dijo antes de marcharse.

Era un maldito idiota, no podía hacerme algo así. Sabía, muy bien, que ya no era suficiente. Que necesitaba más.

Esa noche no podía dejar de pensar en él y en esos momentos que habíamos pasado juntos. Cerraba los ojos y volvía a revivir las sensaciones.

Y quería más...

Daba vueltas en la cama, frustrada porque había logrado lo que quería. Iba a tenerme. Aunque no del todo.

Me abrigué y bajé. Entonces fui cuando lo vi dormido en una de esos viejos sillones. Fruncí el ceño, ¿por qué estaba ahí?

La respuesta era evidente y, hasta el momento, yo ni siquiera me había dado cuenta de ello.

—Aileen... —abrió los ojos y me miró, extrañado.

—¿Es tu cama donde duermo? —estaba frente a él, con los brazos cruzados.

—Sí —dijo tranquilamente—. ¿Estás incómoda allí?

—¿Desde que vine duermes aquí?

—Sí.

Asentí, entendiéndolo. Ni siquiera había pensado en ello y me sentí un poco culpable.

—¿Qué haces aquí? ¿No puedes dormir?

—¿No se te ha ocurrido pensar que intentaba escapar?

—No —dijo con firmeza—. Te di mi confianza, no me traicionarías.

Tragué saliva ante esa frase tan segura y tuve ganas de llorar.

Unos desconocidos que me habían raptado me trataban mejor que mi propio hermano. Allí me había sentido más valorada que nunca.

—Ven aquí —cogió mi mano, tiró de mí y caí sobre él. Me acomodó sobre sus piernas y dejé caer mi cabeza en su hombro, necesitando, como tantas otras veces, el cariño de alguien—. Descansa, yo cuido de ti —dijo como si supiese qué era lo que yo necesitaba.

Dejé que un par de lágrimas salieran de mis ojos y me acomodé mejor, disfrutando del abrazo. No me importaba si estaba bien o mal lo que hacía, necesitaba ese momento.

—Fue Kenneth —dije un momento más tarde. Él tardó en entenderlo, pero al notar cómo su cuerpo se puso en tensión, supe que lo hizo—. Cuando me enteré del matrimonio forzado de Kylie, fui a pedirle explicaciones. La vara, como algunas otras veces, fue la respuesta a mi insolencia —lloré y él no decía nada, solo acariciaba mi pelo—. Lo odio y entiendo que tú lo hagas. Pero mi hermana no es como él, yo... Yo siempre quise ayudarla.

—Tuvo suerte de tenerte.

—Solo quería verla feliz. Siempre... Odio verla enfermar, débil...

—Y tú fuiste fuerte por las dos —dijo con seguridad.

—No lo sé, pero lo intenté —la sinceridad en mi voz—. Yo no soy ella, Calem. Ella es dulce, preciosa, perfecta y yo...

—No sigas por ahí, Aileen —me advirtió, callándome.

—Ayúdame —susurré.

—¿Cómo?

—Hazme sentir que también puedes verme a mí.

Volvió la tensión a su cuerpo y después de un sonoro suspiro, me hizo levantarme. Sin decir nada, me llevó hasta el dormitorio y me dejó delante de la cama, con él frente a mí.

Levantó una mano y acarició mi rostro. Cerré los ojos, disfrutando de su caricia. Sus labios rozaron los míos, lentamente, con dulzura. Con su otra mano alrededor de mi cintura, me pegó a él.

—¿Lo notas? —preguntó, lo miré— ¿Notas cómo te deseo? —tragué saliva y asentí con la cabeza al sentir su erección— Es por ti, Aileen. No hay nadie más en mi mente cuando estás conmigo. Maldita sea, ni siquiera he pensado en nadie más desde que llegaste aquí —dijo con fiereza.

Un par de lágrimas volvieron a rodar por mis mejillas.

—Calem —suspiré.

—Ni siquiera es por mi venganza. Te he deseado desde el primer momento, Aileen. Como lo haría cada hombre con sangre en las venas. ¿Qué tienes en la cabeza para no verlo? —rugió, enfadado.

—Yo no soy...

—Tú no tienes que ser nadie. Solo tu —me interrumpió—. Una pelirroja hermosa, con unos ojos hechizantes y unos labios que me encanta besar —y lo hizo, para demostrármelo—. Y tu cuerpo... Dios, eres el pecado en persona —gimió, agarrando mis nalgas y haciéndome gritar por la sorpresa—. Yo y cualquiera mataría por tenerte entre sus brazos. Como yo mataría a cualquiera que intentase tocarte. Porque serás mía, solo mía, mi amor —sonaba a que no tenía ninguna duda y quizás tenía razón.

Era suya.

No solo mi cuerpo le pertenecía, sino también mi corazón.

Me quedé sin aliento al darme cuenta de que me había enamorado de ese hombre. Un hombre que me usaría. Y aunque sabía que me deseaba, no me amaba.

Maldita fuera mi suerte.

—Ámame —el aire atascado en mi garganta por la emoción—. Hazme tuya —rectifiqué, dándome cuenta de mi error.

—¿Estás segura?

¿Lo estaba?

Quizás no, pero era lo que quería en ese momento. Nunca accedería a casarme sin amor y él no lo sentía por mí. Pero quería pertenecerle de algún modo porque él ya se había adueñado de mi corazón.

—Pero esto no cambiará nada —le advertí.

Él me miró fijamente a los ojos y cuando habló, lo hizo con tal seguridad que me dejó sin aliento.

—Te equivocas, cariño. Lo cambiará todo.

Y tapó mi protesta con su boca, haciéndome olvidar todo y solo haciéndome sentir el deseo que había entre los dos.

Me quitó la ropa lentamente, dejándola caer al suelo y me tumbó en la cama. Con su pecho descubierto, se arrodilló entre mis piernas y me observó mientras su mano acariciaba mi vientre.

Quise taparme, pero cogió mis manos y negó con la cabeza.

—No —dijo fervientemente.

—Pero...

—No tienes que avergonzarte conmigo.

Continuó acariciando mi vientre, en silencio...

—No sé qué te han hecho o qué te han dicho para que no te veas como eres realmente, Aileen — estaba como ensimismado y yo muriendo por la vergüenza—. Pero te aseguro que borraré todo eso.

Levantó los ojos hasta mí y yo me quedé sin respirar en ese momento.

Estaba ahí, tan perfecto...

Con su torso desnudo, musculoso, que podría mirar durante horas. Levanté una de mis manos, ansiando tocarlo. Él, entendiéndome, se tumbó sobre mí y suspiré al sentir el roce de su cuerpo.

—¿Puedo tocarte? —me atreví a preguntar, sin saber si sería adecuado.

Él sonrió y acarició mi rostro.

—Siéntete libre conmigo.

Me mordí el labio para no llorar, eso era lo que me unía a él, el poder ser yo, sin miedos.

Con mis manos, acaricié tímidamente su espalda y disfruté de la sensación de rozar sus músculos, su piel...

Tenía cicatrices en todo su cuerpo, había luchado duras batallas y ahora estaba ahí, tratándome con una delicadeza que nunca imaginé.

Volvió a besarme y esa vez se me olvidó todo. No existía nada en el mundo, solo ese momento entre él y yo.

Sus manos acariciando mi cuerpo, como si lo reverenciara. Sus labios bajando por mi cuello, deteniéndose en mis pechos.

Me arqueé cuando su lengua los rozó. Delicado, reverente...

Su mano acariciando mi muslo hasta detenerse donde tanto lo necesitaba. Sin avisar, metió un dedo en mi interior. Elevé mis caderas, pidiéndole más de lo que sabía que iba a darme.

—Esta vez será diferente, esta vez sí serás mía por completo —juró tras deshacerse de su kilt y tumbarse sobre mi cuerpo.

Noté cómo su miembro me rozaba, intentando entrar en mí.

—Te dolerá un poco, pero...

—Lo sé —no era una damisela tonta—. Solo la primera vez.

Él sonrió.

—¿Cuánto más sabes, Aileen?

—Poco —le aseguré, haciéndole reír—. La curiosidad...

—Desde ahora no te hará falta espiar —dijo bromista—. Estoy para satisfacerte y créeme, no tengo intención de dejar de hacerlo.

—¿Nunca?

Me maldije a mí misma por preguntar eso. Nosotros no tendríamos un futuro, él no me amaba. Además, conocía de sobra cómo se comportaba un hombre. Siempre buscando en otros lugares.

Él se quedó quieto y me miró fijamente.

—Nunca. Como nunca habrá nadie más. No quiero a nadie más en mis brazos —dijo con firmeza—. Te deseo a ti.

Me deseaba, pero no era amor.

Aún así, yo quería darme por completo a él. Quería sentirme suya en ese sentido porque aunque no estuviéramos juntos, solo existiría él para mí.

Un beso más apasionado esa vez y, poco a poco, entró en mí. Paró y me hizo mirarlo a los ojos.

—¿Preparada?

Asentí con la cabeza y entró con un fuerte movimiento. Sentí un poco de dolor, pero se podía soportar. Se quedó quieto y dejó soltar el aire que estaba conteniendo.

—Estoy bien —le aseguré al ver la preocupación en esos bonitos ojos.

Entonces toda la consideración desapareció y vi al amante apasionado de los días anteriores. El que me llevaba al límite, quien me hacía querer más y más...

Hasta que me hizo caer por el precipicio, de nuevo.

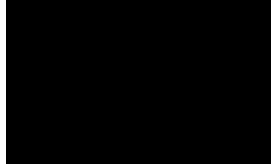
—Maldición —juró tras un par de movimientos más, con su cuerpo rígido, llegando también a culminar. Lo sentí dentro de mí. Salió lentamente y se tumbó sobre su espalda, llevándome con él—. Eres mía, Aileen. Y juro por Dios que no dejaré que eso cambie.

Suspiré, no le dije nada. No era el momento para discutir sobre lo mismo. Tenía razón, era suya. Pero nunca nos uniría un matrimonio. Yo no iba a ceder en eso.

Cerré los ojos y me abracé con fuerza a él, disfrutando de la calidez de su cuerpo. Nos tapó a ambos y me besó en la cabeza.

No me arrepentía de lo que había hecho y no me arrepentiría nunca.

Capítulo 17



Hacía tiempo que no descansaba así. Abrí los ojos y ella seguía allí, a mi lado. Estaba boca abajo en la cama, su cara mirando hacia mí, tapada por el pelo. Alargué la mano y despejé su rostro.

Ella suspiró. Estaba tranquila, relajada...

La noche anterior no solo fue la primera para ella, también para mí. Porque jamás me había sentido así con una mujer. Con Aileen no era solo sexo, había una conexión entre los dos muy fuerte. Yo me había encargado de que así fuera, pero nunca imaginé que me sorprendería hasta a mí mismo.

Por fin era mía.

Por fin lo había conseguido, el matrimonio no era ya más que un mero trámite. Y mi venganza comenzaría.

Pero no era eso lo que me llenaba en ese momento. Había sido ella. Su confianza en mí. Su deseo... El mismo que yo sentía por ella.

No sabía qué me ocurría con esa mujer, pero sí tenía muy claro que no dejaría que la separasen de mi lado.

Tenía que convencerla pronto y convertirla en mi esposa. Ella sería siempre leal a mí, creía en eso.

La noche anterior, escucharla hablar sobre el daño que había sufrido me partió el corazón. No merecía eso. Nadie, pero ella mucho menos. Y por todo lo que debía de haber pasado que aún no me había contado entendía por qué nunca había sentido miedo conmigo.

Ella sabía que nunca, jamás, la lastimaría.

Me mataría antes de hacer algo así.

Me fijé en su espalda y apreté la mandíbula. Maldito desgraciado... Le rebanaría el cuello y lo descuartizaría. Por mi clan, por mi padre y por ella.

—Supongo que no es agradable ver algo así.

Su voz, adormilada y avergonzada.

La miré a los ojos y acaricié su rostro. Estaba triste, suponía, porque algo la conocía ya. Temía mi reacción. ¿Qué esperaba? ¿Asco? ¿Disgusto? ¿Rechazo?

Ay, señor...

—No lo es —afirmé—. Pero no por las razones que tienes en esa cabecita. Lo mataré, Aileen —juré—. Pero esas cicatrices no me hacen desearte menos. Solo admirarte más.

—No mientas.

—No lo hago. Yo también estoy lleno de taras —le recordé.

—No es lo mismo —suspiró.

—Deja todos esos miedos a un lado —cogí su mano y la hice tocar mi erección, gimiendo por el contacto—. Esto es lo que provocas en mí y no va a cambiar.

Ella, con los ojos chispeantes, sonrió con picardía cuando apretó su mano y un gruñido salió de mi garganta.

—¿Entonces puedo probar cuanto quiera?

—Depende —mi voz estrangulada, si continuaba experimentando así, no iba a poder llegar hasta el final.

—¿Depende de qué, mi señor?

La cogí y la coloqué sobre mi cuerpo.

—De lo excitado que me tengas.

—¿Y eso en qué afecta? —mi miembro ya estaba buscando entrar en ella. Acomodé mi erección y la hice bajar poco a poco.

—Si me tienes como ahora —gemí cuando ella subió y volvió a bajar—, no podrás jugar mucho. Porque no aguantaré.

Hice bajar su boca sobre la mía y la devoré. Con la otra mano en su cadera, comencé a marcarle el ritmo a seguir. Lento, para disfrutarla al máximo.

Pero Aileen tenía otros planes.

Comenzó a moverse a un ritmo más rápido, disfrutando de la sensación de tener el control. Estaba a punto de derramarme de nuevo en ella si seguía así.

—Aileen, por Dios, espera...

Pero ella no escuchaba, ella aceleró aún más los movimientos, buscando su satisfacción. Metí una mano entre los dos y toqué su clítoris, ayudándola, provocándole ese orgasmo que tanto quería y, solo entonces, me dejé llevar, llenándola de mí, sintiéndome, de nuevo, parte de ella.

—Me quedaría todo el día aquí, pero tengo cosas que hacer —suspiré momentos después, si me quedaba mucho a su lado, volvería a hacerla mía.

A ese paso no saldríamos nunca de esa cama.

—Yo bajo en un momento —sonrió.

Me levanté y me vestí. No pude evitar acercarme a ella de nuevo y darle un beso que si no llego a terminar a tiempo, hubiese acabado mal.

—No tardes —gruñí separándome de ella.

Soltó una risita y se tapó de nuevo. La miré con las cejas enarcadas.

—No voy a dormir, ahora bajo —rio.

Con una sonrisa, me marché de allí. Llegué al comedor y me senté. Iver y algunos hombres ya estaban allí.

—Buenos días —saludé a mi hermano.

No decía nada, así que terminé mirándolo, me observaba con el ceño fruncido.

—¿Y por qué tan buenos? —preguntó.

—¿Por qué no debían de serlos? —evadí la pregunta con otra pregunta.

—Entiendo...

—¿Qué es lo que entiendes?

—Pues lo que se supone que debo de entender.

—No creo que debas entender nada, salvo que te di los buenos días —resoplé, siempre poniendo

a prueba mi paciencia.

—Ya veo...

—¿Qué ves, por el amor de Dios?

En ese momento oí un coro de “Buenos días, señora” y mi mirada cayó rápidamente sobre Aileen. Entraba en el salón, sonriendo y saludando a todos, uno por uno.

Yo sabía que era evidente para todos lo que había ocurrido entre esa mujer y yo, lo llevaba grabado a fuego en la cara.

—Pues eso, lo que tenía que ver —rio mi hermano.

Puse los ojos en blanco.

Me levanté y retiré la silla para que Aileen se sentase. Tomé asiento mientras miraba cómo mi hermano se quedaba, en ese momento, observándola fijamente a ella.

—¿Qué buscas que ver ahí? —resoplé.

Iver y Aileen me miraron, ella sin entender. Mi hermano con una pícaro sonrisa en sus labios.

—Lo que necesitaba confirmar. Y sí, había visto bien.

—Buenos días, Iver.

—Buenos días, milady —sonrió él—. Lucís... Radiante esta mañana.

—Sí —Aileen se puso del color de la grana—. Necesitaba descansar y lo hice.

Sobre todo descansar, pensé.

—Descansar siempre viene bien, sí. Es bueno para... —lo iba a matar y él se dio cuenta— Para la piel y para el corazón o eso dicen por ahí.

—Ah... —Aileen me miró— ¿Está bien? —me preguntó, refiriéndose a Iver.

—De pequeño se cayó de un caballo, como te ocurrió a ti. Lo diferente de las dos historias es que él se golpeó en la cabeza y así quedó —suspiré—. Una pena.

Iver soltó una carcajada.

—¿El mismo caballo que te golpeó a ti en los...? Ya me callo —resopló cuando se encontró con mi mirada asesina.

—¿Te golpeó un caballo en...? —los ojos de Aileen se abrieron de par en par, asustada y la carcajada de Iver se escuchó en todo el castillo.

—Ay, señor —suspiré—. ¡Pues claro que no!

—Ah, menos mal. Tampoco había notado nada extraño.

Me atraganté con lo que estaba bebiendo. Y Iver también. Tosimos hasta que pudimos respirar con normalidad. Yo intentando mantener en secreto lo que había ocurrido entre ella y yo por su pudor, por muy evidente que fuera y resultaba que ella, delante de mi hermano, no tenía filtro.

Fruncí el ceño cuando el comentario tomó sentido en mi mente.

—He demostrado que no tenías con quién compararme.

—Por lo que vi —explicó ella.

—¿Has visto...?

—No preguntes, Iver. Créeme, no lo hagas.

—Tampoco es malo hablar de ello. No entiendo por qué siempre se cuchichea, si son cosas normales —resopló ella, dejándonos a los dos, de nuevo, con la boca abierta.

Mi hermano, recompuesto, soltó una carcajada.

—Me encanta esta mujer —rio—. Serás una digna señora de los Donald.

Ella carraspeó, intentando evitar ese tema. Pensaba que no me daba cuenta, pero no era así. Otra cosa era que yo no tomara en cuenta lo que ella tuviera en mente.

La había hecho mía. Sería mi mujer. Sería la madre de mis hijos y la señora del clan cuando recuperase todo, le gustara o no.

Podría estar embarazada ya, santo Dios...

Debería haber sentido un ataque de pánico al pensar en algo así, pero fue al contrario. Una tonta sonrisa se formó en mis labios. Tenía que conseguir mis tierras pronto. Quería allí a Aileen y a una docena de bebés revolucionándolo todo.

En definitiva, en pocos días conseguiría lo que me faltaba. Y llevaría a cabo mi venganza.

El día fue un completo caos. Tenía que actuar con celeridad, no teníamos demasiado tiempo. Había conseguido, finalmente, más apoyo del que imaginé. Así que cuando llegara el momento de

enfrentarme al desgraciado de Kenneth Campbell, ganaría, de eso no tenía duda.

Pero antes de todo me quedaba un matrimonio por llevar a cabo y conseguir, ya vería cómo Aileen podría ayudarme a eso, las pruebas que necesitaba para eximirme ante el rey.

No tenía dudas de que Aileen me ayudaría a conseguirlas, haciendo lo que hiciera falta.

Cuando llegué esa noche al castillo, ya todos estaban acostados. Venía de hablar con un nuevo aliado más que tenía cerca como para regresar en el mismo día.

Entré en mi habitación y sonreí al ver a Aileen dormida y maldición, ya me había excitado. Tenía un problema con esa mujer...

Me desnudé y me metí bajo los cobertores. La pegué a mi cuerpo y gemí al apretar mi erección contra su trasero.

—Calem —suspiró.

—Hola, cariño —besé su cuello y levanté su camisón, deseando sentir su piel—. Te eché de menos.

—Yo también —un gemido ronco salió de su garganta cuando cogí uno de sus pechos—. Dios...

Bajé la mano y toqué su sexo. Sonreí, no necesitaba mucho para excitarla, siempre estaba lista para mí.

Me coloqué para que mi miembro pudiera penetrarla desde atrás y maldita sea, se sentía perfecto.

—Tenía tantas ganas de ti... —mordí su cuello y la hice girar la cabeza para besar esos perfectos labios.

Si algo aprendí en ese día que pasé fuera es que me costaba separarme de ella. Aileen tenía un lugar muy importante en mí.

La quería siempre cerca.

La hice mía lentamente, disfrutando, sintiendo su calor envolviéndome. Sus gemidos y lo desinhibida que se comportaba era un regalo para mí. Tenía que conseguir recuperar todo pronto.

Ella merecía tener el mundo a sus pies.

—Calem, por favor...

—¿Qué quieres, mi amor?

—A ti...

La embestí con más fuerza y la hice gritar.

—Ya me tienes —gruñí, excitado y entrando en ella más y más rápido. Más y más fuerte, hasta que el orgasmo le llegó y me apretó desde dentro, haciendo que la llenase de mí.

Salí de ella y me dejé caer de espaldas, completamente satisfecho. La miré mientras se giraba y sonreí al ver sus somnolientos ojos. No tardé en acercarla más a mí y en besarla como había pensado cada minuto de ese día.

—¿Cómo te fue? —le había explicado antes de marcharme adónde iba.

—Bien, me apoyan —sonrió y acaricié su rostro.

—Es justicia —dijo con firmeza.

Suspiré, había meditado mucho en el camino sobre lo que podría sufrir ella con todo aquello. Era algo que no quería.

—Tu hermana está fuera de todo esto, Aileen. No es contra ella mi venganza.

—Lo sé. Y entiendo tus razones. Si hay algo que yo pueda hacer, Calem... Mi hermano nunca tendrá mi fidelidad.

Ahí tenía lo que tanto había esperado y aunque imaginé que actuaría así, escucharla me hizo sentir un inmenso orgullo.

—Necesito pruebas contra tu hermano. Necesito demostrar ante el rey que todo fue una trampa. Tengo hombres infiltrados allí, muchos del clan Donald que le juraron lealtad a Kenneth.

—Lo imaginé. Pero pruebas... No sé cómo podrás demostrar algo así. Ni siquiera sé qué estás buscando.

—El Rey no solo confió en su palabra, Jacobo no es tan estúpido. Por lo que sé, me acusó mostrando unas supuestas cartas escritas por mí en las que preparo una traición a la corona —resoplé—. Mis hombres no han logrado encontrar prueba alguna en Finlaggan, pero tienen que estar en algún lado. Algo tiene que haber que inculpe a Kenneth.

—Es bastante minucioso para eso, como no consigas una confesión...

—Eso será imposible. De todas formas el ataque seguirá adelante. Lo derrotaré en el campo de batalla con esas cartas o sin ellas. Y entonces, si no he conseguido las pruebas que necesito, apelaré al rey y esperaré justicia. Se me acusó de traición sin ni siquiera oírme —dije con rabia—. Cuando yo había accedido a una tregua con tu clan. Fuimos atacados en nuestra propia casa y

el can Campbell no ha sufrido la furia del Rey.

—No es justo.

—No, no lo es —suspiré—. Pero conseguiré demostrar mi inocencia y recuperar todo lo que es mío.

—Debemos de pensar en cómo hacerlo.

—¿Significa que cuento contigo?

—Sabes que sí —sonrió—. Si hace falta que vaya a buscarlas...

No iba a negar que esa posibilidad estuvo en mi mente, pero tras tener a Aileen entre mis brazos... No permitiría que nada le ocurriese. De ahí que estuviera pensando en otra manera de hacerlo. Alguna pista, algo tenía que saber ella aunque no lo supiese. Y con eso, mis hombres infiltrados encontrarían lo que querían.

-No -negué rápidamente-. Gracias por tu apoyo.

-Aunque no acepte tu proposición de matrimonio, mi fidelidad será siempre hacia ti.

Puse los ojos en blanco, ya estábamos con lo mismo.

—Nos vamos a casar, Aileen. No tienes más remedio —y aunque ella no lo supiera, el enlace se llevaría a cabo al día siguiente. Se encontraría sin tiempo a negarse cuando apareciera en la improvisada capilla que iba a preparar.

—No lo haré —testaruda.

—¿Tan malo sería ser mi esposa?

—No es eso —suspiró—. Yo espero otras cosas del matrimonio, Calem y tú no me las puedes dar.

Me quedé pensando un momento, ¿a qué se refería?

—Sé que no puedo ofrecerte mucho por ahora, Aileen. Pero en poco tiempo pondré el mundo a tus pies.

Ella negó con la cabeza y, colocándose el camisón, se levantó de la cama. Con los brazos cruzados, se apoyó en la ventana.

—Un matrimonio es mucho más que esto, Calem. Es mucho más que lo que tenemos nosotros —me acerqué a ella, desnudo y la abracé por detrás. Besé su cuello y suspiré, dejando caer mi cabeza en su hombro.

—Te he dado todo de mí. Te daré el mundo si lo quieres. Si eso no es suficiente, Aileen, ¿qué más necesitas de mí? Dímelo y lo tendrás, porque no voy a descansar hasta convertirte en mi mujer.

—¿Para qué? —se giró y me miró a los ojos.

—Una de las razones es porque puedes estar embarazada, ¿o no habías pensado en eso? —fruncí el ceño.

—Sí, lo sé —dijo con tranquilidad—. Pero no es un motivo válido para mí.

No sabía si abrir la boca por la sorpresa o zarandearla para que lo entendiera.

—Te rapté, Aileen. Ya, con eso, tu reputación está manchada. Embarazada o no, serás señalada siempre.

-No es algo que me importe.

-Sabías eso cuando te hice mía -la ignoré-. ¿Y me vas a decir ahora que no te importa? ¿Vas a seguir negándote a casarte conmigo por una cabezonería tuya?

—¿Una cabezonería?

-Eso es lo que es -sentenció.

-¿Es una cabezonería tu venganza, Calem? —preguntó, enfadada.

—Sabes que no.

—Lo mío tampoco.

-Déjame dudarlo -resoplé.

-Y sí, sabía muy bien lo que hacía cuando te pedí que me hicieras tuya. Conocía muy bien las consecuencias de mis actos y tomé esa decisión sabiendo que no me casaría contigo. Porque no me casaré contigo ni con nadie que me lo imponga.

-Aileen...

-¡No me casaré si no lo elijo yo!

¿Así que era por eso?

—¿De eso trata todo? Por el amor de Dios, Aileen. Ya me elegiste al ocupar mi cama, no digas estupideces.

Ella sentía algo por mí, no habría terminado en mi cama si no era así. Deseo había, mínimo. ¿No era suficiente?

—Hombre de neandertal —resopló—. Me raptaste para que me casara contigo. Bueno, eso lo elegiste después porque tu plan era para con mi hermana. Me sedujiste para el mismo fin y sí, sé que me deseas, pero no enmascaras todo esto como algo que deseas hacer.

-Quiero hacerlo.

-Todo forma parte del maldito plan y aunque yo te haya jurado fidelidad, no me convertiré en una esposa forzada.

—Aileen... —la agarré del brazo para que no se marchase.

—No lo haré, Calem.

-¿Adónde crees que vas? -gruñí.

-Estoy cansada de que todos crean que pueden manejar mi vida. Me casaré cuando quiera y con quien quiera.

-Te casarás conmigo.

-No lo haré. No por una obligación moral. No porque pueda estar embarazada. ¡Ni siquiera si lo estuviera! —gritó.

—No puedes estar hablando en serio.

—Hablo muy en serio, créeme —bufó.

—¿Entonces qué es lo que quieres, Aileen?

-Déjame.

- ¿Que te trate como a una amante? -continué.

—¿Por qué no?

-No sabes lo que dices -resoplé.

-Eso sería incluso sería mejor para tu venganza.

-No sigas -le advertí, enfadado.

-La hermana de Kenneth Campbell deshonrada por Calem Donald.

-Aileen... -la furia en mi voz por hablar de lo que había ocurrido entre nosotros de esa manera.

-Y cuando le arrebatas todo -continuó, ignorando mi advertencia-, todo lo que te pertenece y termines con él, ¿para qué demonios serviré yo?

Apreté la mandíbula. Ella no estaba pensando con claridad.

¿Que para qué la quería? ¿Es que aún no lo había entendido?

—Porque te quiero en mi vida, maldita sea —rugí.

—¿Por qué, Calem?

—Aileen, sabes de más...

—¿Por qué? Vamos, dímelo. Porque me deseas. Porque me quieres en tu cama.

—No es solo eso —dije con rapidez.

—Entonces dime por qué —elevó las manos a la altura de sus caderas.

Porque había algo más entre ella y yo. Porque era la mujer que quería toda la vida cerca. Porque me divertía. Porque me gustaba. Porque quería verla feliz.

Demonios, porque la necesitaba para poder seguir viviendo.

Sus brazos cayeron y un largo suspiro escapó de sus labios.

—No hay razón ninguna, Calem —limpió una lágrima que cayó por su mejilla—. La única verdad es que cuando recuperes todo lo que te pertenece, yo te sobraré. Y lo sabes.

-Eso no...

-Ni siquiera he intentado nunca evitar tu venganza contra mi propio hermano -me interrumpió-. Al menos honra la lealtad que te di y sé sincero. Conmigo y contigo mismo.

-Lo soy, te quiero en mi vida.

-No es así -suspiró entre lágrimas-. Solo fui el segundo plato, un error. Después un medio para conseguir un fin y ahora... Solo deseo, Calem. Deseo porque vives apartado del mundo, pero eso pronto cambiará.

-No lo hará.

-Lo haré. Y yo seré nadie para ti—sentenció. cogió el vestido, se lo puso rápidamente y salió corriendo del dormitorio.

Me dejé caer en la cama y me pasé las manos por el pelo, frustrado.

No era así, ella no era prescindible para mí.

Cuando me dijo eso, sentí cómo si me hubiese dado una patada en el estómago. Estaba equivocada.

Me vestí y salí en su búsqueda. La encontré fuera, sentada en los escalones de la entrada al castillo y mirando al cielo.

Me quedé ahí, en silencio, mirándola.

No era la primera vez que hacía algo así, no era la primera vez que pasaba el tiempo observándola. Me gustaba hacerlo. Me gustaba mirar su perfil cuando hacía algo o en momentos como ese, cuando estaba pensativa y no se daba cuenta de que la observaba.

Me gustaba verla sonreír. Me gustaba ver su cara de satisfacción cuando hacía algo que le gustaba, como cuando estaba en esa cocina o cuando decoró, poco a poco, la casa.

Y no quería dejar de verla nunca.

No quería perderme momentos así de ella.

Sí, fue un error. No era a ella a quien quise desde el principio, pero la quise desde el primer momento en que la vi.

La deseé como lo hacía en ese instante. Y no era solo eso lo que había entre nosotros.

No importaba si yo lo forcé o no. Conseguí su confianza y le había dado la mía. El vínculo que nos unía no era solo en los momentos en la cama, aunque no podía negar la gran unión que había entre nosotros cada vez que la hacía mía.

Aileen era...

Aileen era la mujer que quería tener cerca hasta mi último aliento y quisiera ella o no, al día siguiente se convertiría en mi esposa.

Ya no era un tema de venganza, lo que había entre ella y yo no tenía nada que ver con eso. Era la mujer perfecta para mí. Era la mujer perfecta para convertirse en la esposa del Laird Calem Donald. Sería la madre perfecta para criar a nuestros hijos.

Era la única mujer que yo quería y no iba a perderla.

Porque me había enamorado de esa mujer.

Reconocerlo me dejó sin aliento. Haberlo entendido tan tarde me hizo sentir estúpido. Pero ya era hora de reconocer la verdad.

Amaba a esa mujer.

Podía enmascararlo como quisiera, la verdad era esa. ¿Cómo no lo había visto antes?

Quizás porque nunca antes había sentido algo así por nadie.

Lo que podía haber soñado al conocer a Kylie no era nada, solo una ilusión. Era con Aileen con quien quería todo eso y más.

Toda una vida.

Me quedé allí y esperé hasta que la vi medio dormida, apoyada en la pared.

La cogí en brazos e ignorando sus somnolientas protestas, la llevé hasta la habitación y la acosté, tapándola con los cobertores.

Me acerqué a ella y le di un beso en la frente.

Adoraba el contacto con su piel. Adoraba besarla, hacerla mía... Porque esa mujer se había convertido en todo lo que quería en la vida.

—Te casarás conmigo, Aileen—juré antes de dejarla allí, sola, descansando.

Esa vez fui yo quien salió fuera. Necesitaba aire.

¿Cómo no me había dado cuenta antes? Como decía Iver, todo era evidente. Pero yo era demasiado estúpido, al parecer.

Al día siguiente se oficiaría la ceremonia. Y allí, delante de todos, antes de que ella saliese corriendo, le diría lo que sentía por ella.

Le diría que la amaba.

Y rezaba porque entonces sí quisiese permanecer toda la vida a mi lado.

Porque era lo único que yo deseaba en el mundo.

A Aileen Campbell.

Capítulo 18



—¿Huyendo, Aileen?

Me sobresaltó la voz de Iver.

Aún no había amanecido y yo había conseguido salir de la casa sin ser vista. Después de lo que ocurrió la noche anterior con Calem, cuando me dejó en la cama y se marchó, me quedé pensando.

Y sabía, exactamente, qué era lo que tenía que hacer.

—¿Adónde vas? —preguntó de nuevo.

Me enfrenté a él y lo miré a los ojos.

—¿Me lo vas a impedir? —levanté mi barbilla, altanera.

Él me observó unos segundos, perspicaz. Era tan parecido a su hermano y, a la vez, tan diferente...

Negó con la cabeza, su expresión triste.

—Pensé que... Maldita sea, me engañaste hasta a mí.

Apreté los labios e intenté que mi rostro no mostrase cuánto me dolía eso.

—Tengo que marcharme.

—Lo vas a destrozar. Lo sabes, ¿verdad?

—Para él no soy más que... Nada, no soy nada —me dolía, pero era así.

—¿Eso es lo que crees?

—Esa es la verdad —sentencié.

Continué preparando al caballo y recé para que todo saliera como quería.

—Ha confiado en ti y le vas a clavar un puñal por la espalda.

—También lo vas a hacer tú —escupí— si no me detienes.

—¿Detenerte? —negó, de nuevo, con la cabeza— Prefiero que sufra ahora a que lo haga después.

—Entonces déjame marchar.

—No pensaba impedírtelo, Aileen. Pero déjame decirte algo...

—¿Qué?

—Te equivocas.

—¿En qué?

—Por desgracia, te convertiste en todo para él.

Limpié la lágrima que cayó por mi mejilla.

—Tiene que luchar por su clan. Tú también tienes que hacerlo.

—¿Y tú? Porque para nosotros eras ya parte de nuestro clan.

—Yo valgo más lejos, Iver —no podía decirle más.

—¿De qué demonios estás hablando?

Me subí al caballo y suspiré. No podía llorar, no en ese momento.

—Dile que sea feliz.

—No te deseo lo mismo —escupió.

—Pero yo a vosotros sí.

—Te deseo dolor, Aileen. Ojalá sufras más de lo que lo harás sufrir a él.

Limpié mis lágrimas cuando me dijo eso. Me dolía no poder defenderme porque estaba ahí, ante sus ojos, huyendo de Calem.

No podía ni hablar, tenía un nudo en el estómago. Cogí las riendas del caballo para salir de allí, pero Iver me lo impidió.

—Le matarás con esto.

—Sobrevivirá.

—Juro por Dios que espero verte sufrir cada día de tu vida, Aileen. No mereces nada de todo lo que él quería darte.

—¿Y qué me ha dado?

—Más que tú a él, seguro. Contigo ha tenido migajas al parecer. Y una traición mayor que la de tu hermano. Supongo que os viene en la sangre. Lo de clavar puñales a traición.

—Por algo somos Campbell.

—Ojalá y sufras —escupió—. Porque te juro por Dios que me vengaré.

—Merecerá la pena si la venganza viene desde Finlaggan Castle.

Tiré de las riendas y salí al galope. Dejando atrás ese lugar.

Las lágrimas enturbiaban mi visión, caían sin control y me dolía el pecho por lo que estaba haciendo. Pero no tenía más remedio que huir si quería ayudarlo.

Encontrarme con Iver casi termina con mi decisión de desaparecer a escondidas. Pero había demasiado en juego y aunque el odio que me había demostrado al pensar que abandonaba y que traicionaba a su hermano me dolía, lo entendía.

Yo, por mi hermana, habría actuado igual. Deseándole sufrimiento eterno a cualquier persona que la hiciese sufrir.

Iver era un hermano leal, Calem tenía mucha suerte de contar con él y estaba segura de que lo ayudaría en los próximos días.

De todas formas, también estaba equivocado. Yo no significaba tanto para su hermano como él pensaba. Yo era lo que era. Servía para lo que servía y nada más.

Me olvidaría pronto y cuando recuperase todo lo que le pertenecía y obtuviese la venganza que deseaba, ni se acordaría de mí.

Sollocé al pensar en eso. Dolía imaginar que le sería tan fácil olvidarse de mí. Pero así eran las cosas. Ya le llegaría la mujer que se ganase, de verdad, su corazón.

Pero esa no era yo.

Con todo el dolor de mi corazón, dejé ese lugar atrás. Dejé risas, confianza, cariño, amistad...

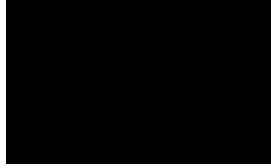
Dejé a personas que me habían tratado con cariño.

Y dejé a Calem. Dejé al hombre que amaba.

—No puedes parar ahora, Aileen —me dije, con rabia, a mí misma.

Tenía algo que hacer, tenía algo importante que conseguir. Y no podía perder más tiempo.

Capítulo 19



La vi marchar y maldije una decena de veces.

Estaba huyendo de Calem. Estaba huyendo de todos nosotros. Nos había traicionado y yo, como me prometí a mí mismo un día, no iba a impedirselo.

Había creído en ella y no podía perdonarme a mí mismo por haberme dejado engañar.

Creí ver algo entre ellos. Sabía, aunque mi hermano no me lo hubiera dicho nunca, que él la amaba. Desde el primer momento en que la vio, la marcó como suya, lo conocía bien...

Se había engañado a sí mismo, quizás, diciéndose que todo era deseo. Que también era por la venganza. En principio así fue, porque ni siquiera era la mujer que esperaba.

Pero las cosas cambiaron pronto. Esa protección, esos celos que sentía por ella y que yo alimenté en varias ocasiones no eran un teatro. Él no estaba actuando. Calem era incapaz de fingir así.

Mi hermano, para su desgracia, era un libro abierto para mí. Nunca había podido esconderme nada y no es porque no lo hubiese intentado. Por eso supe, desde el primer momento, que deseaba a esa mujer.

Como supe, poco después, que para él ella significaba mucho más.

Pero el muy idiota no se había dado cuenta. Y lo haría ahora, cuando ella ya se había marchado y nos había traicionado a todos. Y él con su enlace preparado para el día siguiente...

Era idiota. Hasta yo la creí.

Cómo lo miraba. Esa complicidad que había entre los dos. Había creído ver un vínculo ahí que parecí imaginar, al parecer.

Me dolía lo que nos estaba haciendo porque la había considerado, también, parte de nuestra familia. Y si me dolía a mí, ¿cómo se iba a sentir Calem? ¿Cómo podía sentirse un hombre enamorado al conocer la traición de la mujer que ama?

Destrozado.

Muerto en vida.

Odiando al mundo...

Caminé con lentitud hacia la casa, pensando en si despertarlo para contarle o no. Sabría, tarde o temprano, que yo la había visto marchar y que no se lo había impedido. Me odiaría por ello, pero terminaría entendiendo mis razones.

No podía retenerla, no cuando sabía que antes o después nos traicionaría. Mejor ahora que cuando el daño ya fuera irremediable. Y dudaba de si eso no sería ya así, porque lo que mi hermano sentía por ella podía ser más grande de lo que yo mismo podía imaginar.

Despertarlo y contarle lo haría salir rápidamente en su búsqueda y ¿para qué? ¿Para traerla de vuelta obligada? Terminaría odiándola por tenerla cerca y odiándose más a sí mismo porque, seguramente, no podría matar lo que sentía por ella con tanta facilidad.

Cerca o lejos, esa mujer iba a destrozarlo. El puñal ya se lo había clavado y ahora tendría que comenzar a sangrar.

“Para él no soy más que... Nada, no soy nada.”

Eso era una excusa barata.

Se lo hubiera dicho con palabras o no, Calem le había demostrado con hechos que ella significaba mucho para él. Así que no podía justificarse con semejante frase. Eso no justificaba su traición.

“Dile que sea feliz.”

No se podía ser más cínica en la vida. ¿Feliz? ¿Cuando era ella quien se estaba encargando de destrozarlo? A ella podía desearlo todo, menos eso.

No se merecía nada, tenía que haberle escupido en la cara.

No merecía una maldita lágrima de mi hermano, solo su odio y que su venganza se extendiera hacia ella. Pero no ocurriría así, Calem no era ese tipo de hombre.

Subí los escalones y entré en el castillo. Entré el en salón y suspiré. Un salón que ya no era el mismo. Un lugar que había mejorado ella. ¿Debería quitar las cosas antes de que él despertara? Porque sería una tortura para él, la haría recordarla cada día que nos quedaba aún ahí, aunque, por fortuna, ya no serían muchos.

Me dejé caer en el sillón y me pasé las manos por el pelo.

Maldita, nos había engañado a todos.

Pero tenía que dejar eso a un lado y pensar en Caleb. Él era quien me preocupaba. Sobre todo que las decisiones que tomase a partir de ese momento estuvieran empañadas por el dolor.

Era un buen líder, el mejor. Pero algo así podía enturbiarle la mente a cualquiera.

Reviví en mi cabeza la corta conversación que tuve con ella antes de que huyese. No lograba entender nada, ni siquiera me había dado una verdadera explicación.

Solo se quedó ahí, frente a mí. Desafiante. Con algunas lágrimas derramadas en un par de ocasiones y seguro que no eran más que su orgullo.

Resoplé y volví a maldecir.

Tenía que relajarme y mantener la cabeza fría. Por mucho que la odiase en ese momento, en lo que tenía que centrar toda mi energía era en no dejar caer a Caleb y en estar ahí por si necesitaba ayuda. Ya fuera hablar. O golpear. O... Simplemente acompañarlo en su silencio.

Tenía que ayudarlo a mantenerse centrado con la venganza que teníamos que llevar a cabo, porque no me perdonaría nunca, ni yo a mí mismo, si todo aquello no se conseguía por culpa de la traición de una mujer.

Apoyé la cabeza hacia atrás y suspiré, cerrando los ojos. Comenzaba a amanecer y pronto mi hermano estaría por ahí. Seguramente buscando a Aileen. Entonces sería yo quien le daría la noticia.

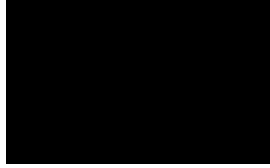
Odiaba verlo sufrir.

Y la odiaba a ella por lo que nos había hecho.

A la única conclusión a la que llegué en ese estado de frustración es que el amor era algo que quería bien lejos de mí. Huiría de él todos los días de mi vida.

Las mujeres para un rato. Y el amor, cuanto más lejos, mejor.

Capítulo 20



—Buenos días, Iver. ¿Has visto a Aileen?

Me había despertado hacía un buen rato y fui a buscarla, pero no estaba en la habitación. La noche anterior me costó dormir, terminé en el comedor, bebiendo y medio borracho en una silla.

No había podido olvidar lo que me dijo, aún me dolían las lágrimas que había derramado pensando que ella no significaba nada para mí.

Y yo no le había aclarado nada.

Pero era un día importante. Necesitaba verla antes de preparar el improvisado altar donde le hablaría sobre mis sentimientos y donde le rogaría, si era necesario, que se casase conmigo.

Amaba a esa mujer.

Sin quererlo, se había convertido en lo más valioso que tenía en el mundo. Ni recuperar mi clan y mis tierras me importaba tanto como ella.

Haría lo que hiciera falta por tenerla a mi lado.

—¿Iver? Te estoy hablando.

Estaba nervioso, más de lo que debería. Tenía miedo a su rechazo, como me daba miedo reconocer lo que sentía por ella.

Me había dicho que no aceptaría un matrimonio impuesto. Sabía, aunque no me lo dijese, que ella necesitaba más, mucho más...

Quería amor y por Dios que tenía que creerme cuando le dijese la verdad.

No era ninguna táctica, ninguna treta para conseguir nada. Era la verdad y mi único fin conseguirla a ella.

—No está.

—Sí, ya sé que no está. La busqué por toda la casa. ¿Sabes si salió a pasear? Debe ser eso.

—Calem... —suspiró mi hermano, agarrándome del brazo y parándome cuando iba hacia la puerta de entrada— Quiero decir que no está aquí.

—No entiendo...

Iver se pasó las manos por el pelo, frustrado. Me señaló el salón y, con el temor ya en mi cuerpo, caminé hasta allí. Me senté en el sillón y lo miré a los ojos.

—Habla, maldita sea.

—Primero respira...

—En el nombre de Dios, Iver, no me asustes —rugí—. ¿Dónde está Aileen?

—Pues ahora mismo no debe de andar muy lejos de Finlaggan Castle.

La frase se quedó como en el aire. Enarqué las cejas, no lo estaba entendiendo.

—¿Perdón? —necesitaba que me lo repitiera, porque no podía ser que...

—Se marchó.

—Se marchó a Finlaggan Castle.

—Sí —dijo con seguridad.

Estaba sentado frente a mí, pero en el borde de la silla, como si se preparase para salir corriendo. Y eso era, precisamente, lo que empecé a pensar yo cuando la frase comenzó a cobrar sentido en mi mente.

—¡¿Qué demonios significa que se marchó a Finlaggan Castle?! —bramé.

No podía ser que hubiese huido. No, confiaba en ella, no me haría algo así.

Me negaba a creerlo.

—Huyó.

La palabra resonó una decena de veces en mi cabeza. “Huyó”. Hice un gesto de negación, no podía ser cierto. Aileen no volvería a ese lugar ni huiría de mí, ¿verdad?

Tenía que alcanzarla, tenía que...

—Calem, espera —me obligó a pararme—. No vas a ir a buscarla.

Tomé aire, intentando dominar el pánico y la ira que se habían apoderado de mí.

—A ver si lo entiendo, Iver. ¿Estás intentando decirme que Aileen ha huido?

—Sí, maldición. Se ha ido. ¡Se ha marchado!

—¿Y cómo demonios sabes tú eso? —gruñí.

Él no respondió, me miró con tristeza.

—Maldito desgraciado.

Le di con mi puño en la mandíbula y lo tiré al suelo. Me agaché y lo cogí de la ropa hasta levantarlo de nuevo, golpeando su espalda y su cabeza contra la pared.

—Cálmate —gimió.

—¿La dejaste marchar?

—¡Sí!

Otro golpe.

—Maldito, eres un maldito.

Fue entonces cuando se defendió y fue su rodilla la que me golpeó en la entrepierna. Me doblé por el dolor y caí al suelo cuando su puño se clavó en mi cara, derribándome.

Me levanté como pude, iba a matarlo.

Nos enzarzamos en una pelea. Los hombres del clan, que no tardaron mucho en escuchar los golpes, vinieron rápidamente y nos separaron.

—Lo tengo que matar, ¡dejadme en paz! —grité.

—Dejadlo —dijo Iver, escupiendo sangre y suspirando—. Que pague su rabia conmigo si quiere —se dejó caer en el suelo, como derrotado.

Logué calmarme todo lo que pude y conseguí zafarme de esos idiotas.

—¡Marchaos! —ordené.

Con el miedo aún en el estómago, me acerqué a Iver y me dejé caer a su lado. Apoyé la cabeza en la pared y gemí por la angustia. No me dolían los golpes, me dolía la traición.

—¿Cuándo se marchó? —pregunté un momento después.

—Hace unas horas.

—¿Cómo lo sabes?

—La encontré preparando un caballo y supe lo que iba a hacer.

Cerré los ojos con fuerza, no podía creerlo.

—¿Por qué? —pregunté más para mí mismo que para él.

—Me dijo que valía más lejos.

—¿Qué demonios quiere decir eso?

—No lo sé, Calem —dijo con sinceridad—. Siento si me odias, pero no lo evité. Si quería irse después de todo, es que no...

Asentí con la cabeza, entendía lo que me estaba diciendo.

—Anoche discutimos —reconocí—. No fue una discusión como tal. Solo... Me acusó de usarla y de no ser nada para mí —no pude evitar que mi voz sonara emocionada, pero sí podía evitar derramar lágrimas por ella.

—Sé que piensa que no es nada para ti, me lo dijo.

—¿Crees que ha huido por eso? ¿Porque no le dije...?

—No —dijo con seguridad—. Ni te habría creído, Calem. Ella sabía muy bien a qué jugabas.

—Pero no jugué —reconocí.

—Lo sé.

—Me enamoré de ella y no pude evitar que eso ocurriera —era la primera vez que se lo confesaba a alguien y tenía que haber sido a ella.

Sin embargo ahí estaba, golpeado tras una escaramuza con mi hermano, desnudando mi corazón. Solo nos faltaba la cerveza y emborracharnos.

Una risa irónica salió de la garganta de mi hermano.

—Lo sé desde el principio, idiota —negó con la cabeza—. Desde el momento en que te vi mirarla en esa cama supe que la querías.

—Yo no...

—Te conozco, hermano. Y te entiendo, ¿qué hombre no desearía a esa mujer? —apreté los dientes, no era algo que me gustara escuchar— Tal vez es mejor que no supiera sobre lo que sientes, podría haberte hecho más daño.

¿Más? Lo dudaba.

Ser traicionado por ella era lo que más me podía doler en el mundo.

—¿Le comentaste nuestros planes?

—Algo sabe —maldita, ¿para eso se había marchado?

—Si los pone sobre aviso... —resopló Iver, frustrado—. Sé que te duele todo esto, Calem. Y te dolerá durante mucho tiempo. Pero todos necesitamos que te centres en lo que nos importa ahora: el clan. Por favor, no pierdas la cabeza por esto —suplicó.

Me dolía que pensase eso de mí. Claro que estaba herido. Dolido. Me sentía roto. Pero no los dejaría en la estacada, lucharía por ellos, como era mi deber.

—No os fallaré —juré.

Aunque sintiera como si me hubiesen arrancado el corazón. Aunque nada, en ese mundo, doliese tanto como aquello.

—Me vengaré de ella —juró Iver.

—No —negué rápidamente—. No es su culpa. La obligué a todo esto. Soy yo quien tiene que pagar por ello. Ella solo...

“Solo intentó hacer lo que podía para huir”, pensé.

Pensé en las represalias que podría tomar su hermano con ella y el nudo en el estómago creció. Miedo a que la tocara. Miedo a que la marcara de nuevo. Apreté los puños, odiándola en ese momento por haberlo elegido a él antes que a mí, que nunca le haría daño.

—Puede que espere un hijo mío.

Cerré los ojos con fuerza. Adiós a los sueños de futuro para siempre. Porque no volvería a confiar nunca en nadie.

Era con ella con quien deseaba todo eso, con nadie más.

—Por tu bien espero que no sea así —suspiró Iver.

Nos quedamos ahí, los dos en silencio. Yo no sabía ni qué decir, ni siquiera había aceptado aun lo que había pasado. No podía creerme que Aileen se hubiese marchado.

Me había traicionado.

Miré hacia la ventana y sentí una opresión en el pecho. Ese lugar no era el mismo desde que ella estuvo allí. Había intentando mejorarlo, darle otro aspecto menos ruinoso.

Quizás era eso por lo que se marchaba, porque no soportaba vivir en esas condiciones. Pero yo iba a ponerle el mundo a sus pies, iba a luchar por darle todo lo que merecía y más.

Iba a hacerla feliz.

Así era en mis sueños. Los dos en Finlaggan Castle, con nuestro clan. Con niños correteando por esos jardines que tanto añoraba. Los dos juntos, siempre. Felices.

Todo eso se había roto cual cristal que caía al suelo, en mil pedazos. Ya nada de eso se haría realidad. Ella...

—Soy un maldito idiota —gruñí— La creí.

—Todos lo hicimos, Calem —confirmó mi hermano—. Ya podrás revolcarte en la pena cuando volvamos a casa, pero no ahora —se levantó y me ofreció la mano—. Tenemos un clan que recuperar.

No quería levantarme. En ese momento solo quería llorar, aunque Iver estuviese presente. Pero tenía una responsabilidad mayor con mi clan, mis penas las pasaría yo solo, en la soledad y en la oscuridad de la noche. Ahí pelearía con mis demonios y lloraría todo lo que hiciera falta.

Acepté su brazo y me levanté.

—Tenemos que pensar en todo —comenzó Iver—. No tardará mucho en avisar a su hermano de nuestros planes y tendrán tiempo no solo de preparar la defensa de Finlaggan, sino de reunir fuerzas.

—Lo sé —apreté los dientes—. Tenemos que prepararnos y atacar lo antes posible o perderemos cualquier oportunidad de salir victoriosos.

—¿Y las pruebas de tu inocencia?

—Tendremos que rezar por conseguir las una vez dentro de casa —suspiré—. No tenemos muchas oportunidades, pero no podemos rendirnos.

—No lo haremos.

—Yo soy el proscrito, Iver, es a mi cabeza la que el rey quiere. Si no conseguimos las pruebas, me enfrentaré a él. Pero el castillo ya será nuestro y tú te convertirás en el Laird de clan Donald.

—No digas idioteces, yo no quiero nada de eso —gruñó.

—Lo sé, pero te tocaría.

—No vamos a dejar que te ejecuten por traición, Calem.

—Hay que estar preparado para ello.

—Maldita...

—No, Iver. En realidad es su hermano el culpable de todo. No ella.

—Ella es una Campbell, son todos iguales.

—Ella... Ella solo es otra víctima.

Mi hermano resopló, sabía que no estaba de acuerdo conmigo. Pero por más que me doliera lo que hizo y más que pudiera odiarla en ese momento, no podía culparla cuando quien nos había llevado hasta ahí había sido Kenneth Campbell.

Aileen solo tuvo la desgracia de nacer hermana de este desgraciado y la mala suerte de ser raptada por error. Y de convertirse en un peón de mi venganza. Aunque, para mi sorpresa, hubiese terminado enamorado de ella.

Evidentemente no me hubiese creído si se lo hubiese confesado y ¿quién podía asegurarme que aún sabiendo eso no hubiese huido?

Era una Campbell, les debía lealtad a ellos mientras no estuviera casada. Fui yo en ingenuo que creí en su palabra y en su devoción por mí y por mis hombres.

¿Cómo iba a jurar lealtad al hombre que la había arrebatado de su hogar?

La creí. Como la creí cada vez que desató su pasión. En eso sí que no podía haberme mentado, lo habría notado. Cada beso, cada caricia, cada vez que tembló en mis brazos fue real.

Me deseó, tanto como yo a ella, pero... El amor que yo anhelaba para mí le pertenecía a su familia.

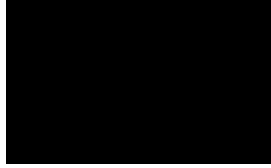
Debería de haberme dado cuenta desde el principio de que las cosas no iban a funcionar. Ella misma me lo decía cada vez que se negaba a casarse conmigo.

—Entonces revisemos el plan.

Asentí con la cabeza, aceptando la sugerencia de Iver. Teníamos poco tiempo y no podíamos esperar más.

Había que prepararse, había llegado el momento de enfrentarse a Kenneth Campbell y de recuperar todo lo nuestro. Incluida mi libertad.

Capítulo 21



Inveraray Castle, Inveraray, Argyll, Escocia.

Las piernas apenas me sostenían. El viaje había sido demasiado largo, pero lo había conseguido. Y en ese momento no importaba nada, solo llegar hasta él.

No había tenido problemas para sobrepasar los muros del castillo, no hacía tanto tiempo que no me veían como para no reconocirme.

Salté inmediatamente del caballo cuando uno de los guerreros cogió las riendas y rezando para no caer al suelo, caminé todo lo rápidamente que pude, buscándolo.

—Señora... —la voz de asombro en sus hombres.

No lucía mi mejor momento, seguro, pero tampoco era para semejante horror en sus ojos.

—¿Dónde está mi tío?

—En su despacho. La acomp...

—No —negué rápidamente—. Sé cómo llegar.

Por Dios, apenas podía respirar. Pero yo solo necesitaba verlo a él.

Había actuado como una inconsciente al actuar así. Apenas llevaba comida para un viaje tan largo, pero las cosas en el clan Donald tampoco eran demasiado... Productivas.

Había sido temeraria, sola por esas tierras. Rezaba a cada momento porque nadie me viese, por no tener problemas y por llegar adonde deseaba.

Había derramado muchas lágrimas, por el miedo y, cómo no, por el dolor de lo que había dejado atrás.

Pero si todo salía bien, merecería la pena cada una de las lágrimas que estaba derramando en ese momento. Si las cosas salían como yo pensaba, valdría todo el dolor que sentía por dejar atrás mi

corazón.

No sabía si él se enteraría alguna vez de lo que iba a hacer, pero tampoco me importaba. No lo hacía por llevarme ningún mérito, mucho menos por comprar su amor.

Lo hacía por lealtad. Pero, sobre todo, lo hacía por amor a él.

Y, aunque me odiase siempre, yo iba a conseguir devolverle a ese hombre lo que era suyo.

Yo iba a recuperar Finlaggan Castle.

Yo iba a limpiar su nombre ante el rey.

Y yo misma iba a terminar con Kenneth Campbell.

O al menos lo iba a intentar, solo esperaba no equivocarme con la persona a la que le iba a pedir ayuda.

Sabía que él, si quería, me ayudaría.

Los dos soldados apostados en su puerta abrieron las puertas nada más verme, entré y me paré, buscándolo con la mirada.

Aquí estaba, Fraser Argyll, Duque de Argyll, el único hombre que podía ayudarme.

—¿Aileen? —sus ancianos y familiares ojos azules sobre mí.

Era algo mayor, pero aún seguía siendo bien parecido. Tenía, siempre, una mirada noble para mi hermana y, sobre todo, para mí. Era, como él bien decía, su ojito derecho.

Pero la relación con mi hermano desde que tomó el mando del clan Campbell no era demasiado buena. La mayoría de las veces, Kenneth no había contado con su apoyo y como nosotras permanecíamos bajo su tutela, la relación con nuestro tío cambió un poco.

Tenía puestas todas mis esperanzas en él, tenía que ayudarme.

—Tío... —cogí aire— Tienes que ayudarme.

—¿Pero dónde has estado, muchacha? —se levantó rápidamente. Era alto y muy parecido a mi padre— Todos estábamos preocupados por ti, tengo hombres buscándote por todos lados.

Levanté una mano, para pedirle que parase.

—Tendré tiempo de explicártelo todo. Ahora solo prométeme que te ayudarás —le rogué.

—Mi niña... ¿Qué te han hecho?

—¿Me vas a ayudar?

Paró frente a mí y me miró, con preocupación, a los ojos.

—Sabes que siempre lo haré.

—Gracias a Dios —solté todo el aire que estaba reteniendo.

Y las piernas no me sostuvieron durante más tiempo. Todo comenzó a dar vueltas...

—Aileen —noté las manos de mi tío intentando aguantarme, pero su voz sonaba tan lejana...

—Me tienes que ayudar —fue lo último que recuerdo de ese momento...

Abrí los ojos con lentitud y suspiré pesadamente.

—Aileen... Mi niña, ¿cómo estás?

—Tío... Un poco de agua, por favor.

Intenté incorporarme en la cama donde me encontraba, al final necesité su ayuda para hacerlo. Me acercó el vaso a la boca y bebí.

—Poco a poco, tranquila... Debes estar hambrienta.

—En realidad solo cansada —reconocí.

—Sí, llevas un día durmiendo —abrí los ojos, sorprendida—. Y podrás descansar todo el tiempo que necesites. Pero creo que te vendría mejor un baño y algo de comer antes.

—Sí, lo acepto —sonreí mientras lo miraba—. Te pareces mucho a papá —dije con tristeza.

—Tú también —sonrió.

Reí, no me parecía a él en nada.

—Kenneth y Kylie sí, pero yo no.

—No te ves como te veo yo. Tienes muchas expresiones y muchos gestos de él. Sobre todo, tienes su carácter. Ni tu hermano con su despotismo ni tu hermana con su débil carácter se parecen a él, créeme.

Cuántos momentos había pasado con él y cuántos me había perdido desde que mis padres dejaron

este mundo.

Acepté la comida que me trajeron y comí un poco.

—Siempre los recordaré. Y me encantaría que volvieses a contarme historias sobre él.

—Oh, este viejo casi senil lo hará, no te preocupes —rio, pero la sonrisa le duró poco—. Ahora hálame de ti. Me enteré de tu desaparición. Tu hermano mandó una misiva para saber si estabas aquí. He estado muy preocupado, he mandado hombres a buscarte, pero no consiguieron nada. Ni siquiera información y no ha sido porque he escatimado en gastos —resopló.

—¿Kenneth buscándome? Todo por su orgullo, no porque yo le preocupe lo más mínimo.

—Kenneth siempre ha sido así, no lo vas a cambiar a estas alturas. Entre el carácter que tiene y el poder que le dio la repentina muerte de tus padres, se ha convertido en alguien sin corazón —mi tío cabeceó—. No va a cambiar y siento pensar así, pero tampoco le espera un buen final.

—Es mi hermano, pero no puedo decir que lo sienta.

—Supongo... Aunque siempre lo has mantenido a raya.

—No tanto como crees, tío. Me supera, obviamente, en fuerza. He sufrido varias veces el castigo por mi insolencia.

—¿Castigo? —su pregunta sonó amenazadora— ¿Os ha maltratado ese cobarde?

—Mi espalda conoce bien su vara —me dolía reconocerlo ante él, pero no me avergonzaba. Calem había ayudado a eso.

—Es un maldito, no entiendo cómo puede llevar mi misma sangre. Tenía que haber impedido...

—Es pasado, tío —puse mi mano sobre la suya, calmándolo—. Las cosas tenían que haber sido diferentes, pero no ocurrió así.

—Sí, mi niña... Todo tenía que haber sido muy diferente... Siento mucho no haber estado ahí —dijo con tristeza.

—No te lo ha permitido —otra sonrisa triste en mis ojos—. ¿Sabes algo de Kylie?

—La boda se celebró. Me opuse —no sabía eso—, pero él organizó el enlace de todas formas y por lo que sé, está bien. No tienes que preocuparte de ella.

—Aunque no sea feliz.

—No la trata mal, he infiltrado gente allí —dijo para mi tranquilidad—. Ahora dime, ¿dónde

estuviste?

Había llegado el momento.

—Estuve con Calem Donald.

Solté la bomba y esperé su reacción. Pero ese hombre ni pestañeaba. Se había quedado mirándome fijamente y sin respirar. Segundos después, soltó todo el aire que había retenido en los pulmones y apoyó su espalda en la silla donde estaba sentado.

—Lo imaginé... —suspiró— He pensado en eso varias veces, pero no tenía sentido... Ese hombre volvería para recuperar lo que era suyo, Kylie entre ello. ¿Pero tú...?

—Llevaba puesto su vestido de novia...

Mi tío enarcó las cejas, divertido.

—¿Te sentaba bien? —bromeó.

—Tío —reí—. Solo fui un error para él, pero...

—Necesario si quiere vengarse de tu hermano, como es lógico después de lo que ocurrió.

—Sí. ¿No lo juzgas?

—¿A Calem o a Kenneth? —resopló— La relación con los Donald no ha sido siempre perfecta, viene de siglos atrás. Pero yo conocí a Calem y a su padre. Y conozco a mi sobrino —resopló—. Lo que Kenneth hizo ese día, abusando de la hospitalidad de un Laird, debería estar castigado.

—¿Por qué no fue así?

—Jacobo es como es. Estaba más pendiente a la traición de Calem Donald que a lo demás. Y tu hermano conoce bien los puntos débiles del rey.

—No existe tal traición —dije con seguridad.

Creía en Calem, lo conocía y sabía que no mentía.

—Yo tampoco lo he creído nunca, pero no era algo que me incumbiese directamente.

—Entiendo...

—Así que caíste, por error, en las manos de ese proscrito— negó con la cabeza—. Soy viejo, Aileen y aunque debería de estar alarmado y enfadado por tu secuestro y por las condiciones en las que has llegado... No veo odio en ti al hablar de ese hombre, sino todo lo contrario. Entonces

dime, ¿tengo que buscarlo hasta en los confines de la tierra para degollarlo?

—No —dije claramente—. No sufrí daño alguno.

Me observó unos segundos y puso los ojos en blanco.

—Y ese bribón te ha enamorado —me puse del color de la grana—. Tranquila, nadie lo sabrá —rio—, pero tienes esa típica expresión de mujer enamorada.

—Tío, yo...

—A mí no tienes que explicarme nada, Aileen. Siempre te he considerado una mujer cabal y no soy de la vieja escuela. Tampoco quiero detalles. Lo único que me interesa es que no hayas sufrido daño alguno.

—No me dañaron en modo alguno —juré.

—Bien...

—Pero yo a ellos sí.

Mi tío enarcó, las cejas, de nuevo.

—Dudo que quisieras vengarte por nada, ni siquiera por tu secuestro si te han tratado bien. Así que dime, ¿qué es ese daño que has podido infringirles?

—En este momento ya todos deben creer que los he traicionado.

—Huiste.

De él admiraba poder hablar de cualquier cosa y que siempre me entendiese tan bien. A veces no necesitaba explicarlo todo, ya él sabía de qué estaba hablando.

Ojalá lo hubiese tenido cerca los últimos años, me habría servido de mucho.

—Sí.

—¿Y por qué lo hiciste?

—Porque es la única manera de ayudarlos —él frunció el ceño—. Sé que eres la única persona que puede ayudarlos, tío y yo tenía que llegar hasta aquí.

—Me estás diciendo que no huías por alejarte de ellos, estás aquí para buscar ayuda.

—Así es —sonreí con tristeza—. No son lo que el rey cree y merecen recuperar todo.

Un comprensiva sonrisa en su cara.

—Lo amas de verdad.

Algunas lágrimas cayeron por mis mejillas al acordarme de él.

Sí, lo amaba, pero no hacía todo eso por mis sentimientos, sino por mi conciencia. Era justicia y era mi hermano, quien tenía mi misma sangre y mi mismo apellido quien les había provocado tanto daño. No podía vivir con eso, sabiendo que Kenneth vivía impune a todo y que muchos inocentes pagaban las horribles consecuencias de sus actos.

Como las habíamos pagado, en muchas ocasiones, Kylie y yo. Yo más que ella, por supuesto, la insolencia, el pensar por mí misma y el no dejarme dominar como cualquier mujer dócil y sumisa tenía sus consecuencias cuando a quien te enfrentabas se llamaba Kenneth Campbell.

Si no fuera por su físico, habría pensado que ese hombre con tanto odio dentro no podía ser mi hermano.

—No lo hago por eso, es por justicia.

—Lo sé, Aileen. Te conozco muy bien —sonrió—. Come un poco más y dime, ¿cómo puedo, exactamente, ayudarte?

Una gran sonrisa se dibujó en mi rostro. Aún no había conseguido nada, pero era un gran paso cómo me había escuchado y cómo intentaba entenderme. No estaba segura de si iba a conseguir lo que necesitaba pero, al menos, estaba dispuesto a mantener la mente abierta. Y eso ya era un gran paso.

—Todo empezó por culpa de Moira... —comencé a explicarle desde el momento en que me coloqué ese vestido de novia. Él escuchaba con atención y, evidentemente, no iba a hablar de algunas cosas, eran mía, personales, solo le contaría lo necesario— Y por eso estoy aquí —terminé un rato después.

Apoyado en esa silla, con el ceño fruncido y mirándome con atención, asintió con la cabeza.

—Lo que me estás pidiendo es que traicione, de alguna manera, a mi sobrino. Lo que quieres hacer es traicionar a tu hermano.

—No. Lo que te pido y lo que busco es justicia. Sea quien sea el culpable.

—Kenneth lo es. Y no lo creo solo porque me lo digas tú, como tú no lo crees porque te lo haya dicho un Donald. Ambos lo conocemos bien.

—Sé que es tu sangre, también es la mía. Pero...

—La lealtad no se gana así, Aileen —dijo con seguridad.

—¿Significa eso que me vas a ayudar? —la esperanza en mi voz.

—¿Con qué cuenta Calem Donald?

—No con mucho, necesita alguna prueba para demostrar ante el rey que esas cartas que recibió sobre su supuesta traición son falsas. Le dije que no creía poder encontrar nada y tampoco sé cuáles eran exactamente sus planes. Si pensaba mandarme allí a buscarlas o simplemente que supiera algo que lo llevara hasta ellas, ni se explicó ni yo insistí demasiado.

—¿Con cuántos hombres cuenta? Porque imagino que con cartas o sin ellas, no se quedará sin plantarle cara en la batalla a Kenneth.

—No lo sé exactamente, pero sé que tiene el apoyo de varios clanes.

—Si lo ayudan aun sabiendo que es un proscrito y que la furia del rey puede caer sobre ellos, o son muy leales amigos o no son demasiados —resopló—. Necesita un ejército con el que poder ganar.

—Hace todo lo que puede en esa situación.

—Imagino... Y supongo, como guerrero que soy, que si cree que lo traicionaste, pensará que fuiste a alarmar a Kenneth. Es decir, no tardará demasiado en organizar el batallón y plantarle cara a tu hermano. Con esas pruebas o sin ellas. La obligación del Laird no es salvarse a sí mismo y sí a su clan.

—¿Crees que lo hará aunque sepa que el rey...?

—Se pondrá él solito en bandeja ante el rey, sí. Es el jefe de los Donald, recuperando lo que le pertenece a su clan, el destino que le espere a él no es importante. Además, ya tendrá preparado a su hermanito para que tome el mando llegado el momento.

—Eso no, tío. Calem no puede...

—No lo hará, Jacobo no lo matará —dijo con seguridad—. Déjame pensar... —estuvo un rato en silencio— ¿Estás segura de esto?

—Sí —dijo sin dudar—. No me importa el futuro de Kenneth, no merece nada, ya nos hizo demasiado daño. A su propia familia y a gente inocente. Sé que te pido demasiado, pero...

—Me duele, Aileen, no te lo voy a negar, como te duele a ti. Pero tienes razón, el honor está antes

que todo lo demás.

—¿Me vas a ayudar? —la emoción en mi voz.

—Más bien podría decir que voy a ayudar a Calem Donald.

—¡Tío! —exclamé, feliz.

—Tranquila, tengo un plan y lo conseguiremos. Intentaré interceder también por Kenneth ante Jacobo, pero eso llegará después. No tengo mucho tiempo para preparar todo, así que será mejor que me ponga manos a la obra —se levantó de la silla y me miró—. Sé que hay cosas que no me has contado, Aileen y no quiero saber sobre ellas. Solo dime sobre una.

—Lo que necesites —diría todo si ayudaba a Calem.

—¿Hay alguna posibilidad, por remota que sea, de que estés esperando un hijo de Calem Donald?

La pregunta me pilló por sorpresa. Mis mejillas se encendieron y él puso los ojos en blanco.

—Tío, yo...

—Por el amor de Dios, muchacha, al menos deberías haberte casado antes de huir —suspiró.

¿Mi tío hablándome de matrimonio? Él sabía de más lo que yo pensaba. Además, era el menos indicado para hablar. Llevaba casi toda su vida solo, su esposa, a la que adoraba, murió y él nunca quiso estar con nadie más.

Prefería su soledad, como él decía, a un matrimonio sin amor. Por eso mismo, no podía reprocharme nada.

—No me casaré sin amor.

—Siempre has dicho lo mismo y ya veo que honras tu palabra.

—Él no me quiere y un hijo no tiene que ser...

—Mujeres... —bufó—. Embarazada o no, cuando ese hombre recupere lo que es suyo, vendrá a por su otra pertenencia. Tú —dijo con seguridad.

—No lo hará. Y no le pertenezco.

—Lo que yo diga, mujeres... —puso los ojos en blanco—. Tan inteligentes para unas cosas y tan... Tan... ¡Para otras! —exclamó marchándose.

Él podía protestar todo lo que quisiera, yo ya había conseguido lo que necesitaba. Sabía que mi

tío era la única persona en el mundo que podía ayudar a Calem.

El Duque de Argyll conseguiría aplacar la furia del rey, sobre todo si se posicionaba a favor del clan Donald. No sabía cuál era exactamente su plan, pero confiaba en él.

Mi tío no solo lo haría por ayudarme, sino porque era un hombre justo y honorable y, como yo, odiaba las injusticias. Aunque los injustos llevarsen su propia sangre, siempre haría lo correcto para mantener su conciencia tranquila.

Pronto terminaría todo aquello y tendría el final feliz que merecía el clan Donald.

Después de eso...

Cada uno seguiría con su vida. Solo esperaba que no me odiase demasiado.

Mi tío creía que él volvería. No era algo que no descartara, pero seguiría haciéndolo por las razones equivocadas. Si quería recuperarme era por posesión.

Por orgullo.

Por agradecimiento si se enteraba de lo que había hecho por mí, pero nada más.

Además, seguramente ya me odiaba, ya había creído que lo había traicionado, señal de que no habría confiando en mí. Con toda la razón, porque era lo que yo quería, pero no podía evitar que doliese.

Fuera como fuese, no tendríamos un futuro juntos. Embarazada o no. Aún así, para mí siempre sería el amor. No olvidaría a ese hombre nunca, siempre estaría en mi corazón.

Comí un poco más y me dejé caer en la cama. Estaba realmente agotada, habían sido unos días de viaje largos y cansados y podía relajarme sabiendo que mi todo estaba en manos de mi tío.

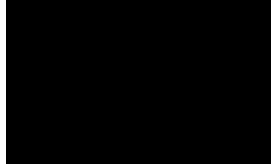
Me sentía mal por Kenneth. Su propia hermana lo llevaría al final. No era una venganza para mí, ni siquiera por el maltrato que había sufrido durante esos últimos años. Era una cuestión de justicia.

Porque creía que en esa vida, tarde o temprano, todo el mal que se hacía, se pagaba. No importaba cuándo ni de qué manera, solo que la vida se cobraba todo el mal que uno llevaba a cabo.

Y mi hermano había hecho mucho daño. Merecía ser castigado y la gente inocente que había sufrido a manos de él, merecían su recompensa de una vez.

Sonreí, pronto el clan Donal volvería a ser lo que era.

Capítulo 22



Había llegado el momento de llevar a cabo mi venganza.

Las últimas dos semanas habían sido un completo dolor de cabeza. Reuniendo a todos los clanes que me iban a apoyar en esa lucha, explicándoles los detalles. Entrenando con ellos...

Pero no por eso había dejado de pensar en Aileen. El dolor de su traición estaba ahí, latente. Y lo peor era cuánto la echaba de menos.

—¿Preparado?

—Sí, Iver —me alejé de la ventana y miré a mi hermano—. ¿Todos listos?

—Sí. Esperándote para salir.

—Será un camino largo y pesado.

—Pero merecerá la pena cuando todo termine.

—Lo sé. Y no me cabe duda de que derrotaremos a Kenneth Campbell.

—Tenemos un gran y fuerte ejército, mayor de lo que pensé —sonrió.

Caminé hacia la puerta, él a mi lado.

—Aunque no contemos con el factor sorpresa a nuestro favor —Aileen ya tenía que haberlo avisado y estarían preparados—, terminaré con ese desgraciado. Después de eso, ya sabes cómo actuar si acabo ante el rey.

—Eso no va a suceder. Cada uno de esos Lairds hablará en tu favor, no tendrá más remedio que creerte.

—Eso espero, pero tampoco me preocupa.

Era el Laird del clan Donald, lo único que me interesaba era recuperar todo lo que nos habían

rebatado. Mi futuro no era una prioridad. Incluso podía morir en batalla. Había que estar preparado para todo. Y tenía la tranquilidad de que si algo me ocurría, Iver sería el mejor hombre que podría sucederme en el cargo.

—Tuviste razón en que no vendrían a atacarnos.

—No les convenía, no sería seguro para ellos. Siempre ha querido el castillo Donald por algo — dije con seguridad—. Salir de él para enfrentarse a algo desconocido fuera... Kenneth Campbell será un miserable, pero no es idiota.

—Un asesino, eso es lo que —gruñó mi hermano.

Puse mi mano sobre su hombro.

—Ese asesino morirá pronto, créeme.

—Eso espero, Calem, eso espero...

Nos unimos a todos los guerreros que esperaban fuera del castillo. La caballería preparada. Era el momento de partir.

Nos reuniríamos con los demás clanes cerca de Finlaggan Castle y una vez sitiado el lugar, comenzaría el ataque.

No sabíamos qué nos esperaba allí. No teníamos ni idea de a cuánta gente habría reclutado, pero conociendo nuestras intenciones, el ejército del que dispondría no sería pequeño.

Había algo que me preocupaba y en lo que pensaba cada noche.

Aileen...

No quería que le pasara nada y no sabía si estaría en ese lugar, si su hermano la retendría allí o la habría obligado a marchar.

Rezaba a Dios porque no le ocurriese nada. Porque incluso habiéndome traicionado, estaba enamorado de esa mujer. La quería viva, aunque nunca fuese mía.

Moriría en vida si algo le pasaba.

Ya sobre mi caballo, abrí la marcha. Comenzaba un duro camino, era el inicio de una venganza que había tardado tres años en poder llevar a cabo. Confiaba en que todo iba a salir bien y que contábamos con la ayuda de Dios.

—¿Qué harás con ella si la encuentras?

¿Qué iba a responderle a eso?, ni siquiera lo sabía.

—¿Qué crees que haré?

—No lo sé, Calem, por eso te lo estoy preguntando. Yo juré vengarme de ella, pero mantendré mi palabra. Te la di y lo cumpliré: me olvidaré de ella.

Sabía el odio que sentía por Aileen. No solo por sentirse traicionado, sino por el dolor que yo sentía.

Ante todos mantenía una actitud fuerte, segura, lo que se esperaba de mí. En soledad, las cosas eran diferentes. Había llorado más de una vez por ella. Recordándola.

Esa cama era una maldita tortura para mí. No podía olvidar las veces que la tuve entre mis brazos.

Habían sido tan pocas...

Ni siquiera había tenido tiempo de disfrutarla como me gustaría.

Quería enseñarle tantas cosas...

Pero creía que tenía tiempo para ello. Creía que conseguiría que se casase conmigo. Nunca pensé que terminaría huyendo de esa manera. Jamás imaginé que se separaría de mí.

Todas mis ilusiones rotas. Todos mis sueños, los de una vida junto a ella, un hogar, una familia...

Todo destruido.

—La venganza habría sido dulce. Como me dijo ella, merecería la pena viniendo de Finlaggan Castle. En eso tenía toda la razón...

Esa frase me sacó de mi estupor.

—¿Qué has dicho?

—Nada, tonterías. No alzaré nunca mi mano en su contra, quédate tranquilo.

—¿Qué es lo que has dicho, Iver?

—Solo repetía lo que respondió cuando le dije que me vengaría de ella —mi hermano se encogió de hombros—. Que la venganza merecería la pena si venía de Finlaggan Castle.

Fruncí el ceño ante eso. No entendía por qué, pero mi corazón di un vuelco ante esa frase. No tenía ningún sentido, solo eran tontas ideas mías, agarrarme a una esperanza.

—Ya queda menos para que todo esto termine —suspiré, intentando evadir mis tontos pensamientos de un hombre idiota enamorado.

—Se hizo largo, pero ya se le ve el fin —sonrió Iver.

Sí, quedaba poco, muy poco para volver a estar cerca de nuestro hogar. Para luchar por lo que era nuestro y que tan cruelmente nos habían arrebatado. Por crueldad. Por avaricia. Por un conjunto de varias cosas.

En realidad no importaba el porqué. Nada justificaba un acto como ese.

Kenneth Campbell había disfrutado de impunidad durante tres años, pero había llegado el momento de que rindiera cuentas no solo ante mí, también ante su rey.

Y aunque me dejase la vida en esa batalla, por Dios que conseguiría llevarle su cabeza en bandeja a Jacobo. Como lograría devolverle a mi clan su hogar. Ya habían padecido todos demasiado, ya era hora de que la vida nos sonriese.

Pronto, muy pronto, estaría a las puertas de Finlaggan Castle y lucharía, hasta mi último aliento por recuperar, no solo mi castillo, sino también todo mi clan.

—¿Con ganas de dormir en tu cama? —pregunté, intentando bromear.

Iver gimió y yo reí.

—No veo la hora.

Yo tampoco la veía, se me iba a hacer eterno. Pero quedaba poco, muy poco.

En nada, volveríamos a ser el poderoso clan que fuimos siempre.

Capítulo 23



—Es mejor que te quedes aquí.

Puse los ojos en blanco, no iba a hacerlo y estaba cansada de repetirle lo mismo.

—Iré contigo, tengo que estar allí.

—¿En una batalla? No lo permitiré.

Corrí tras él, estaba preparada para marcharme con ellos. Saldríamos en ese momento hasta Finlaggan Castle. El ejército entero de mi tío más algunos aliados pararían frente al castillo que había pertenecido, durante los tres últimos años, a mi familia.

Ya sabíamos, por los informantes del Duque, que un ejército iba hacia allí. Era, sin lugar a dudas, el que lideraría Calem.

Y yo tenía que estar presente cuando se enfrentase a mi hermano.

—No puedes prohibírmelo. Tengo que ver, con mis propios ojos, cómo los Donald recuperan su hogar.

—Nunca he llevado a una mujer a la batalla, Aileen. Y créeme —para lo mayor que era, andaba bastante deprisa, un poco más y tenía que correr para mantener su ritmo—, tú no serás la primera.

Claro que iba a ser la primera, no lo dudaba.

—No seré un estorbo. No soy una damisela como las demás y lo sabes. Soy buena con la espada, con las flechas y...

—No tienes que explicarme todas tus habilidades —se paró antes de salir por la puerta de entrada. El patio delantero estaba repleto de guerreros, preparados para partir—. Sé qué es lo que se te da bien, sobre todo porque, sino lo recuerdas, te enseñé yo.

Sonreí, así era.

Mis padres, al principio, pusieron el grito en el cielo, pero al final me dejaron por imposible. No es que pretendiera luchar, pero quería estar preparada para cualquier eventualidad que pudiese ocurrir. Y aunque no tenía experiencia y siempre me ponía nerviosa en las trifulcas, todo eso era por mí, lo hacía por mí.

Tenía que estar ahí.

Y necesitaba ver la victoria de Calem con mis propios ojos. Necesitaba ese momento y guardarlo para siempre en mi memoria.

Quizás, por qué no, verlo por última vez.

—Por eso sabes que soy buena y que iré contigo.

Mi tío puso los ojos en blanco y yo sabía que iba a ganar.

—¿Qué demonios haces vestida así? —pestañeó varias veces, observando mi atuendo.

—No iba a ir con un vestido, ¿no? —llevaba puesto el traje de cualquier guerrero, me quedaba algo grande, pero no importaba.

—Aileen... —gruñó y bajó la voz, acercándose a mí— No sé si recuerdas que puedes estar embarazada. No te pondré en peligro.

—Hasta hoy no lo estoy —resoplé al ver sus ojos—. No lo estoy porque no lo sé, es decir, no lo estoy. No lo uses como excusa.

—Si lo estás y le ocurre algo a ese niño, el próximo en morir seré yo cuando Calem Donald lo sepa.

—Oh, tío, por favor —resoplé—. Si lo estuviera no se enteraría. Además, sabes que necesito estar allí, necesito ver cómo recupera lo que es suyo.

—¿Y necesitas ver a la gente de tu clan muriendo? —preguntó cruel.

Negué con la cabeza, ese comentario era innecesario.

—No seas cruel...

—No lo soy, Aileen. Te estoy diciendo lo que va a ocurrir. Si tu hermano no se rinde, que dudo que lo haga, habrá gente a la que conoces de toda la vida que luchará por él y morirá.

Tragué saliva, sabía que iba a ser así.

—Voy a ir —dije, convencida, terca.

—Maldición —bufó—. ¿Por qué no puedes ser normal?

Bajó los escalones y yo lo seguí, sonriendo.

—Si fuera normal, como todas, no te gustaría.

—En eso tienes razón.

—¿Puedo ir entonces?

—No y te amarraré si lo intentas.

—¡Tío! —exclamé.

—Maldita sea, está bien —dijo dándose por vencido—. Pero con una condición.

—Depende...

Él puso los ojos en blanco.

—No estás en situación de negociar. Yo tengo la última palabra y si no aceptas, no vienes. Ya tenga que mandar a que te aten y te amordacen.

—No voy a aceptar algo que no sé. Así que será un depende.

—Terca como ella sola —resopló—. Te mantendrás a mi lado, sin moverte. Y cuando yo tenga que dejarte, permanecerás protegida por cuatro de mis hombres. No te moverás de ahí y, por supuesto, no levantarás una espada. ¿Te ha quedado claro?

—Ahí hay más de una condición.

—¿Lo has entendido, Aileen?

—Aja...

—¿Qué es ese aja?

—Pues eso, un aja. ¿Nos vamos ya?

Montó en el caballo refunfuñando algo así como “más terca y no nace” que no entendí en absoluto. Pero no me importaba, había conseguido lo que quería.

Monté en mi caballo y, junto a mi tío, abrimos la marcha. No tardaríamos mucho en llegar a Finlaggan Castle y pronto, muy pronto, Calem conseguiría sus ansiadas posesiones.

Calem lograría culminar su venganza.

—Vamos a la batalla. Además, en contra de mi propio sobrino, tu hermano. ¿Y tú estás sonriendo?
—la incredulidad en la voz del Duque de Argyll.

Me quedé pensativa. A lo mejor era de mala persona, pero no podía sentir tristeza por Kenneth. Solamente pena porque la vida le iba a dar su merecido. Y sí, todo era, en gran parte, por mi culpa.

—No lo odio, pero no puedo amarlo. Lo quiero porque es mi hermano, pero no lo amo.

—Entiendo bien la diferencia...

—Para mí hay cosas más importantes en el mundo que la sangre, tío. Y es la fidelidad y la lealtad.

Mi tío sonrió.

—Ese Donald se llevó el mejor premio.

No era así, él no lo quería. No como debía.

—Ese Donald debe de estar odiándome —pensé, sin darme cuenta de que lo decía en voz alta.

Mi tío soltó una carcajada.

—Déjame dudar. A lo mejor cree hacerlo porque puede creer que lo traicionaste. Si piensa así es porque tú lo provocaste, tampoco podrías culparle por ello. Pero dudo mucho que te odie, muchacha —negaba con la cabeza.

—Eso da igual ahora, tío. Yo le juré lealtad y te pedí ayuda porque quiero verlo feliz. No tengo por qué formar parte de esa dicha. Me odie o no, la cuestión es que no me quiere. No del modo que yo necesito.

—¿Estás segura de eso?

—Sí.

Y lo estaba, no mentía. Me deseaba, me veía como una ficha para mover en su tablero, pero nada más. Quería casarse conmigo porque era lo que tenía cerca en ese momento y, por supuesto, porque yo era la venganza perfecta.

Pero no había amor y no era su culpa si yo, como tonta, me había enamorado de él. Por ello me marché, para que pudiese ser feliz.

—¿Y si después de todo él viene a por ti? Porque cuando nos vea allí, lo entenderá todo.

Eso no iba a ocurrir. Y si lo hacía, tal vez sería por cabezonería, por el orgullo herido o porque entendió para lo que realmente me había marchado y se creía comprometido conmigo por el agradecimiento.

Nada de eso me servía.

—Volveré a negarme.

—Eres testaruda —rio.

—Puede ser —suspiré—. Pero tampoco pido tanto, ¿no?

Mi tío no respondió inmediatamente, se tomó su tiempo para meditar la respuesta.

—No. Supongo que no... —dijo momentos después.

Él podía entenderme mejor que nadie. Él sabía lo que era amar y tampoco se había conformado, después de eso, con menos. Yo ni después ni antes, sabía muy bien qué esperaba de un matrimonio. Y como no era lo que tendría con Calem, nunca se llevaría a cabo.

—¿Crees que Kenneth sabrá ya qué ocurre?

Hasta hacía un par de días, según las misivas que enviaban los hombres que mi tío tenía allí, la respuesta a esa pregunta era no. Ya no le hubiese dado tiempo, de todas formas, de pedir ayuda. Ya iba a tener que luchar solo.

—Supongo que ya debe de saberlo, los centinelas que tiene cerca lo habrán avisado.

—Ese lugar tiene que ser un caos.

—Seguramente —aseguró mi tío—. Tu hermano posee un gran ejército, pero tiene un grave problema.

—¿Solo uno?

—En este caso sí —rio—. La mitad de los hombres que protegen Finlaggan Castle son Donald. Algunos unidos a los Campbell por miedo, obviamente. Pero la mayoría de ellos esperando a que, en algún momento, su Laird aparezca. Eso sin contar los verdaderos infiltrados. Cuando eso ocurra, levantarán su espada, vestidos con el tartán de los Campbell, para unirse a su antiguo señor.

—Creo que Calem no cuenta con tanto apoyo dentro, al menos eso entendí yo.

—Puede ser que él mismo crea eso. Después de todo lo que vivió, a cualquiera se le pasaría por alto un detalle así. Pero soy perro viejo, no me equivoco. Esos hombres, como tú, le juraron lealtad, siendo niños, a los Donald. Siempre serán Donald.

—Si es así... Mi hermano ni siquiera debería luchar, sería una masacre.

—Eso es lo que espero, que baje la espada y se rinda. Porque tampoco es tonto. Aunque sea menos honorable presentarse ante el rey que caer en la batalla. Espero que tenga su vida en alta estima y que no cometa un grave error. Sea como sea, nos odiará siempre.

—¿No fue siempre así? —suspiré.

Mi hermano siempre había sido malo y egoísta. No podía esperar que nadie tuviera piedad de él. Iba a recoger lo que había sembrado.

Y aunque en el fondo me doliese, era lo justo.

—Supongo que él vio en ti lo mismo que yo...

—¿Quién? —fruncí el ceño al no entender de qué hablaba.

—Calem Donald —sonrió—. Vio en ti a la mujer perfecta, en su caso la perfecta mujer para él.

—Todo fue un error...

—Al principio, sí. ¿Pero y después?

—Una pieza que necesitaba.

—Las cosas no son siempre tan fáciles, Aileen. Y, mucho menos, cuando se trata del corazón.

—No quiero hablar de eso —suspiré.

—Está bien, no lo haremos por ahora, tenemos algo más importante a lo que enfrentarnos.

—Gracias...

—Pero lo haremos tarde o temprano, porque me da la impresión de que no estás viendo las cosas con claridad.

Miré al cielo, a ver si Dios me enviaba ayuda divina. Eso y paciencia, porque lo necesitaba.

—Lo único que quiero ver en esta vida es al clan Donald recuperando lo que es suyo. Solo eso.

—Claro... Para eso me acompañas, ¿verdad?

—Por supuesto.

Por qué lo decía con ese retintín...

—No lo dudo —dijo con firmeza.

—¿Entonces por qué me da la impresión de que sí?

—Porque no es solo por eso por lo que quieres venir. Quieres verlo a él.

Sí, eso también. No me engañaba a mí misma, esa era la verdad.

—El amor, Aileen, el amor... —canturreó.

—Vamos a la batalla. Además, en contra de mi propio hermano, tu sobrino. ¿Y tú estás canturreando? —la incredulidad mi voz, imitando su frase— No me lo puedo creer... O eso o siempre quisiste ser un bardo y cantar canciones románticas y luchas de héroes enamorados.

Mi tío soltó una sonora carcajada y yo sonreí.

Era evidente que los dos necesitábamos tanto hablar como distraernos. Justificarnos, de alguna forma, por lo que íbamos a hacer contra un miembro de nuestra familia. Nos parecíamos en eso, como éramos iguales cuando de lealtad se trataba.

En momentos así, siempre actuaríamos con la mayor justicia posible.

Con el repiquetear de los caballos acelerando su paso, fuimos acortando la distancia que nos separaba de Finlaggan Castle. Estaba nerviosa, ansiosa y deseando que todo aquello terminase.

—¿Sabes algo de Kylie? —pregunté minutos después.

—Está en su nuevo hogar, con su esposo. No la trata mal, de verdad y supongo que al lado de Kenneth, si ese hombre la respeta, será hasta mejor.

—Dentro de lo malo, supongo que sí.

No sería feliz, no con ese hombre. Pero si de verdad la trataba bien y ella se sentía a salvo, entonces me alegraba por ella. Mejor eso, como bien decía mi tío, a tener que seguir al lado de Kenneth.

—Drummond es un viejo, aunque parezca de hierro. No te preocupes, en cualquier momento morirá y ella será la dueña de todo.

Esa vez fui yo quien reí. Ojalá fuera así. El pobre hombre no me había hecho nada, pero...

¿Qué había de malo en desear la felicidad de mi hermana?

Capítulo 24



Golpeé la pared con fuerza, destrozándome los nudillos.

Maldito fuera, tenía que haberlo matado.

Tres años después, cuando ya pensé que habría muerto por esos caminos, Calem Donald reaparecía. Y no lo hacía solo, venía con un ejército a su espalda.

—Señor, ya están cerca.

Apreté los dientes, hacía un par de días que había sido avisado de que venían hacia aquí. No me había dado tiempo a avisar a nadie ni a pedir ayuda, ni siquiera a huir, habría sido un suicidio.

Aunque también lo era el quedarse ahí.

Pero si las cosas terminaban mal, al menos morir con honor.

Había sido un estúpido al pensar que ese hombre perecería en esos bosques. Una disputa con bandidos, una fiebre... Cualquiera cosa tenía que habérselo llevado. Pero el hijo de Satán lideraba un ejército que, por lo poco que sabía, exterminaría al mío.

Pero si quería batalla, la iba a tener. No iba a recuperar sus tierras con tanta facilidad.

Hacía dos días que sabía la noticia y casi no había pegado ojo. Teníamos que sitiar el castillo, teníamos que protegernos todo el tiempo que fuera posible.

Contaba con numerosos guerreros, sí, pero ni yo era tan estúpido como para no saber que la fidelidad que me habían jurado muchos Donald era falsa.

Solo confiaba en los míos. Estaba en problemas...

—¿Los guerreros en sus puestos? —pregunté a Robert.

—Sí, señor. Todos los nuestros, como ordenó. Las torres ocupadas y con todos los suministros para la batalla que teníamos.

—Bien...

—El ejército es numeroso, llegará en poco tiempo.

—Maldito desgraciado —rugí—. Mantén todo como te dije, los antiguos Donald encerrados. No los dejes salir.

—Muchos claman su fidelidad a usted, señor.

—Claro y yo los voy a creer cuando su señor está casi en la puerta.

Me pasé las manos por el pelo, desesperado.

—Como os expliqué, con un ataque a tiempo y debilitándonos, podemos hacernos con la victoria. No es imposible, vos lo sabéis.

—Eso espero, Robert. Porque si no funciona, estaremos todos muertos.

Esa era la verdad. O íbamos un paso por delante o el ataque sorpresa no serviría de nada.

—¿Señor? —Cameron, otro de los guerreros en los que confiaba, entró rápidamente en la sala.

—¿Qué ocurre? —resoplé.

—Por el norte llegan más hombres.

—Maldita sea —rugí. Nos iban a rodear por completo.

—Portan el estandarte de su tío.

—¿Los hombres de Argyll aquí? —eso no tenía ningún sentido.

Salí apresuradamente hacia afuera y corrí hasta la torre norte, subiendo los escalones lo más rápido que pude. Cameron tenía razón, era el ejército de mi tío.

—No sé qué hace aquí, esta no es su guerra —la ira apoderándose de mí mientras volvía a bajar—. Robert, manda un emisario hasta ellos, quiero saber qué es lo que quieren. Maldición, olvídalo, ni tiempo tenemos -resoplé-. ¿Cómo demonios se ha enterado de esto? ¡Ni yo mismo sabía nada! —exclamé.

—Su tío vendrá en vuestra ayuda, señor. Si es así, estaremos salvados.

Apreté la mandíbula y no respondí. No sabía si mi tío venía como aliado, tampoco entendía qué era lo que estaba ocurriendo.

—Están demasiado cerca, quiero a todo el mundo preparado ya —ordené—. Con los arcos y las flechas apuntando para cuando dé la orden. No me importan si se les duermen los malditos brazos. ¡¿Me habéis entendido?!

Con un asentimiento de la cabeza, los dos se marcharon, dejándome solo.

Me dejé caer en una silla y me pasé las manos por el pelo.

¿Qué hacía Argyll allí?

Era extraño que viniera en mi ayuda, yo mismo me había encargado de que la relación entre los dos estuviera casi rota. Pero tampoco tenía sentido ninguno si se unía al bando contrario.

Él no apoyaría al bando contrario. Argyll era fiel a Jacobo y perdería todo por una traición así. ¿Entonces...?

Claro, eso tenía que ser. Porque, además, venían por caminos diferentes. Venía por orden del rey, no podía ser otra cosa. Obligado, tendría que ayudar al que también era parte de su clan. Porque Argyll no existiría sin el clan Campbell.

Suspiré de alivio en ese momento. Con el ejército de Argyll estaríamos salvados.

Salí rápidamente fuera y me dispuse a organizar a los hombres.

Necesitaba reforzar la zona sur, con mi tío cubriendo el norte, no tendría que preocuparme demasiado.

—Robert, saca a los hombres Donald que consideres leales a mí y que se unan a las torres del sur. Con diez o doce más será suficiente. Necesitamos reforzar ese lado.

—¿Y la zona norte?

—Como las otras dos, con lo mínimo. No es mi tío quien me preocupa.

El maldito problema era ese hombre que venía buscando venganza. Tenía que debilitar a sus hombres, matarlos y, por supuesto, terminar con su vida.

No me quedaría en paz esa vez hasta que Calem Donald estuviera desangrándose, con mi espada enterrada en su pecho. Y lo conseguiría, por Dios que lo lograría.

Miré cómo Robert volvía con la docena de hombres que le pedí y cómo les daba órdenes. No me fiaba demasiado de ellos, pero no tenía más remedio que rezar para que si intentaban traicionarme, mis hombres les rebanaran el cuello.

—Señor, todo preparado. Se acercan rápidamente, así que tendremos menos tiempo del que pensábamos.

Asentí ante la nueva información de Cameron.

—¿Y mi tío?

—Casi bajo los muros ya.

—Perfecto.

—¿Necesitáis alguna información más?

—No. Vete a tu sitio, está a punto de comenzar la guerra.

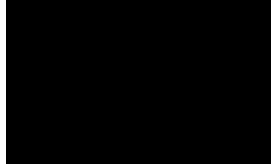
Entré en la casa a grandes zancadas y cogiendo las armas con las que me defendería, salí. Un coro de hombres se formó a mi alrededor, protegiéndome ante cualquier ataque sorpresa.

La batalla iba a empezar y yo iba a dejarme la vida por terminar con la de ese maldito Donald de una vez por todas.

Tres años después, fue él quien me cogió desprevenido. Pero no por ello iba a ganar la guerra.

Iba a destruir, otra vez, a Calem Donald.

Capítulo 25



Había llegado el momento, estaba, por fin, frente a mi castillo.

Había llegado la hora de recuperar Finlaggan Castle y todo lo que aquello conllevaba.

Los hombres que tenía a mi espalda, se dispersaron, intentando abarcar varias zonas para el ataque. Yo en un lateral, mirando hacia la entrada principal, por donde entraría para terminar con la vida de ese desgraciado.

—Calem, a tu izquierda.

La voz de mi hermano me hizo mirar hacia allí. Maldito hijo de perra...

El ejército de Fraser Argyll protegiendo la parte trasera del castillo.

—No andaba tan desencaminado.

Por ello aparecerían hombres de los míos, pronto, tras el ejército de Argyll.

—No —confirmó mi hermano—. Menos mal que contaste con eso, a mí jamás se me hubiese ocurrido que el Duque pudiera unirse a su sobrino.

—No es por él, Iver, es por Jacobo. Argyll solo estaría aquí por esa razón.

Mi hermano se quedó en silencio y una serie de maldiciones salieron de sus labios.

—Por Jacobo o por ella —escupió.

Fue entonces cuando la vi sobre ese caballo, al lado de su tío. Aunque estaba lejos, sabía que me estaba mirando. Así que había sido ella quien había traído al Duque...

Maldita, no solo me había clavado el puñal, sino que lo seguía hundiendo hondo, para hacerme sangrar más.

—Hija de mala madre —gruñó mi hermano—. Desde luego que la venganza vendrá desde

Finlaggan Castle y valdrá la pena. Porque juro que me vengaré de esa mujer, me lo permitas tú o no.

Otra vez esa frase... De nuevo esa esperanza tonta en mí.

—¿Qué has dicho?

—Que la mataré, maldita sea —rugió.

—No la tocarás nunca, maldición y escúchame —bramé—. Repite de nuevo lo que has dicho sobre la venganza.

—Que vendrá, en este caso le llegará a ella, desde Finlaggan Castle. ¿No decía esa zorra que así merecería la pena?

“Merecerá la pena si la venganza viene desde Finlaggan Castle.”

El corazón comenzó a irme a mil por hora.

“Debemos de pensar en cómo hacerlo.”

Ella había propuesto ir en busca de esas cartas, pero ni caso le hice...

“Aunque no acepte tu proposición de matrimonio, mi fidelidad será siempre hacia ti.”

—No huyó para traicionarnos —maldición, ¿cómo no me di cuenta antes?

—¿De qué hablas?

En ese momento, los arqueros de Argyll nos apuntaron con sus flechas. Pero no iban contra nosotros, estaba seguro de eso. Aileen no nos había traicionado, su lealtad era mía.

—Ella solo fue a pedir ayuda.

La negación de mi hermano fue silenciada con decenas de flechas que volaron hacia las torres norte de Finlaggan Castle.

Mi corazón dio un brinco, no me había equivocado.

—¿Pero qué...?

—Esa zorra —repetí con rabia, pero más contra mí por haber dudado de ella que contra Iver— fue a buscar cómo ayudarnos.

—Calem, yo... —el asombro y la vergüenza en la voz de mi hermano.

Pero nadie sentía más vergüenza que yo en ese momento. Me odiaba por haber malpensado de ella. Nunca había hecho nada para que desconfiara así y yo...

Maldito fuera, merecía su odio.

Las flechas seguían su rumbo, Kenneth Campbell estaba siendo atacado por su propia familia.

—No le importaría que nos vengáramos siempre que fuera desde aquí, desde Finlaggan Castle. Señal de que habíamos recuperado lo que nos pertenecía. Eso quiso decir —dije emocionado.

—Lo siento... Yo...

—Ya habrá tiempo para eso, Iver. Ahora tenemos una guerra que ganar.

Y sin perder más tiempo, emití el grito que inició mi venganza.

Aquello fue, como siempre, una locura. Flechas volando, cuerpos cayendo, muertos. Algunos caían desde las torres.

Soldados Campbell escondidos saliendo de entre los arbustos.

Era hora de que probasen mi espada.

Blandía la espada, levantándola en lo alto y clavándola en el pecho de esos hombres. Merecían morir todos por jurarle lealtad a un hombre como él.

Noté un escozor en el brazo y con un diestro movimiento, separé la cabeza del cuerpo de quien se había atrevido a herirme.

Uno tras otro. Como hacían todos los demás. Atacando y acabando con esas sabandijas.

Las puertas principales del castillo fueron abiertas sin demasiada resistencia. Iver y yo teníamos nuestra venganza particular que cumplir.

No fue fácil llegar hasta allí, decenas de soldados Campbell armados que salían por los ventanales se interpusieron en nuestro camino. Los gritos de dolor y el olor a sangre inundaban el ambiente.

Protegiéndonos el uno al otro, a base de espada y derribando a cualquiera que intentara evitarlo, entramos en el que era nuestro hogar. Trayendo tras nosotros, un pelotón de hombres dispuestos a matar a cada uno de esos desgraciados.

Nos mirábamos, la posición de nuestros cuerpos a punto de atacar.

—¡Matadlos! —gritó una voz que no había olvidado con el paso de los años.

Entonces todo se convirtió en un caos. Pero para Kenneth Campbell cuando decenas de hombres vestidos con su tartán, comenzaron a matar a los suyos.

Sonreí, sorprendido, siempre serían leales a mí.

Los guerreros Campbell en minoría, apenas los que había protegiendo a su señor. Escuché el grito de victoria de Iver y supe que había terminado. Podían seguir alargando el momento, pero solo para terminar muriendo todos.

Además... Nada terminaría hasta que rajara la garganta de ese desgraciado.

Por mi padre.

Por mi clan.

Y por Aileen.

Porque jamás le perdonaría cómo la había marcado para toda la vida. Y no solo su cuerpo.

—¡Sal, maldito cobarde! Voy a terminar con tu desgraciada vida.

Mi pecho subía y bajaba aceleradamente. Estaba cansado, pero no descansaría hasta matarlo.

—¿Tan cobarde eres, Kenneth Campbell?!

El silencio alrededor, todos pendientes a cualquier movimiento. Si no salía por su propio pie, derribaría a cada una de las serpientes que lo protegía y entonces culminaría mi venganza.

Al parecer, no se iba a rendir...

Di la señal a mis hombres y uno a uno, esas ratas fueron muriendo. Y ahí estaba él, con la espada en sus manos, apuntando al suelo. La postura aparentemente relajada.

—Demasiado cínico querer morir con honor —escupió mi hermano.

Exactamente lo mismo que había pensado yo. Pero no iba a desmerecerlo, tenía mérito y agallas por preferir la muerte antes que rendirse.

Me adelanté un par de pasos, señalándolo con la espada. Caminé a su alrededor...

Y entonces vi entrar a Fraser Argyll. Con tranquilidad, se paró al lado de mi hermano.

—¿Qué se siente, Kenneth Campbell? ¿Qué se siente al ser derrotado? —lo provoqué, el mínimo

movimiento y lo mataría— ¿Qué se siente al ser traicionado por tu propia familia?

Ni se inmutó. Permaneció ahí, como si fuera una estatua, ni siquiera emitía sonido al respirar.

—Te voy a decir lo que siente una persona normal. Dolor —dije con rabia—. Dolor como el que se siente cuando dañan a un ser querido. Supongo que tú no conoces sobre eso —el desprecio en mi voz.

—No, no conoce sobre eso —la voz de Aileen resonó en todo el castillo—. Él no sabe lo que es querer a alguien.

No escapó a mi mirada, antes de que se posara sobre ella, que su tío pusiera los ojos en blanco.

—¿Eso significaba el aja? —exclamó Argyll.

—Pues sí —dijo ella.

No los entendía, pero conociéndola un poco... Me lo podía imaginar.

Se acercó, quedando entre su tío y mi hermano. Frente a mí y Kenneth. Lo miró con tristeza a los ojos, sus preciosos ojos verdes anegados en lágrimas y se me hizo un nudo en el estómago. Aunque quisiera ser fuerte, era su hermano, todo eso le dolía. Pero era una mujer justa, ya me lo había demostrado.

Su hermano no tenía su lealtad.

Y eso, para ella, era muy importante.

Era la mujer más admirable que había conocido nunca.

Como también era la más hermosa. Aún con esa ropa enorme de hombre que llevaba, nunca me había parecido tan hermosa.

El desgraciado escupió a sus pies, un acto de repudio. ¿Después de todo el daño que le había hecho iba a tratarla así?

No pude controlar la ira y golpeé su cabeza con mi puño, haciéndolo caer al suelo.

—Calem, no... —exclamó ella.

La miré a los ojos y vi el dolor que sentía. Todo eso lo estaba haciendo por mí. Y yo quería matar a su hermano delante de ella.

Iver negó con la cabeza, diciéndome que no lo hiciera.

Apreté los dientes. Esa era mi venganza. Acabar con ese desgraciado era lo que me había mantenido con fuerza durante esos últimos tres años. Y ahora que lo tenía ahí delante...

Miré a la mujer que había odiado las últimas semanas y sentí un inmenso dolor en mi corazón. Las lágrimas corrían por sus mejillas.

Ella había traído ayuda. No había huido de mí, había ido a buscar apoyo. Había sido fiel a la lealtad que me había jurado.

Gracias a ella había recuperado mi clan. Mis tierras. Y mi hogar.

—Deberías dejar que Jacobo decidiera qué será de él, Calem Donald —por primera vez, la voz de Argyll—. Él ya está al tanto de todo. No necesita más pruebas para saber que se ha equivocado contigo.

—¿Pero cómo...? —preguntó Iver.

—La palabra de mi sobrina y su espalda fueron suficientes.

Mi cuerpo en tensión, intentando evitar que la furia se apoderase de mí. No solo había buscado a su tío. Había apelado al rey y, además, había enseñado lo que para ella era una vergüenza.

La miré emocionado, pero ella no me sostuvo la mirada. Le estaba haciendo daño con todo eso.

—Se acabó, Calem —dijo Iver—. Se lo debemos a Aileen.

Era la disculpa pública de mi hermano hacia ella.

Sabía que tenía razón. No podía hacerla sufrir más. No podía ser yo, por mucho que lo deseara, quien terminara con ese hombre.

Ella me había antepuesto a su propia familia. La justicia, para ella, primero.

Yo tenía que hacer lo mismo. Jacobo era quien tenía que decidir qué destino correría ese hombre. Yo ya había recibido demasiado. Y la antepondría a ella.

Tiré la espada, todo se había terminado.

Entonces sus ojos se encontraron con los míos y el agradecimiento que vi en ellos fue mi mayor victoria.

Entonces todo sucedió muy deprisa. Vi cómo Kenneth se levantaba del suelo y su grito de rabia eclipsado por el asustado alarido de Aileen.

No tuve tiempo para pensar, mi instinto actuó por mí.

Sacando la daga que guardaba, se la clavé al agresor. La neblina que cubría mis ojos se fue despejando poco a poco. Fue entonces cuando comencé a distinguir su rostro.

El rostro de alguien que estaba muriendo.

Me temblaba la mano mientras sujetaba la daga, se la había clavado profundamente en la cintura. Comenzó a salirle sangre por la boca y su cuerpo cedió.

Me separé rápidamente de él y mis ojos buscaron, de nuevo, a Aileen.

El horror en su mirada y juro por Dios que supe, en ese momento, que si tenía una mínima posibilidad con ella, la había perdido para siempre.

Me quedé inmóvil, sin poder moverme. Había cumplido mi venganza finalmente, ¿pero a cambio de qué?

—Aileen, yo... —ella negó con la cabeza mientras las lágrimas caían por sus mejillas, aceptó el abrazo de su tío y habló sin mirarme.

—Bienvenido a Finlaggan Castle, clan Donald.

Y se marchó de allí, del que había sido su hogar los últimos años. Se marchó del lugar que debía de haber sido suyo para siempre.

Se marchó viendo cómo mataba a su hermano.

—Calem... —miré a Iver— Mi lealtad está con vos, Laird —dijo en voz alta y fue imitado por todos y cada uno de los guerreros del clan que estaban allí.

Fue una victoria agri dulce. Por fin logramos todo aquello por lo que tanto habíamos esperado y luchado.

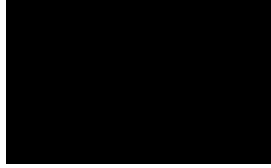
El clan Donald volvía a existir y con la bendición del rey.

Pero el precio a pagar por ello había sido demasiado caro.

Mi venganza me había costado a Aileen Campbell.

Esa maldita venganza me había costado lo que podía haber sido mi felicidad.

Capítulo 26



Lo había matado.

Sabía que no había sido premeditado y que había renunciado a su venganza por mí, pero mi hermano había buscado su propia muerte.

Desde que habíamos llegado a Finlaggan Castle, una horrible sensación se instaló en mi cuerpo. El miedo, suponía.

Y entonces lo vi. Estaba lejos, pero no me cabía la menor duda de que era él. Sobre su caballo, imponente...

Miró en mi dirección y sabía, en el fondo de mi alma, que también me había visto. No se movía, como si no pudiera dejar de mirarme. Como me ocurría a mí con él.

Mi tío no tardó mucho en dar la orden a sus arqueros y las flechas comenzaron a volar. Era la manera de demostrarle a Calem que lucharíamos junto a él.

Superábamos en número a los guerreros de mi clan, así que la lucha no fue demasiado larga. Kenneth había perdido ese combate.

Mi tío me dejó sola para entrar al castillo y asegurarse de que todo estaba bien. Y para encontrar a mi hermano. Yo no pude seguir sus órdenes, así que terminé siguiéndolo sin que se diese cuenta.

Fue en ese momento, cuando entré en el castillo, que me encontré con esos ojos con los que tantas veces había soñado.

Me dolía tanto verlo...

Como le dolía a él, su mirada me lo decía.

Tenía a mi hermano a su merced, pero con el apoyo de Iver, lanzó su espada. Había renunciado al último paso de su venganza por mí. No por ello iba a pensar que me amaba, tal vez todo fue una manera de devolverme el favor que le había hecho.

Y aunque en ese momento no debería importarme el porqué, no podía evitar preguntarme cuál era la razón por la que lo hizo. Como si eso cambiase algo...

Cuando pensé en acompañar a mi tío no tenía en la mente tenerlo tan cerca, pero no pude evitar acercarme. Y llevarme un último recuerdo de él.

Al final, me lo llevé, con la imagen de él matando a mi hermano incluida.

—Tendrá, al menos, un entierro digno —mi tío apareció un rato después, se había encargado de recoger su cuerpo.

—Gracias —no es que lo mereciera, pero seguía siendo mi hermano, no podía olvidar eso ni dejar de sentir pena por él.

—¿Cómo te sientes?

—Ha sido...

—No tenías que haber venido, Aileen.

—Tenía que hacerlo, tío. Se hizo justicia, aunque él debió de recibirla de otra manera —señalé el cuerpo de mi hermano, varios hombres se acercaban, cargándolo.

—Antepuso el odio y el orgullo hasta el último momento.

En eso tenía razón. Era él mismo quien se había matado. Si Calem no hubiera reaccionado, ahora mismo sería él quien habría muerto.

—Ahora descansará en paz —sentencié.

Aunque agotados, decidimos volver a Inveraray, ya acamparíamos por el camino.

—Te quiere, Aileen.

Miré a mi tío, con el ceño fruncido, cuando dijo eso.

—¿De qué estás hablando?

—No de qué, de quién. De Calem Donald, por supuesto. Ese hombre te quiere.

—Tío... No quiero hablar de eso ahora.

—Está bien, no lo haremos. Ahora...

Puse los ojos en blanco, sabía yo que no iba a dejar el tema pasar.

—¿No podemos olvidarlo y ya?

—No.

—¿Por qué no? Es un capítulo que quiero cerrar.

—Porque todo esto solo es el inicio de una larga historia.

Me reí, no sabía si por los nervios o por la incredulidad.

—Ay, tío. Sí que eres un romántico.

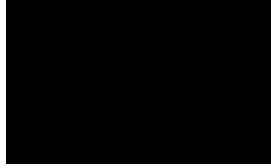
—Pero verás como tengo razón.

Negué con la cabeza. Era un enamorado del amor. Pero en la vida real, las cosas no eran tan sencillas.

Después de regresar a casa de mi tío y de celebrar el rápido entierro de Kenneth, estuve un día entero durmiendo, estaba agotada. Los siguientes días no me encontraba mucho mejor, apenas salía, era como si no tuviera fuerzas y apenas tenía ganas de comer.

Los pasé en la habitación, descansando y torturándome con los recuerdos de los momentos que pasé con Calem.

Capítulo 27



Volví a beber y me acomodé en la silla mientras dejaba caer la copa al suelo. Me limpié la boca con la mano y suspiré. Otro día más que se iba.

Otro día más sin ella...

Desde que recuperé mi hogar, me dediqué, junto con los hombres del clan, a volver a convertirlo en un lugar habitable. Fueron varios días de mucho esfuerzo y más días aún de duro trabajo para acomodarnos allí y hacer que todo aquello comenzara a prosperar.

Las cosas ya estaban mejor, así que me podía relajar un poco.

No había podido borrar de mi mente la mirada de horror de Aileen. La tenía grabada a fuego. Me odiaría por lo que había hecho y con toda la razón del mundo.

Y no solo por haber matado a su hermano ante sus ojos, sino por haber creído que me había traicionado. ¿Qué clase de confianza en ella le había demostrado?

Ninguna.

—¿Bebiendo otra vez? —resopló Iver al entrar en el salón.

—No empieces —le advertí.

—No empezaré nada, Calem. Pero cada vez está más cerca el momento en el que te dé una paliza por actuar como un idiota.

—Cuando quieras —abrí los brazos—. No me voy ni a defender.

—Estás fallándole al clan.

—¿Le estoy fallando? —reí con ironía— Les he devuelto todo, ¿qué más quieres que haga?

—¿Que dejes de beber y te comportes como lo que eres, el Laird?

Lo ignoré, estaba cansado de sus sermones. Estaba harto de todo eso. Ya había hecho todo lo que estaba en mi mano y en ese momento me apetecía beber, como cada noche y olvidarme de todo. Porque el dolor era demasiado grande, era insoportable. Y el alcohol ayudaba a menguarlo.

—Me vas a obligar a ir a buscarla, ¿es eso lo que quieres?

—¿Vas a buscar a esa zorra? —escupí, con rabia, recordando ese insulto.

—Me equivoqué, Calem —dijo enfadado—. Pensé que nos había traicionado. Como lo hiciste tú —me recordó, ahondando en la herida—. ¿Cómo quieres que te pida perdón por ello? Además, ¿por qué demonios tengo que pedirte perdón a ti? No soy yo quien está enamorado de ella y quien no ha tenido el valor de ir a buscarla. ¡Ni siquiera le has dicho lo que sientes por ella! —explotó.

—¿Para qué? —suspiré— Me odia. Y lo que yo quiero con ella... —matrimonio, niños, un futuro.

—Y tal vez está embarazada y ni lo sabes, que puede ser.

—No seas idiota, no me ocultaría algo así —Aileen jamás haría eso. Había pensado en un posible embarazo demasiadas veces. Si eso hubiera ocurrido, ya lo sabría, estaba seguro de ello—. Pero ya me rechazó varias veces.

—¿Y no se te ha ocurrido pensar por qué lo hizo?

Muchas veces lo pensé, sí, pero ¿qué importaba? La respuesta era simple, no me quería.

—Es evidente, ¿no? No quiere lo mismo que yo.

—Tal vez porque ella ni siquiera sabe qué es lo que quieres tú, idiota —gruñó y yo apreté los dientes—. Porque lo único que sabe es que era necesaria para nuestra venganza. Eso y que la sedujiste para conseguir casarte con ella.

—Ella no fue solo eso —dije con rabia—. Iba a decírselo, pero ya no estaba.

—Lo sé, a mí no me lo tienes que decir. Quizás ayudaría que lo supiera ella.

—¿Ahora eres su defensor?

—Quizás... Después de todo lo que hizo por nosotros...

—Maté a su hermano. No viste cómo me miró...

—No, no lo vi. Pero te veo a ti y no te reconozco. El Calem que conozco no se habría rendido tan fácilmente por miedo a que lo rechacen. Pero tú... Eres un maldito cobarde.

No lo era, solo estaba respetando su decisión. No quería casarse conmigo.

—Necesito beber —me levanté y caí al suelo cuando me golpeó.

Me levantó y me miró con odio.

—Se acabó, Calem. Deja de actuar como un imbécil. Busca a esa mujer y dile lo que sientes.

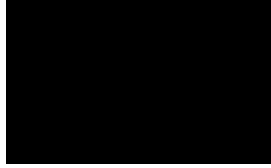
—¿Y si me rechaza?

—¡Pues sedúcela de nuevo, maldito idiota! —exclamó— ¿O en serio vas a decirme que no vas a luchar por ella? ¿Qué clase de amor es ese? —me empujó y caí de nuevo al suelo.

Sabía que tenía razón. Y que era un maldito cobarde.

Tenía que arreglar eso. Tenía, al menos, que intentarlo. Porque me estaba volviendo loco sin ella.

Capítulo 28



Esa mañana me había despertado con un poco más de energía, así que aproveché y bajé a comer algo, saludé a mi tío, quien estaba desayunando en el comedor.

—Buenos días —sonreí.

—Vaya, se despertó la bella durmiente —rió—. ¿Estás mejor?

—Sí —le regalé una sonrisa—. ¿Cómo te sientes tú?

—Bien, Aileen. No tienes que preocuparte por mí —una sonrisa de agradecimiento para mí.

—Estoy pensando...

—Miedo me das —rió.

—Tampoco soy una cabra loca —reí. Cogí un poco de pan y le di un mordisco—. Creo que debería de marcharme.

—¿Marcharte? —frunció el ceño—. ¿Adónde? ¿Y por qué?

—No quiero ser una molestia, tío. Y adónde... No lo sé, quizás Kylie me deje pasar un tiempo con ella hasta que...

—Hasta que dejes de hacer la tonta.

—¡Tío! —reí.

—Es que no entiendo lo que dices, Aileen. Esta es tu casa. Aquí no molestas, no lo hiciste nunca y no lo harás aunque pases tu vida entera aquí —dijo enfadado—. Soy yo quien puede sentirse molesto al saber que piensas así.

—Yo solo...

—Dices estupideces, lo sé —resopló—. ¿Y con Kylie? ¿Con ese viejo? ¿Cuánto ibas a aguantar

sin meterte en un lío?

—Supongo que no demasiado —dije con sinceridad.

—Te quedarás aquí hasta que vuelvas a Finlaggan Castle y no se habla más.

Me atraganté mientras bebía.

—¿Y para qué iba a volver yo a ese lugar?

—Porque es tu hogar.

—Oh, maldición, vamos a seguir con lo mismo.

—No maldigas en vano.

—No me hagas hacerlo.

—¿Con él también eras así?

—¿Con quién?

—Con Calem. ¿También eras así de insolente?

—Tío... —suspiré.

—Lo siento, no es momento de hablar de ello. Lo sé.

—Mejor olvidemos...

—¿Hasta cuándo?

—¿Hasta cuándo qué?

—¿Hasta cuándo vas a evadir el tema? Porque llevas varias semanas aquí y aún no hemos hablado de ello.

—Pues hasta que lo olvides, porque no creo que haya nada que hablar. Es el pasado, dejémoslo atrás.

—En eso te equivocas.

—Para mí es así, tío —mentí.

Porque no había dejado de pensar ni un solo día en él. Pero tenía que seguir con mi vida, como él

con la suya.

A veces me preguntaba si ya estaban instalados allí, si todo funcionaba bien. ¿Estaría feliz? Por fin había conseguido lo que era suyo, por fin podía comenzar a vivir una nueva vida.

Era un nuevo comienzo para el clan Donald y, sobre todo, para él.

Calem, siendo el Laird, no lo había tenido fácil.

—¿Y para tu hijo?

¡¿Mi qué?!, quise gritar. Se había vuelto loco, seguramente era eso.

—Que sea yo quien tenga que decirte que estás esperando un hijo... —resopló.

—Yo no estoy...

Me callé mientras hacía las cuentas. Desde la última vez que estuve con él... Desde la última vez que sangré... Desde...

—Oh, maldición —gemí, me estaba empezando a faltar el aire. Me levanté rápidamente y caminé por el comedor.

—Bueno, a un niño se le ve como una bendición —dijo con ironía.

—No estás ayudando, tío —gruñí.

—Te he dado la noticia, ¿no es eso ayuda?

Se sentía gracioso el hombre...

—Ay, Dios, ¿qué voy a hacer ahora?

—¿Dar a luz?

—No estás ayudando —gruñí.

—Oh, está bien —vino hasta mí y me obligó a sentarme de nuevo—. Primero te relajas y desayunas, necesitas comer por dos —lo miré de mala manera y él carraspeó—. Quiero decir, que tienes que coger fuerza —puse los ojos en blanco—. Está bien, que comas y ya —resopló.

—Ya no tengo hambre.

—Pues te obligas a comer —se sentó en su sitio.

—Y lo segundo es mandarle una misiva a Calem, tiene que saber que será padre.

—No.

Mi respuesta fue rápida.

—No puedes ocultarle eso, Aileen.

—Por ahora sí. Necesito... Pensar.

—¿Pensar en qué? Ese pequeño tiene que nacer con una familia. Ya no se trata de ti ni de tus sueños, sino del bebé. ¿O es que no confías en él? ¿Crees que no será un buen padre?

—No es eso —negué rápidamente—. Pero yo quería...

—Tú estuviste en su lecho porque quisiste —dijo, ignorando que me había puesto roja como la grana—. Conocías las consecuencias, Aileen. Ahora debes ser consecuente con ellas.

—¿Y si no quiero decírselo? ¿Me repudiarás?

—Sabes que no. ¿Pero vas a dejar que tu hijo sea marcado como un bastardo cuando el padre es el hombre al que amas solo porque crees que él no te quiere a ti y no quieres tragarte tu orgullo?

—Como lo dices, suena horrible.

—Digo lo que es.

—Él no me quiere, tío. Y yo no quiero ser infeliz.

—¿Fuiste infeliz el tiempo que estuviste con él?

—No —dije con tristeza—. Pero solo era parte de su plan. Hace semanas que volví. ¿Viste que vino a por mí? —pregunté por ironía— Ni siquiera un agradecimiento, nada. ¿No es bastante muestra de que ya me dejó en su pasado? Además, ¿quién soy yo para ir ahora y...? Quizás encontró a alguien más.

—El maldito orgullo Campbell. No eres tan diferente a tu hermano en eso.

—No me hagas daño así...

—No quiero hacerlo, Aileen. El daño te lo haces tú sola. Si quieres quedarte aquí, es tu casa. Nadie te tratará mal y menos aún a ese niño. Pero tú, que tanto abogas por la justicia... No solo estás siendo injusta con Calem Donald, también con ese bebé. Al menos dile que será padre y no conviertas esto en algo solo tuyo. No es justo.

—No sigas...

—Tal vez no lo ha hecho bien, pero tú tampoco. Ese hombre te ofrecía todo. Te trató bien. No culminó lo que más deseaba, una venganza, por ti. Pero le vas a ocultar que será padre solo porque según tú, no te quiere.

—Por favor, tío —rogué.

—Si eso no es querer a alguien, no sé qué lo es... No sé qué es lo que quieres, Aileen. ¿No serán excusas o miedos tuyos?

Se levantó y me dejó allí, con lágrimas en los ojos.

Embarazada...

Si algo no podía haberme imaginado era eso. Embarazada de un hijo de Calem. Bajé las manos hasta mi vientre y lo acaricié mientras las lágrimas bajaban por mis mejillas.

—¿Qué hago? —susurré.

Mi tío tenía razón, ya no podía pensar solo por mí. Tenía que pensar por el bebé. Pero Calem..

“¿Vas a dejar que tu hijo sea marcado como un bastardo cuando el padre es el hombre al que amas solo porque crees que él no te quiere a ti y no quieres tragarte tu orgullo?”

“No culminó lo que más deseaba, una venganza, por ti.”

“Si eso no es querer a alguien, no sé qué lo es... No sé qué es lo que quieres, Aileen. ¿No serán excusas o miedos tuyos?”

Mi tío apretando en la llaga...

Ya no era solo yo, había una personita creciendo dentro de mí en la que tenía que pensar. Y aunque me dolía todo lo que me había dicho, no podía negar que mi tío tenía razón.

Era hora de buscar a Calem Donald.

Salí fuera de la casa y encontré a mi tío paseando por el jardín. Me acerqué a él y caminé un rato a su lado, en silencio.

—Tengo miedo de que esa forma en la que me trató solo fuera porque quería algo de mí. Por vengarse de Kenneth —reconocí, rompiendo el silencio.

—Seguramente fue así al principio. Tú también lo engañaste, haciéndole creer que lo traicionabas.

—No es lo mismo, tío.

—No. Pero lo que intento hacerte ver es que no importa cómo o por qué comenzaron las cosas. Si no hubieron sido así, no habrías conocido el amor. No con él al menos.

—¿Y si me rechaza? ¿O si solo se siente obligado a estar por el bebé? Volveré a rechazar eso. Me quedaría a su lado, pero sin casarme con él.

—¿Y si dejas de pensar e imaginar tanto y preguntas las cosas antes, Aileen? —resopló— Te debes a ti misma, a tu hijo y a él mismo el decirle la verdad. Lo que ocurra después... Lo veremos cuando llegue.

—No será fácil.

—Sé que no, mi niña. Pero no te perdonarías ocultarle algo así.

En eso también tenía razón. No podría guardarme ese secreto para siempre. No podría negarle el derecho de estar cerca de su hijo, de verlo crecer. Ni a mi pequeño de criarse con su padre.

No le pediría nada, solo que lo supiera y si quería tenernos cerca, estaríamos allí.

—¿Me acompañarás?

Una dulce sonrisa se formó en sus labios.

—Ya mandé preparar los caballos.

Soltó una carcajada al ver mi cara de incredulidad. No podía creérmelo.

¿Eso significaba que...?

Que no me dejaría más tiempo para pensar y arrepentirme.

Iba en busca de Calem para decirle que iba a ser padre.

Capítulo 29



Salí al jardín y la vi, su hombro apoyado en un árbol y ella mirando al horizonte. O eso imaginaba por su postura porque estaba dándome la espalda. Un escalofrío recorrió mi cuerpo al verla.

Miedo.

Esperanza...

Me acerqué lentamente a ella y me paré sin tocarla. No había notado mi presencia. Con la misma lentitud y con la necesidad de tocarla, puse las manos en sus caderas. Noté cómo su cuerpo se tensaba y sin perder más tiempo, acaricié su vientre hasta abrazar su cintura y pegarla por completo a mí.

—Calem... —suspiró, reconociéndome.

Acerqué mi cara a su cuello y le di un dulce beso.

—Te echo de menos —susurré contra su piel.

Se giró entre mis brazos, la mantuve entre ellos, no quería separarme de ella. Ni soltarla.

Sus preciosos ojos anegados en lágrimas, mirándome. Lucía hermosa, triste pero preciosa.

—¿Qué haces aquí? —susurró.

—Necesitaba verte... Y pedirte perdón —vi, de nuevo, el dolor en sus ojos y retiré, con lentitud, mi abrazo. Di un paso atrás. Era difícil separarme de ella, tenerla cerca y no poder tocarla—. Me gustaría explicarte algunas cosas, si me permites hablar contigo.

—Estaba tomando el sol —casi tartamudeó, nerviosa—. Si quieres acompañarme...

Asentí con la cabeza y caminé a su lado. Unos minutos en silencio, luchando contra mi necesidad de volver a pegarla a mi cuerpo y besarla hasta nublarle la mente y convertirla en mi futuro.

—No quise matarlo, Aileen, yo...

—No te guardo rencor por eso, Calem. Sé lo que ocurrió, estaba ahí —suspiró—. Era mi hermano y me duele, pero... Ese era su destino, él mismo lo provocó.

—No tenía que haber sido así.

—No, pero así es la vida. De verdad, si es eso lo que te preocupa... No te odio por nada —sonrió, con un poco de tristeza.

—Gracias...

—¿Cómo está todo en Finlaggan Castle? —preguntó, cambiando el tema.

—Bien. Aún no me creo que haya conseguido recuperarlo.

—Vuelve a ser tuyo. Tu hogar —sonrió, mirando al frente y yo embozado a su perfil. Caminaba con los brazos cruzados, estaba nerviosa.

—No lo quiero, Aileen —se paró y me miró con el ceño fruncido.

—¿De qué hablas, Calem? Luchaste mucho, durante años, por recuperar todo lo que mi hermano te arrebató.

—¿Y de qué me ha servido? Terminé perdiendo lo que más quería —dije con sinceridad.

Ella me miraba extrañada, sin entender nada.

Mi hermano tenía razón, ella de verdad creía que no significaba nada para mí, como me había dicho la noche antes a su huida.

—Pensé que serías feliz cumpliendo tu venganza. Ahora tienes una vida por delante para...

—Para pasarla demostrándote que lo único que quiero en este mundo eres tú.

No era así como tenía planeado decírselo, pero es como me nació.

Ella abrió los ojos de par en par. Abrió su boca, la cerró sin emitir sonido alguno. Tardó unos minutos en poder hablar.

—¿Qué? —la incredulidad en su voz.

—No quiero ese lugar, no lo quiero si no estás en él.

—No estás pensando con claridad, Calem...

—Por Dios que lo hago, después de estas malditas semanas lo hago —resoplé, frustrado y me pasé las manos por el pelo—. Lo hice mal y te dejé acostarte esa noche creyendo que tenías razón, que no eras nada para mí, solo un simple peón. No es así —una lágrima cayó por su mejilla y no pude evitar limpiarla y acariciar su mejilla—. Tenía todo preparado para casarnos al día siguiente. Iba a pedírtelo, no sin antes decirte que te amaba.

—Tú no me amabas, ni lo haces —lloró.

—Que arda en el infierno si no es así —cogí su cara entre mis manos—. Pero me di cuenta tarde. No fue hasta esa misma noche que lo supe. Cuando te vi llorar y creerte prescindible para mí —estaba siendo todo lo sincero que podía—. Me quedé esperando a que te durmieras para acostarte y sabía que tenía que quitarte esa idea equivocada de la cabeza. No quería casarme contigo solo por mi estúpida venganza, no te seduje para que fueras mía solo por eso. Te deseaba y lo sabes. Igual que lo hago ahora. Y te amaba... Igual que ahora.

—Calem, yo...

—Te odié pensando que huiste de mí —reconocí—. Y no fue hasta que te vi en esa batalla, antes de que tu tío atacara, que lo entendí todo. Siempre fuiste fiel a mí y yo no te di nada. Ni siquiera fui sincero contigo y lo siento.

—Yo necesitaba que creyeras eso —lloró—. Aunque me duela de todas maneras.

—Tengo mucho que explicarte, Aileen. Sé que tengo mucho por lo que pedirte perdón. También sé que te negaste en varias ocasiones a casarte conmigo y no te voy a negar que estoy asustado poniendo mi corazón en tu mano —suspiré, emocionado—. Pero no podía dejar de intentarlo. Yo... Yo renuncio a todo si con eso me crees.

-¿De qué estás hablando?

-Dejo todo si así te demuestro que soy sincero y que no hay ningún interés oculto en mí. No te quiero conmigo por ninguna venganza, por ningún tema de honor o cualquier cosa que se te pueda pasar la cabeza. Te quiero conmigo porque te amo y porque mi único anhelo es tener un futuro contigo. Sea donde sea.

—No puedes renunciar a tu clan.

—Lo haré si es necesario. No me importa más que tú.

Esa era la verdad. Había sufrido mucho desde que se marchó de mi lado y no quería volver a pasar por lo mismo.

—No permitiría eso —dijo con firmeza.

—Sería mi decisión, Aileen. ¿Crees que...? —tragué saliva— ¿Crees que hay alguna posibilidad

de que me aceptes algún día? Por pequeña que sea, ¿alguna remota posibilidad de que puedas llegar a quererme?

Vi el asombro en sus ojos, abiertos de par en par.

—¿Realmente me estás preguntando eso? —la incredulidad en su voz.

Asentí con la cabeza.

—Necesito saberlo. Necesito saber qué puedo hacer para que consideres ser mi esposa. Cómo puedo luchar para que me ames, aunque sea un poco.

—No puedo creer lo que me estás diciendo —una risa nerviosa salió de su garganta, terminó sollozando y cuando se calmó, me miró a los ojos con picardía, descolocándome—. ¿Cuánta seducción estáis dispuesto a usar para lograr eso, mi señor? —pestañeé, no la entendía— Dios mío, Calem. ¿Tan ciego estuviste para no ver que siempre te he amado?

Contuve el aire, tenía que haber escuchado mal.

—Aileen...

—Supongo que en temas de amor, los dos somos algo... ¿Inexpertos? —arrugó su preciosa nariz y algo en mí se rompió.

La besé. Lo hice porque no podía más. Lo hice porque lo necesitaba más que respirar. Dios, cuánto había echado de menos eso.

Sentirla...

Besarla...

Adorarla con mis labios...

Sabía más dulce que nunca, ni las lágrimas podían luchar contra eso. La agarré por las caderas y la pegué a mí. La necesidad que tenía de ella era inmensa.

Terminé, a regañadientes el beso cuando puso las manos sobre mi pecho. Miré su rostro, preocupado por su reacción y más preocupado aún al ver su palidez.

—¿Aileen?

—Necesito sentarme un momento, estoy algo mareada.

El pánico se apoderó de mí, ¿mareada? ¿Demasiadas emociones o qué maldito problema había que yo no sabía?

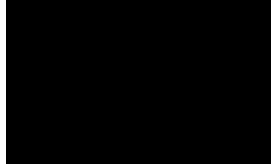
La ayudé a sentarse sobre el césped y apoyó la espalda en el árbol.

—¿Qué es lo que ocurre? —el pánico en mi voz.

—Calem... Siéntate. Tenemos que hablar.

El miedo ya se había apoderado de mí.

Capítulo 30



—¿Crees que por fin dejarán de hacer el tonto? —preguntó Fraser Argyll.

—Pues mi hermano espero, porque me tiene bastante hartó —resoplé.

—¿Qué hizo?

—No sé si sería mejor preguntar qué no hizo. Porque lo único que hacía estos últimos días era beber para olvidar.

El Duque puso los ojos en blanco y yo hice lo mismo.

Estábamos los dos frente a la ventana del comedor, mirando cómo esos dos tontos hablaban.

—La quiere, Argyll —aseguré.

—Lo sé, lo supe siempre.

—Pues ya somos dos. Menos ellos, todo el mundo lo sabía —elevé las manos al cielo.

—No ha sido una historia normal. Mi sobrina también es algo testaruda y orgullosa. Al fin y al cabo, es una Campbell —rio—. Y si no conseguía el amor que quería... Menos mal que logré que dejara el orgullo atrás, íbamos a salir hoy mismo hacia Finlaggan Castle.

—¿Y eso por qué? —pregunté con el ceño fruncido.

—Porque... Oh... —en ese momento, los dos tontos se estaban besando— Creo que sí dejarán de comportarse como dos idiotas —suspiró el Duque.

Sonreí al verlos, por fin se atrevían a decirse las cosas.

—Mi hermano venía asustado. Tenía muchas cosas que explicarle. Y decirle lo que siente no tiene que ser fácil.

—Tampoco lo es para ella. Y menos lo será la noticia que tiene que darle.

—¿Es grave? —pregunté, preocupado, al ver cómo él la ayudaba a sentarse. Fue entonces cuando lo entendí— ¿Desde cuándo lo sabe?

—Desde poco antes de que llegara, yo le di la noticia.

Lo dijo con tanta gracia que tuve que soltar una carcajada.

—Mi hermano padre... —resoplé— De un hijo de Aileen... —resoplé de nuevo— ¿No tienes un puesto por aquí para mí? Digo, porque a esos dos no los podré soportar con tanto amor.

—¿Y perderte la oportunidad de sacar de quicio a tu hermano cuando puedas enseñar a ese niño a que haga trastadas? —sonrió— Esta siempre será tu casa, eso no lo dudes.

—Mirándolo así... Creo que será divertido ser tío —reí.

El Duque rio y los dos nos quedamos mirando.

—Aún no se lo dijo, sabré el momento exacto en que lo haga.

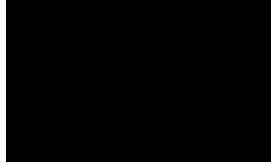
—¿Y cómo lo sabrás?

—Fácil. Porque o se pondrá azul o se desmayará. Eso si mi hermano no muere de un infarto.

Reímos y observamos cómo la pareja de tontos, por fin, se sinceraban el uno con el otro.

Y sonreí, feliz por ellos. Merecían ser felices. Juntos.

Capítulo 31



No podía creerme lo que estaba viviendo.

Calem estaba allí, guapísimo con el kilt de su clan. Tan imponente, atractivo, con esos hermosos ojos sobre los míos.

Había venido a buscarme. Me había dicho que me amaba. Y lo creía, confiaba en él. Esos ojos no me estaban mintiendo con ninguna de las palabras que salió de su boca.

Lloré mientras lo oía, sentía como si me estrujasen el corazón. Era como vivir un sueño hecho realidad.

—Por el amor de Dios, Aileen, no me asustes —el pánico en su voz cuando se sentó a mi lado—. ¿Qué es lo que te ocurre? ¿Estás enferma? ¿Es eso? —estaba pasando a la histeria, tenía que...— Dime lo que sea, solucionaremos lo que sea. ¡Pero por Dios, habla! —... pararlo.

—Si te calmas, quizás pueda hacerlo —suspiré.

—Lo siento —respondió, contrito.

—Mi tío estaba preparando los caballos, iba a ir a buscarte.

—¿A buscarme? ¿Para qué? ¿Por qué?

—Si no te calmas y te callas, no podré hablar —resoplé. Cogí su mano y la apreté, a ver si así lo ayudaba. Entrelazó nuestras manos y me miró, expectante y preocupado— ¿Estás preparado?

—¡Y yo qué voy a saber!

Puse los ojos en blanco, mi pregunta sobraba.

—Bueno, ahí va...

—¿Y bien...? —preguntó minutos después cuando aún no había sido capaz de decírselo.

—Iba a ir a buscarte, porque me acabo de enterar... —ay, Dios, qué difícil era— Estoy embarazada.

Silencio, todo lo que se escuchaba era nada...

Lo observé y yo pensaba que a ese terrible hombre le había dado algo al nombrar la palabra embarazo.

—¿Calem? —mi voz cautelosa...

—¿Qué has dicho? —susurró.

—Que estoy embarazada —dije con lentitud.

—Embarazada... Ay, Dios —se levantó y comenzó a caminar de un lado para otro y yo iba a entrar en pánico—. Un bebé...

—Calem...

—Será un Donald.

—Sí... ¿Por qué no te sientas? Me mareas...

No tardó nada en hacerme caso.

—¿Necesitas algo? ¿Agua? ¿Un paño frío en la frente? ¿Comer algo especial? —preguntó sin respirar.

—Sí.

—¿Qué necesitas?

—Que te calmes —suspiré—. También ha sido una sorpresa para mí. Iba a tragarme mi dolor, mi orgullo pensando que no me querías e iba a decírtelo. No sabía cómo ibas a reaccionar, pero estaba dispuesta a rechazar tu propuesta de matrimonio si solo lo hacías por el bebé.

—Vamos a tener un bebé —dijo como si no me hubiese escuchado.

—Calem, por favor, ¡céntrate! —exclamé.

De repente soltó una carcajada, cogió mi cara entre sus manos y me besó.

—No sabes cuánto te quiero —susurró sobre mis labios.

—Supongo que me hago una idea —sonreí.

—¿Entonces cuándo nos casamos?

—Cuando me lo pidas —sonreí.

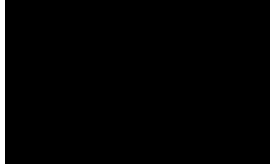
—Aileen Campbell, ¿te casarás con este idiota highlander enamorado de ti?

Asentí con la cabeza y por primera vez en mi vida supe que iba a ser, por fin, feliz.

Quizás no como en los cuentos de hadas. ¿Pero quién cambiaría a mi highlander por algo así?

Yo seguro que no.

Capítulo 32



Volvía a tenerla entre mis brazos. Era mía. Aún no podía creérmelo.

La abracé con fuerza y le di un beso en la cabeza.

—¿Estás bien? —preguntó con la voz somnolienta.

Levantó la cabeza de mi pecho y me observó, un poco preocupada. Con el dedo, acaricié su ceño fruncido.

—No sé cómo pedirte perdón por todo lo que hice.

—¿Qué hiciste? —sonrió— ¿Enamorarme?

—Te fallé, Aileen.

—Sabes que no es así. En ese caso también te fallé. Es pasado. No quiero volver a hablar de eso.

Descarada, se tumbó sobre mi cuerpo. Maldición, ya estaba excitado de nuevo. Sonreí pícaramente y apreté su trasero. Había escondido la cabeza entre mi cuello y mi hombro y me besó.

—¿Te molesto?

Reí, era tonta si pensaba eso.

—Nunca —dije con firmeza—. Te quiero siempre así.

—¿Cómo? —levantó la cabeza y me miró.

Despejé su rostro, quitando el pelo que lo tapaba.

—Descarada. Pidiendo lo que quieres —la moví, refregándola contra mi erección y gemimos—. Cogiendo lo que te apetezca cuando te apetezca —la moví de nuevo para introducirme en ella.

—Eso suena bien —dijo entrecortadamente.

Se siente mejor, pensé.

Atrapé sus labios y comenzamos a movernos. Con lentitud, disfrutando a la vez de sus perfectos labios.

—Te he deseado cada segundo, Aileen. Ha sido una maldita tortura estar lejos de ti —la penetré más, levantando las caderas. Dios, se sentía tan bien...

Se elevó y me miró a los ojos, una divertida chispa en los suyos.

—Habría que recuperar al tiempo perdido.

Y lo hicimos. La amé como nunca lo había hecho. Le di todo de mí, no me guardé nada. La hice temblar, gemir, gritar...

La pasión de Aileen era un regalo para mí.

Me montó hasta dejarme extasiado, dichoso por tenerla conmigo.

—Calem...

—¿Sí? —estaba medio dormido, disfrutando de sus caricias en mi pecho.

—¿La amaste?

Abrí los ojos y la miré.

—¿De quién hablas?

—De Kylie —estaba seria, quizás temerosa.

Sabía que le podría doler la respuesta por mucho que mi amor fuera de ella. Pero siempre le sería sincero.

—No —esa era la verdad—. Es preciosa, no voy a negarlo. Educada, tranquila... Me hizo soñar con que quizás, entre ella y esa unión de clanes, podría tener un futuro mejor.

—¿Sin guerras?

—Sin disputas, sí. Una familia... Dejar la espada a un lado.

Aunque ambos sabíamos que era imposible en las Highlands.

Se quedó pensativa, mirando a la nada. La cogí por la barbilla y esperé a que me mirase.

—No me enamoré, Aileen. Solo he amado a una mujer y es la que me está mirando ahora a los ojos. Soy sincero con esto.

—Te habría hecho feliz de todas formas.

—Lo dudo —reí—. No hubiera aguantado mucho sin un poco de vida —eso era ella, vida plena.

Desafíos, risas, picardía, descaros...

—Recuerda esa frase cuando me veas entrenar.

—¿Entrenar? —fruncí el ceño.

—Con la espada, claro.

Puse los ojos en blanco.

—No lo harás y menos cuando llevas a mi hijo dentro.

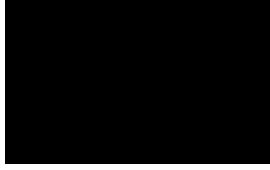
—Pero lo haré después. Y lo enseñaré —sonrió.

La besé, dejando que pensara que estaba de acuerdo, solo quería que se callara.

Si algo tenía claro, es que la vida con Aileen no iba a ser aburrida.

Y nada podía haberme hecho más feliz.

Capítulo 33



—Aileen...

Estaba sentada en los escalones de la entrada en la casa, mirando a la nada. Pensando en la suerte que tenía.

El hombre al que amaba me había confesado su amor y de vislumbraba un precioso futuro para ambos. Y para nuestro bebé.

No había mayor felicidad que esa.

—¿No puedes dormir, Iver? —aún no había amanecido.

Calem estaba dormido y como yo no podía conciliar el sueño, salí a tomar un poco el aire. Aunque hacía un frío de mil demonios, necesitaba ese momento para mí.

Me apreté con más fuerza la capa para resguardarme del frío y miré a quien sería mi cuñado cuando se sentó a mi lado. Refregó sus manos en un intento de calentarse.

—Lo siento —suspiró, apenado—. He sido cruel contigo. He dicho cosas injustas. Y no sé cómo pedirte perdón.

La misma frase de su hermano.

Iver era muy guapo, casi tanto como Calem. Y aunque no había tenido mucha relación con él, le tenía un cariño especial. Siempre apoyaba a su hermano y lo cuidaba.

—Tu lealtad es con él, Iver y creíste lo que yo te hice creer. No tienes que pedirme perdón. Lo entiendo —sonreí.

—¿No me guardas rencor?

—¿Me lo guardas tú a mí por mi forma de actuar?

—No —dijo rápidamente.

—Entonces, como le dije a Calem, ¿por qué no dejamos el pasado atrás? Ahora lo que queda es un futuro con esperanzas.

—Eres una gran mujer. Seréis felices.

—Sé que sí —me sentía emocionada.

—Te quiere, Aileen. Te quiso siempre. Estaba destrozado cuando no te tenía cerca. Como sé que lo estuviste tú.

—No fue fácil... Pero quedó atrás.

—¿Será fácil para ti volver a Finlaggan Castle?

Cogí aire y lo solté lentamente. Saldríamos hacia allí al día siguiente y el enlace se celebraría un par de días después.

—Bueno, siempre quedarán los recuerdos. Hay lugares...

—¿Donde murió?

—O donde usaba su vara conmigo —dije con tristeza—. Me costará al principio, pero es el hogar de Calem, el del clan. Me adaptaré.

—También es tu hogar —sentenció—. Será un honor para mí que te conviertas en su esposa. Serás una digna señora.

—Eso es porque todavía no me conoces —resoplé, divertida, quitándole emoción al momento—. Le dije a Calem que entrenaría con la espada y ya se puso nervioso. Creo que las cosas no van a ser fáciles si pretende que me quede tejiendo.

Iver rio y negó con la cabeza.

—Es protector, pero siempre hará lo que sea necesario para verte feliz.

—Y yo a él, Iver. Y yo a él.

—Lo sé —sonrió—. Así que supongo que tenemos tarea los próximos meses. Una boda, un matrimonio por el cual no veremos a mi hermano salir mucho del dormitorio al principio —rio cuando asentí con la cabeza—. Y un bebé. Maldición, Aileen, podías haberte esperado un poco. ¡Yo no sé cómo actúa un tío!

Resoplé, ¿por qué tenía que parecerse tanto a su hermano? Otro que, seguramente, me iba a colmar la paciencia con bastante rapidez.

—Creo que un tío, por como es el mío, es quien está ahí para escuchar a sus sobrinos y para permitirles hacer todo lo que sus padres no quieren.

Él enarcó las cejas, divertido por mi respuesta.

—¿Y por qué me lo dices? ¿Quieres que volvamos loco a mi hermano?

—Yo lo haré, al niño también lo crio yo, así que...

Iver soltó una carcajada.

—Pobre Calem—rio.

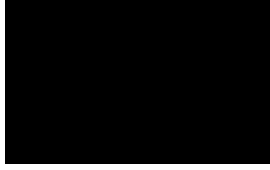
Sonreí y miré al frente de nuevo. Éramos afortunados los dos por tenernos en uno al otro.

Nuestro comienzo fue una casualidad. Pero ese fortuito error, nos iba a llevar a conocer la felicidad.

Tal vez tenía que aprender que, en la vida, todo pasa por algo. Y que la felicidad no llega sola, a veces hay que ir a buscarla.

Ya la había encontrado en Calem y no lo soltaría nunca más.

Epílogo



—Buenos días, Iver —saludé a mi hermano pequeño cuando entré en el salón de Finlaggan Castle. Estaba sentado, cómodamente, haciendo...

Pues nada, como siempre.

—Buenos días. Te quedaste dormido hoy.

—Scott no nos dejó dormir, quería jugar —resoplé—. ¿Dónde están?

Lo más seguro es que enseñando al niño a usar la espada, algo que ella hacía muy a menudo y que me ponía nervioso. Eso o cualquier otra trastada, porque Aileen era todo menos una mujer tranquila, siempre estaba inventando algo.

Me sacaba de mis casillas y me encantaba por ello.

—Salieron al patio después de desayunar.

—Voy a buscarlos. Levanta, hombre, tenemos que ir de caza hoy.

—Mientras los buscas, los encuentras y vuelves, me da tiempo a un pequeño sueño.

Me reí, no cambiaría nunca. Salí y ahí estaban, tumbados en el césped. Lo que significaba que Aileen le estaba contando alguna de sus historias.

Desde que fui por ella, mi vida era un regalo. Celebramos el enlace pronto y ella se adaptó bien a nuestro hogar. Los recuerdos no podría borrarlos, pero crearíamos nuevos, cada día, para que se sintiera mejor allí.

Era feliz, no había más palabras para describir la dicha de tener a Aileen y a mi hijo junto a mí.

—Y entonces —le estaba contando ella—, cuando todos creían que el pequeño niño dormía, salían de su escondite —ese pequeño de pelo castaño y ojos verdes miraba embelesado a su madre. En eso se parecía a mí, porque la miraba igual, siempre—. Eran muy pequeños, del clan Elfos.

—Elfos —repitió Scott.

—Elfos, sí —sonrió Aileen—. ¿Y sabes para qué salían de su escondite por la noche?

—No —el pequeño negó repetidamente con la cabeza.

—Para cuidar del pequeño guerrero. Con ellos allí, nadie le haría daño nunca. Y así él podría descansar para convertirse en un guerrero tan fuerte como su papá.

Sonreí, era la mejor madre del mundo. Con ese simple cuento conseguiría que Scott durmiera solo en su cama esa noche. Nadie como Aileen para entenderlo.

—Yo quiero Elfos —Scott tocó las palmas, emocionado.

—¿Te cuento un secreto? Pero no se lo digas a nadie —susurró Aileen.

—¡Sí! —exclamó él.

—En tu habitación hay Elfos que cuidan de ti. Cuando duermas allí, verás como te sientes seguro con ellos y cómo cada día te despiertas más y más fuerte.

—¿Como papá? —me emocionó oír eso.

—Como papá —aseguró ella.

—Quiero a papá. Y a ti, mami —Scott acarició su cara.

—Y yo os adoro a los dos, pequeño —la emoción en su voz.

—Creo que el tío Iver está aburrido —dije en voz alta, para que me oyeran.

—¿Aburrido? —Scott se levantó de un salto y me miró con el ceño fruncido.

—Sí, como nadie juega con él... —suspiré— Pobrecito.

—¡Iver! —gritó Scott mientras corría hacia la casa, parando antes a darme un beso.

Aileen reía mientras la ayudaba a levantarse.

—¿Iver aburrido?

—Intentando dormir —reí.

—Déjalo —me riñó.

—No —la pegué a mí—. Porque me he despertado y no estabas. He bajado a desayunar y tampoco había nadie. Y tengo hambre —mordí su cuello.

—¿Quieres que te prepare algo? —gimió.

—No... Quiero comerte a ti.

Agarré su mano y tiré de ella. No tardé en tenerla en nuestra habitación, tumbada en la cama y con mi cuerpo sobre el suyo.

—Me muero de hambre —dije agarrando su pecho.

Devoré sus labios hasta que la dejé sin respiración.

—Calem...

Me endurecía cada vez que decía mi nombre así. Necesitada. Desesperada por mí.

Reverente...

—No vuelvas a marcharte sin dejarme seducirte antes, me mata no disfrutar de ti cuando despierto.

—Estabas cansado —jugó con mi pelo.

—Como si eso me importase —resoplé—. Nada me impediría hacerte mía.

Ella se me quedó mirando, apoyé los codos a cada lado de su cara y esperé a que dijera lo que se le estaba pasando por la mente.

—Mi hermana está enamorada.

—Oh... ¿De quién?

—De un escudero Drummond —sonrió.

—¿Y eso te preocupa?

Hacía unos meses que su hermana se había quedado viuda y por fin era libre para poder vivir su vida y buscar el amor.

Fue extraño tener a Kylie cerca, sobre todo porque no sentí nada. Ni siquiera entendía cómo me había podido imaginar un futuro con esa mujer. Y mirando a Aileen, aún lo entendía menos.

Suponía, como decía mi esposa, que solo era mi deseo de cumplir un sueño, el de tener una familia. Podía tener razón.

Pero desde que Aileen apareció... Mis sueños solo eran con ella.

—No —respondió ella—. Si ella es feliz, yo soy feliz.

—Por supuesto. ¿Pero por qué estamos hablando de eso precisamente ahora? ¿Cuando solo quiero sentir cómo entro en ti?

—¿Qué seducción es esa, mi señor?

—La directa. Es tu castigo por no haberte esperado a que me levantara.

Ella rio y yo terminé sonriendo.

—Bueno, ahora soy toda tuya.

—¿Solo ahora? —le di un dulce beso en los labios.

—Ahora y siempre —susurró, besándome.

Eso ya no lo dudaba. Me encargaría de que siempre fuera mía.

Ahora no era momento de hablar, sí de amarla.

Al final, había sido ella quien sedujo al highlander.